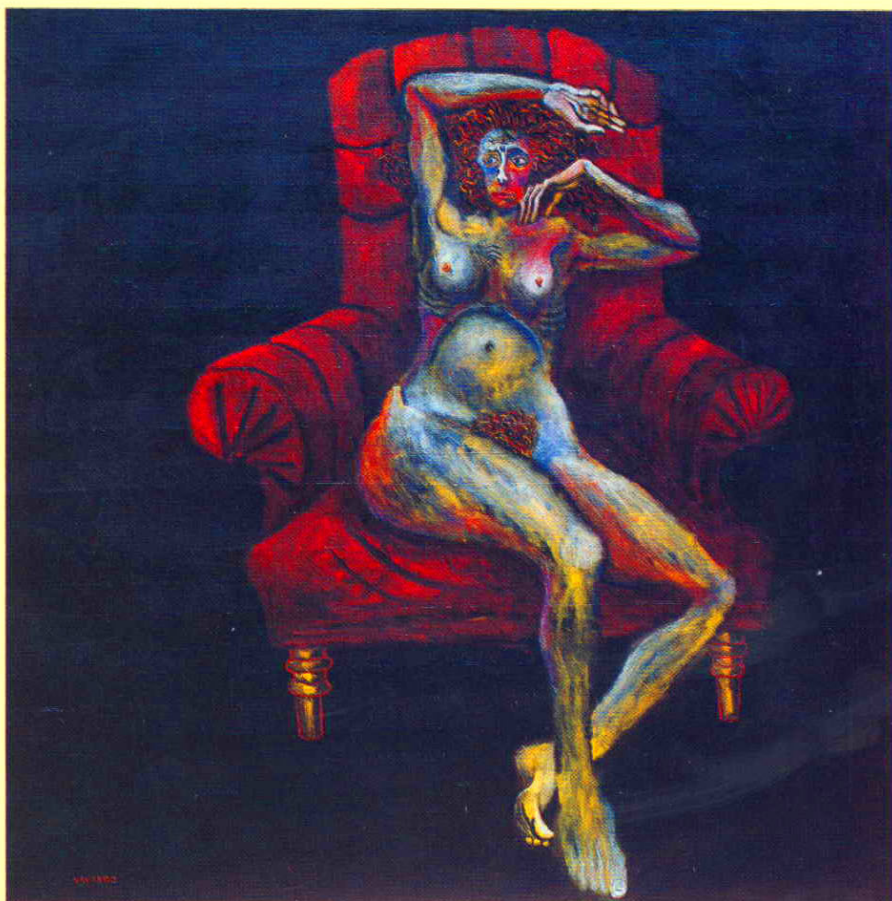


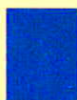
Justo Arroyo
Lucio Dante resucita



Rafael Ruiloba
Manosanta



*B*iblioteca de la *N*acionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ



Lucio Dante resucita



Manosanta

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.
•••••

Justo Arroyo
Lucio Dante resucita



Rafael Ruiloba
Manosanta

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría Editorial

Natalia Ruiz Pino

Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho



P.
863 Arroyo, Justo
Ar69a **Lucio Dante resucita**/Justo Arroyo.— Panamá:
Autoridad del Canal, 1999.
137 p.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contenido: **Manosanta**/Rafael Ruiloba. 241 p.

ISBN 9962-607-11-6
1. NOVELA PANAMEÑA
2. LITERATURA PANAMEÑA-NOVELA
I. Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Justo Arroyo
Lucio Dante
resucita



*Apaciblemente, envuelto en el tibio clima de
serenidad codiciada, sintió la liviandad de
su muerte artificial y diaria.*

Gabriel García Márquez
LA OTRA COSTILLA DE LA MUERTE

«

4

¿Se había vuelto loco John Adams?
Lucio Dante volvió a leer la nota y se rascó la cabeza. Que John Adams, su declarado enemigo, lo citara a su casa urgentemente, sólo podía indicar que el SIDA le había trastornado el cerebro.

Lucio Dante era el periodista estrella de *El Centinela*, un diario sensacionalista que, por lo mismo, era el de mayor circulación. Y cada vez que Lucio Dante había escrito sobre el famoso actor y director John Adams, lo había llamado por su nombre verdadero: Jairo Pérez.

Pero eso era lo de menos, porque Lucio Dante no sólo destrozaba el trabajo de John Adams en sus “notas culturales” sino que, a mitad de una obra suya, se levantaba y se iba, tratando de hacer el mayor ruido posible.

John Adams nunca se lo perdonó, como tampoco sus cientos de simpatizantes, que enviaban cartas a la redacción de *El Centinela*, protestando por la “incultura de esos gacetilleros metidos a críticos de arte”.

Pero *El Centinela* publicaba con gran despliegue todas las protestas y ataques, alimentando la polémica y regodeándose por contar con este público furibundo pero fiel.

Lucio Dante hacía pocas críticas de arte, pero sabía que le garantizaba decenas de cartas airadas si de cuando en cuando se metía con el mundo artístico y ridiculizaba al actor tal o al pintor tal o al músico tal. Pero estas notas “culturales”, que en el

fondo lo tenían sin cuidado, las usaba Dante como equilibrio a su especialidad: los reportajes desde los cuartos de urgencia.

En ellos, describía con particular detalle cada cuchillada y cada balazo, deviniendo en un grafismo casi pornográfico de las víctimas y sus heridas.

Pero el resto de vergüenza que pudiera sentir Lucio Dante por su trabajo en *El Centinela*, lo despachaba al observar la actitud de los propios heridos, quienes, ante la presencia del periodista y su fotógrafo, olvidaban su desgracia para posar, exigiendo el mejor ángulo frente a la cámara.

Los fines de semana Lucio Dante dirigía su atención a lo que denominaba “asuntos políticos”, en donde por lo regular “fuentes de entero crédito pero que pedían reserva de sus nombres”, denunciaban el desfalco cometido por el funcionario tal o la indiscreción del personaje tal.

Lucio Dante estaba acostumbrado a encontrar dentro de su correspondencia todo tipo de notas en que le describían lo que iban a hacer con él por publicar sus “basuras”. Desde amenazas de muerte hasta castración. Pero simplemente las leía, se encogía de hombros y se decía que eran gajes del oficio.

Una vez, sí, lo habían esperado a la puerta de su cuarto y, sin decir palabra, tres encapuchados lo habían molido a golpes con eficiencia de comandos. Lucio Dante nunca supo quién había actuado al fin en su contra, pero se dijo que con esa paliza sus otros agraviados se habían dado por satisfechos porque no lo volvieron a atacar.

Lucio Dante aprovechó la golpiza para describir en sucesivas columnas el impacto de ese puño en su nariz o la sensación de aquella patada en sus testículos o el borboteo de su sangre, cuando negra lo ahogaba en la boca. Fueron sus columnas de mayor éxito, y le dieron notoriedad al tomarlo los portavoces de los derechos humanos como símbolo de la libertad de expresión. Aunque algunos, después de leerlo, confesaran en privado que se lo tenía bien merecido.

LUCIO DANTE RESUCITA

Pero lo que más irritaba a los enemigos de Lucio Dante no era el que hubiera tocado fondo al presentar a todo color las inmundicias de la sociedad. Era algo mucho más sencillo pero a la vez más perturbador. Y era que el término “inculto”, aplicado a Lucio Dante, no era exacto. El propio John Adams y sus seguidores lo usaban para herirlo, como su forma de desquitarse al sacar en conclusión que ése era el punto débil de Lucio Dante: el cuestionamiento de su cultura.

Porque todos esos artículos sobre asesinos y ladrones, todos esos reportajes sobre corrupción y venalidades, envueltos en su manto surrealista por sus citas de Horacio y de Virgilio, revelaban no a un ignorante sino a un cínico de marca mayor.

Y Lucio Dante, la nota en la mano, decidió ir donde John Adams.

A Lucio Dante le incomodaba no saber cómo iba a encontrar a John Adams. También le preocupaba la forma cómo debía comportarse ante un moribundo. Por eso, cuando tocó a la puerta, levemente, deseó en su interior que nadie lo escuchara, para regresarse y olvidar el asunto. Pero, antes de que pudiera dar la media vuelta y escapar, oyó desde adentro la bien modulada voz de John Adams diciéndole: “Un momento, Lucio”.

El hombre que le abrió la puerta guardaba un parecido con John Adams. Era un John Adams comprimido que lo miraba desde un núcleo en que se movía lo último que quedaba del original pero que, a la vez, se proyectaba como el auténtico. Lucio Dante se dijo que estaba frente a frente con la verdad, y por primera vez en mucho tiempo se sintió vulnerable.

Los trucos que inventa la muerte, se dijo al entrar.

El piso de John Adams no era mucho más grande que el cuarto de Lucio Dante. Pero allí donde Dante era austero hasta lo monástico, John Adams era ostentoso, con una gran cantidad de recuerdos por todas partes, el antiguo y vigoroso John Adams sonriendo desde carteles, fotos y programas. Y cuando John Adams lo invitó a sentarse, Lucio Dante, no obstante su baja estatura, tuvo que recoger las piernas para no empujar la mesita de centro, en donde presidía una botella y dos copas.

Lucio Dante se consideraba bien informado sobre el SIDA. Sabía que sólo se contagia mediante el intercambio de fluidos corporales o el compartir agujas infectadas. Nada de eso le po-

dría ocurrir con John Adams. Sin embargo, se dijo que le iba a ser difícil tomar de una copa usada por John Adams, quien, por otra parte, ya había notado que Lucio Dante no respiraba normalmente sino con inhalaciones breves, como para evitar algún virus que desconociera las reglas del SIDA.

Por eso, John Adams le dijo:

—Son copas nuevas, Lucio, las compré especialmente para esta reunión. Nadie las ha usado antes.

Y Lucio Dante, tratando de no reflejar su alivio, tomó la botella y llenó las dos copas.

John Adams estaba sentado frente a él, sus piernas largas y huesudas tocando el borde de la mesa y a veces empujándola, con lo que Lucio Dante tuvo la incómoda sensación de que John Adams buscaba invadir su territorio para de alguna manera dominarlo. Pero la mirada quemante de Adams decía que todo su interés estaba en las reacciones de Dante.

Lucio Dante saboreó entonces el licor y le pareció demasiado dulce. Al bajar la copa, miró a John Adams fijamente, para que viniera al grano.

—Quiero que escribas un libro sobre mí. —le dijo John Adams, sin parpadear.

Por un momento Lucio Dante pensó que alucinaba. Porque cada vez más le ocurría lo del poeta aquel que confundía los sueños con la realidad. Sobre todo a la mañana siguiente de una de sus borracheras, cuando a duras penas recordaba haber tecleado su columna de *El Centinela* y haberse preparado la cena, la excusa para los tres vodkas dobles y el litro de vino y la botella de ron, el televisor encendido al despertar, totalmente borradas de su memoria la película o las noticias o lo que carajo vio, sólo la presencia del sudor contra su cráneo.

—¿Un libro? —preguntó Lucio Dante, volviendo de sus pensamientos—. ¿Y me puedes decir por qué yo, cuando jamás he escrito un libro, cuando pienso que hay demasiados libros en el mundo?

—Porque creo que tienes el talento para hacerlo —dijo John Adams, seriamente—. Porque sé que una vez empezado harías lo imposible por terminarlo y porque yo tengo diez mil dólares para pagarte.

—Perdóname —contestó entonces Lucio Dante—, pero, ¿no me estás confundiendo con otra persona?

John Adams rió y Lucio Dante pensó que John Adams se burlaba de él, que esta propuesta no era nada más que su forma de humillarlo, de hacerle pagar por todas las veces que al lado del nombre Jairo Pérez había escrito mal actor. Entonces sintió crecerle una rabia que le borró toda compasión y, al ponerse de pie, calculó mal y se golpeó duro en las rodillas con la mesa pero sin demostrar dolor.

John Adams se paró también y le desarmó con una angustia instantánea, en los ojos el pánico ante la posibilidad del fracaso de la entrevista. Y Lucio Dante observó que los ojos de John Adams se le habían hundido más, como si su salida del cuarto significara el fin de su existencia.

—Lo siento, —dijo entonces John Adams—. Te ruego me perdones y me des la oportunidad de explicarme. Sé que esta propuesta te puede parecer extraña y hasta impropia, considerando la naturaleza de nuestras relaciones. Pero te aseguro que no lo es para mí, que llevo tiempo meditándola. Por favor, vuelve a sentarte.

Lucio Dante se sentó y volvió a paladear el dulce demasiado dulce, lamentando la calidad del licor.

—Te ruego —continuó John Adams—, que si me expreso mal, sepas comprender. Como ves, no estoy bien. Por eso he pensado en un documento que ponga algunas cosas claras en mi vida, antes de que sea tarde. Y aunque tengo serias dudas acerca del futuro del libro, pienso que es el mejor... el *único* medio disponible para mí en estos momentos.

—Eso lo entiendo —dijo Lucio Dante—, lo que no acabo de entender es por qué yo, cuando, como bien dices, nuestras

relaciones han sido menos que cordiales.

—Allá voy —dijo John Adams, tratando de controlar su impaciencia.

—He seguido tu trabajo en *El Centinela*. He leído tus artículos y reportajes e independientemente de lo que has escrito sobre mí, he llegado a la conclusión de que tu gran problema ha sido, precisamente, no haber escrito un libro. Lo que te estoy diciendo es que te considero capaz de mucho más de lo que hasta ahora has hecho. Quiero decir: de todo *lo contrario* de lo que hasta ahora has hecho.

Lucio Dante no supo si sentirse halagado o insultado. Por eso, y para evitar comentar lo anterior, le dijo a John Adams:

—¿Y qué te hace pensar que yo estaría interesado en escribir sobre ti?

—Porque con 10,000 dólares tendrás lo que te falta: libertad. Y porque si no lo intentas el sentimiento de cobardía te perseguirá hasta el final.

John Adams mantuvo la vista en Lucio Dante y se dijo que se la estaba rifando pero que tenía que saber.

—¿Y crees que tu vida ha sido tan interesante que merece ponerse entre cubiertas?

—Claro que siempre existe el vídeo —dijo John Adams, sarcásticamente—. Pero dudo que salga muy bien en mi estado actual. Y por supuesto que mi vida *ha sido* interesante, como dices correctamente, utilizando el pasado y anticipándote a mi enfermedad. Aunque eso no debe ser difícil para ti, visto tu don para hacer que cualquier cosa parezca interesante, hasta la porquería que escribes en *El Centinela*.

Ahora fue Lucio Dante quien rió. Y recordó las veces que había pensado que John Adams era un tonto, un fantoche de cabeza hueca que se aprovechaba del escenario para lucir su hermoso cuerpo y su bello rostro. Recordó cómo su arrogancia le había sido insoportable hasta el punto de que, en más de una ocasión, se había levantado de sus obras, haciendo el mayor

escándalo posible de modo que John Adams se diera cuenta de que abandonaba la sala en desprecio de su trabajo.

Pero después, en casa y al tercer ron, tenía que reconocer que lo que realmente le era insoportable de John Adams, con su belleza desbordante era su derroche de suerte, el que a este ser humano se le hubiera otorgado tanto cuando la mayoría tenía tan poco. Él, John Adams, con su belleza desbordante, seguramente sólo tenía que entrar a un cuarto para que la mujer que fuera quedara húmeda mientras que él, Lucio Dante, el alfeñique, estaba condenado a revolotear alrededor de una mujer hasta cansarla.

Viéndolo ahora, tan flaco que parecía una especie de boceto de él mismo pero con suficiente fuerza aún como para obligarlo a permanecer sentado y sopesar su propuesta, bajar su coñac demasiado dulce y confirmarle lo que John Adams sabía desde un principio, esto es, que en el fondo Lucio Dante lo envidiaba, porque John Adams lo habría radiografiado y se habría dado cuenta de que Lucio Dante era un pobre diablo, inteligente, tal vez, pero con un complejo del tamaño de un edificio, por su estatura y su flacura y su feúra.

Y Lucio Dante sintió algo como remordimiento al llegar a la conclusión de que lo único que quedaba por envidiar en el gran John Adams era su voz.

—Antes que todo, quiero dejar constancia de que no soy homosexual —dijo John Adams, sacando a Lucio Dante de sus cavilaciones.

—¿Perdón? —dijo entonces Lucio Dante—. ¿Ya empecé a trabajar?

—Sí —dijo John Adams, con una sonrisa—. Esta es, en efecto, nuestra primera entrevista. Al final de ella te daré cinco mil dólares y, cuando hayas terminado el libro, los restantes cinco mil. Mi única condición es la de que no uses grabadora ni tomes apuntes. Me resultaría intolerable, casi macabra, la imagen de ti en tu casa, rebobinándome o echándome hacia atrás o hacia

adelante, parándome y volviéndome a andar, mi voz más o menos débil, más o menos fuerte de acuerdo con tus baterías. O de no, tú tratando de descifrar tu letra, pensando si llamarme o no para aclarar alguna cosa. Escucha: Si algo no se te quedó en la memoria es porque no tuvo importancia.

Lucio Dante echó la cabeza hacia atrás y empezó a disfrutar de la situación. La idea de que apenas terminara de hablar con John Adams él, Lucio Dante, tendría cinco mil dólares, cuando a duras penas pasaba de un dólar en el bolsillo, le parecía increíble. Pero, viendo cómo las rodillas de John Adams buscaban taladrar el pantalón, viendo esos ojos perdidos dentro de los pómulos, se dijo que John Adams no tenía tiempo que perder.

—Perdóname, —dijo entonces Lucio Dante, sonriendo a su vez—, pero, ¿qué seguridad tienes de que no tomaré el dinero, lo gastaré y no escribiré nada?

—La única seguridad que tengo —le contestó John Adams, con mucha más gravedad de la que hubiera querido— es la de que me voy a morir.

—Pero —le dijo a su vez Lucio Dante, con una brutalidad que sólo captó después de hablar— ¿y si mueres antes de terminar el libro?

—Entonces es asunto tuyo, ¿no es así? —le dijo John Adams, sin demostrar reacción por la pregunta de Dante—. Pero no debes preocuparte, he tomado providencias.

—¿Y si así fuera —dijo entonces Lucio Dante—, qué importancia tiene?

—¿Qué importancia tiene qué? —preguntó John Adams, sin esconder su molestia.

—El que seas maricón o no.

John Adams tuvo un momento de vacilación y se dijo que Lucio Dante tenía el irritante hábito de crear espacios entre preguntas y respuestas. Y que esa manera de dejar suspendidos los pensamientos dentro de la conversación estaba calculada para

confundir al otro y como forma de defensa, al ganar tiempo en responder.

—Es que si hay la menor duda, si sacas cualquier pendejada freudiana como conclusión a lo que diga o deje de decir, habremos perdido el tiempo. Por mi profesión, he tenido relación con heteros y homos, y si siempre me ha importado un pito con cualquier duda sobre mi masculinidad, considero que éste es el momento para poner las cosas en orden.

—Insisto que no tiene importancia —dijo Lucio Dante—, pero mensaje recibido.

—Quiero empezar por contarte una experiencia que tuve el día cuando me enteré de que tenía SIDA.

—Como gustes —dijo Lucio Dante, reclinándose y volviendo a saborear el coñac.

—Yo me iba a suicidar —empezó diciendo John Adams, mirando fijamente a Lucio Dante y levantando su copa hasta mojar en el borde su labio agrietado—. Para ello, y huyéndole a un calor infernal, me dirigí en mi carro hacia un río en las afueras de la ciudad. Una vez allí, me tumbé bajo un árbol y sentí cómo el sudor se concentraba en mis ropas, como si encima del cuerpo vistiera una toalla empapada. Había estirado las piernas buscando algún alivio al calor antes de matarme, pero el aire pesado sobre mi cabeza, más los interminables bichos que festinaban en mi piel me impulsaban a terminar rápidamente.

Había cerrado el auto y había dejado una nota sobre el timón. Estaba dirigida a una amiga a quien le pedía que no hicieran un alboroto de mi muerte y que buscaran en la gaveta tal para mayores instrucciones. De lo que no estaba seguro era del revólver, un asunto calibre 22 que parecía de juguete, con unas balas minúsculas que me hacían dudar de su efectividad para volarme los sesos. Pero era muy tarde para remediar esto. Porque ni loco tomaba ese carro para regresar y buscar otra arma.

Pero había hecho mis experimentos con el revólver. Lo había disparado en varias ocasiones y conocía la fuerza del pro-

yectil a corta distancia. No, no tenía nada qué temer: ninguna sien es obstáculo a la determinación de una bala, por más pequeña que sea.

De modo que, llenándome los pulmones de aire, más para pelearle al calor que para darme ánimo, me coloqué el revólver contra la cabeza. Pero entonces ocurrió algo extraño: el frío del metal me hizo bien, me refrescó y empecé a darle vueltas al cañón contra la sien, masajeándome, como si fuera un cubo de hielo y no el artefacto que me destaparía el cráneo. Y, cerrando los ojos, me abandoné a éste mi último acto sensual sobre la tierra. Entonces, completamente relajado, jalé el gatillo.

Pero nada ocurrió. Sólo un clic, el mismo calor y los mismos bichos alimentándose de mi sangre podrida. Miré el revólver, observé las seis balas en su sitio y dudé si en verdad había disparado o si me había quedado dormido y había soñado que jalaba el gatillo. Pero suficiente, me dije, ahora estaba despierto, bien despierto y, al colocarme nuevamente el revólver contra la cabeza, la vi.

Y me pregunté entonces si me habría estado observando durante todo este tiempo, porque, a pesar de la distancia, a pesar de que me costaba ubicar sus ojos, estaba seguro de que me miraba y de que anticipaba el disparo, como su entretenimiento en esta tarde asfixiante.

Estaba sentada en el puente sobre el río, las piernas le colgaban y las balanceaba con abandono. Eran unas piernas tan blancas que opacaban el sol de la tarde, y, desde mi posición al fondo del río, la muchacha era un destello. Estaba descalza, y me pareció que masticaba goma, con lo cual su comparación con una vaca contenta me resultó inevitable.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué estaba pensando de mí? ¿Por qué no había gritado para detenerme? Estas preguntas me pasaban por la mente mientras me nacía otro tipo de rabia, ya no con la vida por haberme dado esta enfermedad sino con la callosidad de la gente, que puede mirar los preparativos de un

suicidio con indiferencia.

Para esa muchacha sobre el puente yo era una simple distracción en su tarde aburrida, algo que le inyectaba novedad a la monotonía de su existencia de gañana, porque eso era, seguramente, una tonta y saludable rústica con sus piernas gruesas y su piel de leche que se encontró con un suicida y anticipaba el espectáculo. Yo, pues, el actor John Adams, hacía mi última representación ante esta estúpida.

¿Y qué tal si le disparaba a ella? ¿Qué tal si aliviaba al mundo de esta cabeza hueca que tenía que ver a una persona morir para pasarla tarde?

Fue así como levanté el arma y la apunté hacia la muchacha sobre el puente. Sus enormes pechos quedaron justo en la mira del revólver y me dije que, con el pulso sereno, no había forma de fallarla, aunque sabía de la falta de alcance de la 22.

Pero era lo correcto: sacarla de este mundo, de modo que no lo contaminara con su estupidez, para luego sacarme a mí, de modo de no contaminarlo con mi enfermedad.

Apoyé entonces el codo izquierdo sobre una pierna, rodeé el arma con las manos y, conteniendo la respiración, suave, suavemente, empecé a jalar el gatillo.

Pero la muchacha no hizo el menor intento por moverse. Siguió mirándome con su misma expresión ausente, sólo que ahora me pareció que me retaba, como si a través de todo este tiempo, sentada sobre el puente, hubiera llegado a la conclusión de que yo era un cobarde, un grandísimo cobarde que no se atrevería a pegarse un balazo y mucho menos a otra persona.

Entonces, todavía en posición de tiro, los ojos empezaron a arderme y se me llenaron de lágrimas. Y me dije que era la sal del sudor, que con sólo parpadear rápidamente la vista se acomodaría y podría dispararle a esta vaca sentada en el puente sobre el río, para entonces dispararme yo.

Pero el codo se me resbaló de la pierna y, al perder mi posición de tiro, el revólver fue a dar al suelo. Entonces me di cuen-

ta de que sollozaba, de que las manos me temblaban y de que el sollozo se transformaba en llanto abierto, porque esa muchacha había tenido razón: yo no me iba a quitar la vida ni mucho menos la de ella.

Al rato, tirado de espaldas, comido por los insectos y calculando la temporada que habría en mi carro al regresar, vi cómo se detenía una carreta en el puente, cómo se bajaban un hombre y una mujer y cómo, con mucho cuidado, con mucho amor, ayudaban a subir a la ciega.

John Adams dejó de hablar y miró a Lucio Dante. Y se preguntó si habría oído su historia. Pero, a menos que lo sacudiera, no tenía forma de saberlo, porque Lucio Dante había bajado los ojos y parecía dormir.

—Por eso estoy vivo todavía —continuó John Adams—. Por eso decidí regresar al carro y hacerle la lucha al calor y a la enfermedad. Porque la muchacha del puente me había dado una lección. Y no me refiero a aquello de aceptar la existencia en cualquier forma, como esos admirables pero pobres seres que sólo son una boca que traga o un ano que defeca. No. Lo que te quiero decir es que por esa muchacha me di cuenta de que, aunque me quedaba poco tiempo de vida, conservaba mis facultades intactas y que las utilizaría durante el tiempo que fuera.

—¿Te has preguntado alguna vez qué habrías sentido si le disparas a esa muchacha y descubres que era ciega, que no te había estado mirando en lo absoluto? —dijo Lucio Dante, restregándose los ojos.

—Sí —dijo John Adams, sin dejar de registrar una sensación perturbadora, al ocurrírsele que para Lucio Dante el disparo habría estado justificado si la muchacha hubiera sido vidente, si hubiera estado disfrutando del espectáculo—. Pero nada ocurrió y nunca más he regresado a ese río.

—Creo que por hoy ha sido suficiente, ¿no crees? —dijo Lucio Dante, dándole un último sorbo al coñac—. ¿Con qué frecuencia serán las entrevistas?

LUCIO DANTE RESUCITA

—Dependerá de mi salud —dijo John Adams—. Yo te estaré avisando.

—Bien —dijo Lucio Dante, levantándose—. Y mi única condición es que sean de noche.

—De noche serán —dijo John Adams, caminando hacia un escritorio. De allí, extrajo un sobre y se lo dio a Lucio Dante, quien lo abrió y vio un cheque a nombre suyo por cinco mil dólares. Estaba firmado Jairo Pérez.

—Estabas muy seguro de mí —dijo Lucio Dante.

—O de mí —dijo John Adams.

—Hasta pronto, entonces —dijo Lucio Dante, extendiéndole la mano para arrepentirse enseguida.

—Hasta pronto —dijo John Adams, sin aceptársela.

Lucio Dante nunca había podido escribir borracho. Y dudaba mucho de esas proezas que les atribuían a Hemingway y a Scott Fitzgerald, en que estos gigantes de la literatura se sentaban supuestamente embriagados hasta las zapatillas para producir página tras página de la mejor escritura del mundo. Y aunque él podía escribir la mejor basura del mundo, necesitaba de toda su sobriedad para redactar una línea con sentido.

Cuando empezó a trabajar en *El Centinela*, llegaba a su máquina de escribir casi cayéndose para al día siguiente espantarse con el resultado. Pero se decía que era tal la basura que le pagaban, tal la basura de sus temas y tal la basura de periódico que se justificaba que el producto fuera basura.

Porque en *El Centinela* bastaba que el asunto fuera lo suficientemente escabroso para que toda propiedad literaria valiera paja al lado de una buena foto del asesino o de su víctima. Y Lucio Dante no sólo describía los tonos de la sangre y las texturas de las heridas sino que, con sus citas en griego y latín, le aseguraba a *El Centinela* una circulación en paz y buena digestión.

Pero basura era. Nadie tenía que decírselo. Sólo que a veces, y como venganza privada, escribía de manera automática, cerrando los ojos y permitiendo que la máquina escupiera un galimatías que le merecía entonces estupideces como el “hermetismo hermenéutico” de Lucio Dante, él sin decidir qué le provocaba más náusea, si sus textos, sus lectores o él mismo.

JUSTO ARROYO

Si tomaba un trago no podría parar, pensó acercando la máquina de escribir. Pero si empezaba el libro de John Adams, así, en seco, no podría avanzar. Buscó, pues, en la alacena, sacó una botella de ron y se sirvió un trago con cola.

Cuando terminó tenía veinte páginas escritas, iba por su ron número ocho y no podía distinguir las palabras sobre el papel. Entonces, colocando la última página encima de las demás se dirigió a la cama. Allí, encendió el televisor con el control remoto y, con los primeros muñecos por la pantalla, recordó que no había escrito la columna del periódico. Lo haría al despertar, se dijo, mirando la televisión con cara de idiota y derramándose el trago sobre el pecho.

A la mañana siguiente, con las primeras notas del himno nacional por el televisor, Lucio Dante adquiriría conciencia de que vivía, de que había superado otra pesadilla y de que lo esperaban sus gestos maquinales. Entonces, sentía simultáneamente el sabor pastoso de la boca y las ganas de orinar. Rumbo al servicio, Lucio Dante se sacaba el pene y, desde la puerta, disparaba un chorro que no daba en el blanco sino que se regaba por el piso. Esta costumbre había producido en su cuarto de baño un permanente olor a amoníaco.

En lo único que Lucio Dante era intransigente era con sus dientes, a los que sometía a un ritual de limpieza torturante, con interminables cepilladas, con metros y metros de hilo dental y prolongados enjuagues bucales. Y todo ello no por ningún amor a la estética sino por un horror personal a la pérdida de su dentadura, a pasar por la vida conectado con ganchos y puentes o, peor, con chapa.

Cada diente era una perla para Lucio Dante y gustoso se sometía a los más atroces sufrimientos con tal de no perder una pieza, como cuando el dentista le aseguraba que ya era imposible seguir perforando tal cavidad porque el dolor sería intolerable, para entonces Lucio Dante rogarle que continuara, las lágrimas nadándole en los ojos y el médico sin decidir si ante él tenía al individuo más valiente del mundo o al más imbécil.

Miedo a la castración, decía después Lucio Dante, tratando de sonreír dentro de su servilleta. Cada diente es como un dedo, doctor, una proyección del pene, ja, ja. Y el médico sacudía la cabeza.

La inmaculada dentadura de Lucio Dante era un marcado contraste con el resto de su apariencia. Porque sus ropas no sólo estaban permanentemente arrugadas sino que conservaban los restos de comida del día anterior. Sus corbatas eran un colgarejo de grasa y tinta, sus camisas con un gris eterno tanto en los puños como en el cuello y sus zapatos jamás conocieron la caricia del betún.

Lucio Dante se había hecho de un Volkswagen antiguo al que prodigaba una atención como la que se daba a sí mismo, porque si el motor del carro eran los dientes en Lucio Dante, por fuera el auto había adquirido una pátina casi aristocrática, el polvo y el lodo impidiendo adivinar su color, proyectando una especie de reverencia arqueológica mientras adentro las diversas sobras impedían sentarse o pisar.

Bañarse era cosa de mujeres para Lucio Dante. Sólo ellas estaban obligadas a oler bien. Le molestaba el perfume y, cuando tenía un encuentro amoroso, su participación era primordialmente olfativa, como animal curioso sobre el cuerpo ajeno, oliendo cada poro y abertura, indiferente a su propio olor a ajos sancochados y sudor cristalizado.

Esa mañana, luego de decidir que hoy tampoco se bañaba, Lucio Dante se hizo un café con leche y lo acompañó de tostadas. Y, mientras desayunaba, se preguntó si había sido un sueño su reunión con John Adams u otra de sus pesadillas, tan reales que le parecían verdad, como cuando soñaba que bailaba con Madonna, su rostro perfecto en sus manos, ella cantándole *Material Girl* para de repente transformarse en Medusa, en bruja desdentada que lo perseguía por el cuarto y él despertaba al sudor y a las ganas de orinar.

Por eso, fue a su saco sobre la silla y buscó en un bolsillo. Encontró y abrió el sobre con el cheque por cinco mil dólares

que llevaba la firma de Jairo Pérez, la letra diminuta muy distinta de los rabos pedantescos con que John Adams firmaba sus autógrafos. Entonces miró en el escritorio las páginas escritas sobre Adams. Tal vez debía revisarlas, se dijo; pero no: lo hecho, hecho estaba.

Lucio Dante se estiró, bostezó y tuvo una sensación extraña. Era algo parecido a bienestar. Todo le pareció correcto de repente: él, su cuarto y la máquina de escribir. Hasta el café con leche y las tostadas estaban dentro del orden cósmico. Lucio Dante se dijo que hacía rato que no se sentía así, tan bien, y le vino a a la mente la idea de dejar de escribir la porquería que escribía para *El Centinela*, de mandar al periódico de paseo y desempolvar esos cuentos y novelas que no había tenido el valor de continuar pero tampoco de botar.

Pero, ¿no estaba yendo demasiado lejos? ¿No había él llegado a la conclusión de que no poseía el talento para la literatura, al darse cuenta de que él, lento, muy lento, tenía que meditar durante horas para parir una oración medianamente aceptable, no digamos párrafos y capítulos?

Muchas veces lo había sorprendido la madrugada frente a la máquina de escribir, revisando esa última línea de las cinco que había logrado pergeñar. Pero sus columnas de periódico, desde la primera vez que logró escandalizar, le proporcionaron fama instantánea. Fama enfermiza, se decía, porque lo que provocaba en realidad era asombro por su irreverencia. Y, paradójicamente, su éxito periodístico le había destacado su mediocridad, porque allí seguían, debajo de la cama, sus proyectos literarios inconclusos, gritándole cagón.

Lucio Dante se sentó a la máquina de escribir y, todavía con el sentimiento extraño, le redactó una nota al editor de *El Centinela*, solicitando una licencia indefinida.

El editor de *El Centinela* se llama Rubio, Salvador Rubio. Y su primer impulso al leer la nota de Lucio Dante en que solicita una licencia indefinida, sin la menor explicación, es el de dictar un memorándum exigiendo su despido inmediato. Hacerle esto a media semana, sin oportunidad de buscarle un reemplazo era propio del cabroncito ese.

Salvador Rubio odiaba a Lucio Dante más que a nadie en todo el país, en todo el planeta, y si no hubiera sido por los dueños del periódico, quienes hacían caso omiso de sus quejas, divirtiéndose, al contrario, con las ocurrencias de Lucio Dante, él habría dado con sus huesos en la calle.

Salvador Rubio se decía que tenía a Lucio Dante radiografiado y detestaba su oportunismo, esa explotación de los peores instintos de la sociedad. Lo que lo llevaba a odiarse a él mismo aún más, porque él era, después de todo, el EDITOR de *El Centinela*, el guardián del chiquero, el marrano mayor, excluyendo por supuesto a los dueños del periódico.

Y ahora tendrían que pasarse sin Lucio Dante; ahora el huevoncito lo obligaba a reconocerle importancia al forzarlo a defender un reemplazo, los dueños pensando que como editor lo habría colmado o que se trataba de algún truco de Lucio Dante para que le aumentaran el sueldo.

De todos modos estaba jodido, se dijo Salvador Rubio, mirando la nota de Lucio Dante y pensando cómo decírselo a los dueños. Por allí andaban, era cierto, un par de columnistas an-

siosos de probar que ellos podían llegar tan bajo como Lucio Dante; pero no sería lo mismo, por imitadores.

Salvador Rubio era alto, de excelentes proporciones. Y sus zancadas y brazos le daban una elegancia de jirafa que persistía aun con su propensión a las torpezas. Todo le salía forzado, y si de conducir se trataba, metía duro los cambios y la transmisión se resentía. Y al estacionarse mordía las líneas amarillas y abollaba el auto vecino. Salvador Rubio calculaba mal cuando el otro le extendía la mano, chocando en vez su manga o quedándose sólo con tres dedos. Se sentaba siempre o muy al borde o muy atrás en la silla. Y si era lo primero, terminaba avanzando sobre su interlocutor, quien tenía que extender el brazo para sujetarlo; y cuando lo segundo, los demás debían correr a su lado para evitar se fuera de espaldas.

A Salvador Rubio le costaba estar quieto, delatándose con la mano por los cabellos o la vista nerviosa a la puerta, por donde seguramente entraría el personaje importante que esperaba.

Su estatura, su distinción y su tendencia a los accidentes, se combinaban en Salvador Rubio hasta configurar una paradoja ambulante: el hombre elegantemente descoordinado y el torpe eficiente que, a juzgar por sus fotos, le sobraba porte para presidente de la república.

Lucio Dante era la pesadilla de Salvador Rubio. Y ahora que le mandaba esta nota, sabiendo Salvador Rubio que si Lucio Dante dejaba de escribir para *El Centinela* se moría de hambre, se preguntó qué se traería entre manos el hijo de perra este. Tal vez un aumento de sueldo, sí, algo que Lucio Dante nunca había pedido y que Salvador Rubio atribuía a su desmesurado orgullo. Porque desde que empezó a escribir para el periódico, hacía cinco años, Lucio Dante había aceptado la cantidad inicial que le propusieron y jamás había pedido un ajuste, como rutinariamente hacían los demás empleados. Y ellos nunca habían podido reclutarlo para sus huelgas o paros contra “la pa-

tronal”, ganándose así el menosprecio de sus compañeros, que se vengaban evitándolo y llamándole “cepillo” a sus espaldas, o si no “chupamedias”, o simplemente “cueco”.

Pero Lucio Dante escribía su columna y la llevaba al diario. Allí, la dejaba en la oficina del editor y se iba, a su próximo hospital o a su próximo informante. Cada mes cobraba, pagaba su cuarto y compraba licor. El resto era para mal alimentarse y para sus amigas.

Esta indiferencia de Lucio Dante por el dinero era para Salvador Rubio un signo evidente de su estupidez, no de ninguna genialidad, como solían sugerir los dueños, quienes a pesar de la circulación que garantizaba Lucio Dante nunca hicieron el menor intento por aumentarle un centavo.

Para Salvador Rubio, la forma de vida de Lucio Dante, sus valores y su apariencia eran motivo de la más absoluta repugnancia. Él, que exigía una revisión anual de su sueldo, que mantenía un hogar ejemplar, que manejaba un coche último modelo y que era la pulcritud en persona, se asombraba de la capacidad de abandono de este ser humano.

Y ahora el pendejito le mandaba una nota en que solicitaba “licencia indefinida”. Y conociendo a los dueños del periódico, le obligarían a llamarlo, para negociar con Lucio Dante y prometerle el ajuste que le habían escatimado durante estos años. Y él tendría que hablarle a Lucio Dante, tal vez citarlo a su oficina y tenerlo delante. Esta sola idea le producía náuseas, pero, diciéndose que no le quedaba más remedio, que para eso era el editor, Salvador Rubio tragó grueso y fue donde el Gerente Administrativo.

Al Gerente Administrativo le decían Panchito y era el nieto del dueño de *El Centinela*; manejaba un coche deportivo y afirmaba que las columnas de Lucio Dante eran lo mejor del periódico. Salvador Rubio debía escucharlo en silencio porque, cuando se había atrevido a algún comentario negativo sobre Dante, Panchito se había adelantado en el escritorio, los puños cerra-

JUSTO ARROYO

dos y le había espetado que no le importaba una mierda ni con el carácter ni con la apariencia de Lucio Dante, que mientras los lectores siguieran mandando sus cartas de protesta amenazando cancelar su suscripción cuando, al contrario, las ventas de *El Centinela* aumentaban, ellos, su abuelo, su papá y él, seguirían teniendo a Lucio Dante como su columnista estrella. Salvador Rubio entonces se mordía el labio.

Ahora, cuando entra a la oficina de Panchito y le muestra la nota de Dante, el Gerente Administrativo deja caer la boca, abre los ojos y le pregunta a Salvador Rubio que qué mierda significa esto. Salvador Rubio, entonces, sudando no obstante el aire acondicionado, se pasa una mano por los cabellos y mira hacia todos lados en búsqueda del personaje importante que se tarda en llegar. Pero Panchito vuelve a preguntarle qué mierda significa esta vaina.

Y cuando Salvador Rubio empieza a intentar una explicación, que seguramente tenía que ver con alguna estratagema de Lucio Dante para que le aumentaran el sueldo, sí, una especie de chantaje, Panchito le interrumpe y le dice que cite a Dante en seguida, para discutir precisamente un aumento que tenían pensado darle al pobre Lucio.

Al regresar a su oficina, Salvador Rubio le ordena a su secretaria que contacte al señor Lucio Dante. La secretaria marca el número sin levantar la vista y, cuando Salvador Rubio cierra su puerta, la secretaria se dobla de la risa.

El teléfono no ha dejado de sonar pero Lucio Dante no se ha movido de la cama. Sabe la hora del día por la cantidad de luz que le molesta, desde el doloroso cuchillo del sol mañanero hasta el tonificante perla vespertino. Nunca ha podido funcionar de día, el único acto que le vale la pena entonces es dormir y, cada vez que se ha visto obligado a trabajos diurnos, ha navegado entre bostezos.

Y si al salir del trabajo sus compañeros se doblaban bajo el peso de sus maletines y en sus rostros marchitos los únicos deseos eran de una cena y un televisor, Lucio Dante sentía el despertar de su adrenalina. Entonces, se dirigía a cualquier lugar menos a casa, los bares sus sitios preferidos, en donde otros noctámbulos como él acababan de desayunar.

Una vez allí, cuando algún colega lo acompañaba a una copa, se maravillaba de ver cómo volvía a la vida este hombre que hace un minuto estaba a punto de dormirse en el empleo. Porque el Lucio Dante que alzaba su copa con claridad mental a las cinco de la tarde, no tenía nada que ver con aquel otro que negociaba el día como sonámbulo.

Por ello, de manera rutinaria lo despedían o le pedían la renuncia. Y por ello, también, se había dedicado a escribir para *El Centinela*, donde bien pronto se destacó en el arte de escandalizar, algo difícil en un periódico que, como *El Centinela*, llevaba el escándalo a niveles sublimes.

Pero los verdaderos escandalosos —se decía Lucio Dante—, eran los lectores de *El Centinela*, que atacaban el periódico pero lo compraban; que movían las cabezas en reproche por las fotos de los desgraciados con las tripas afuera pero que obedientemente pasaban la página para regodearse con la ampliación de los pormenores de la sangría.

Esas llamadas insistentes tenían que ser de Salvador Rubio, se dijo desde la cama. Tal vez le contestaría mañana. Ahora tenía que ir donde John Adams.

Esa tarde, mientras Lucio Dante se ponía las ropas sin haberse bañado, John Adams se miraba al espejo y se preguntaba si la enfermedad le había trastornado el cerebro. Podía ser, se dijo; podía ser que no estuviera aguantando la presión y la mente buscara sacarlo de la realidad. Él había leído sobre esto en las decenas de libros que había devorado sobre el SIDA. Ese intento de suicidio, por ejemplo, había sido su manera de escapar, como esos locos que se desconectan del presente para refugiarse en un pasado en que formaron parte de la raza humana.

Pero si eliges quedarte aquí —pensaba John Adams, examinándose la cara en el espejo—, bien pronto te das cuenta de que la enfermedad puede ser la peor forma de exilio, un boleto sin regreso a una isla en donde sólo cabe tú y nadie más que tú. Un tú que domina y exige atención total, sin permitir un segundo de distracción. Porque al instante de abrir un libro o de tratar de concentrarte en un programa, ya sea de teatro, de televisión o de radio, ya sea de unos tristes saltimbanquis que te pararon en la calle, el cuerpo te lleva a un lado y te pregunta qué carajo te pasa, por qué lo traicionas con una actividad ajena a su enfermedad.

Tú, te dice tu cuerpo excluyente, no tienes derecho a nada más que no sea pensar en él. Tu única concentración debe ser para tu sangre corrupta, tu pérdida de peso o tu última pústula. A lo único a que tienes derecho es a no tragarte el corazón cada vez que te viene a la mente que no estás en el medio de ninguna

pesadilla de la que vas a despertar sino en la dura realidad de tu mal absorbente, mortal y cientos de adjetivos que utilizas para describir tu agonía, para que te quedes en tu enfermedad y la sientas en cada bocado que te cae mal y en todos esos gestos que una vez consideraste importante. Tu cuerpo no tolera distracciones y te observa, con mirada asesina, cada segundo que intentas apartarlo.

Sin embargo, ese mismo cuerpo no cree que sea cosa de locos escribir un libro sobre ti. Al contrario, lo aplaude, aunque sea con un irresponsable como Lucio Dante. Porque un libro sobre ti es un libro sobre tu cuerpo. Y si hablas de tu cuerpo vuelves a vivirlo sano y vigoroso, recuerdas la alegría que te brindó y te olvidas de matarlo.

John Adams se decía que era un prisionero de su cuerpo. Porque si antes este cuerpo había sido su orgullo e instrumento de trabajo, también había podido apartarlo de la mente. Pero, ¿cómo alejar ahora la figura escuálida que parecía pedir excusas por ocupar un espacio en el espejo, un espacio que ayer llenaba un rostro de bronce y unos dientes parejos y una cabeza que tiraba el pelo hacia atrás como animal?

Ahora, su rostro emaciado se acercaba tímidamente al espejo, sin atreverse a entrar de lleno en él sino por secciones: primero la quijada, larga como pendiente; luego las mejillas, hundidas como pozos para subir por la nariz y el encuentro insupportable con los ojos.

¡Dios, sus ojos! Ayer su vista penetrante terminaba cualquier discusión, y bastaba una mirada suya para que la mujer que fuera supiera que estaba perdida hasta cuando él lo decidiera, en la mirada de la mujer un amago de protesta que debía quedarse en ella, porque con John Adams cada encuentro se llevaba a cabo en sus condiciones y sólo en sus condiciones.

Hoy esos ojos sólo proyectan desconcierto.

John Adams oyó el toque a la puerta y retiró el rostro del espejo, aunque podía jurar que allí quedaba su mirada, estática,

como esas bestias que encandilan los faroles y no se mueven hasta el golpe fatal.

Lucio Dante entró y automáticamente se sentó en el mismo sillón, frente a la mesita. John Adams trajo la bandeja con el licor y las copas y por un instante Lucio Dante pensó pedirle que cambiara la marca. Pero, diciendo que no era asunto suyo, tomó la botella y se sirvió. Al irle a servir a John Adams, éste cubrió su copa con dos dedos.

—¿Tienes alguna idea de cómo te contagiaste? —le preguntó Lucio Dante, hundiéndose en el sillón, su rostro empezando a desdibujarse.

—Sí —contestó John Adams—. Sé cómo; lo que no tengo es la más remota idea de con quién. Y no podría empezar a calcular el número de mujeres que he visto en estos últimos años. Mil es cifra conservadora.

—¿Y no hiciste ninguna diferencia entre ellas? —le preguntó Lucio Dante.

—¿Cómo así? —preguntó a su vez John Adams.

—Digo, algún tipo de clasificación, por más rudimentaria que fuera, entre esta promiscua de corazón y aquella infiel comprensible, por ejemplo; o entre aquella en apariencia constante o esta ocasional circunstancial; cualquier cosa que pudiera arrojar un poco de luz sobre el asunto y reducir el número de las candidatas.

—Sé adónde quieres llegar —dijo John Adams—. Pero el problema de esta enfermedad es que es en extremo social, una verdadera orgía democrática en que la suma y el abuso de las palabras libertad, fraternidad e igualdad acaban por significar muerte.

Calcula: si estás con una casada te estás acostando indirectamente con el marido también; y en el caso remoto de que él le sea fiel, por lo menos puedes contar con las enfermedades del tipo: Y si el marido es adúltero, lo que sucede en el noventa y nueve por ciento de los casos, entonces te estás acostando además con sus mujeres, las que a su vez traen sus propias historias.

Y si ocurre que te toca una señora con un marido bisexual, entonces tus posibilidades de contagio se multiplican hasta el infinito. A la larga, algo muy positivo va a quedar de esta pandemia, si es que la sobrevivimos, y será el redescubrimiento y revaloración de las bellezas y bondades de la monogamia, incluso, del celibato.

En ese sentido no les falta razón a los que ven en ella alguna especie de castigo superior, una severa reprimenda hacia la moderación. Parecido a tal punto de vista de los que ven en la tierra un ser vivo y piensan que todos estos virus, los nuevos y los antiguos que vuelven a reinar, no son más que la defensa final de la tierra, su manera de decirle basta al depredador humano, con su aniquilación de bosques y su polución de mares y ríos. Su última llamada de atención para que, o respetamos el hogar que habitamos, llámese cuerpo o tierra, o nos vayamos despidiendo del uno y de la otra.

Pero volviendo a tu pregunta, yo no puedo hablar por ninguna de las mujeres con quienes estuve, con excepción de María, mi difunta esposa. Al morir ella tuve un par de intentos de relaciones serias pero fallidas. Por otra parte, a estas alturas todas habrán tomado sus medidas, aunque, para serte franco, no me importa gran cosa.

—¿No te importa? —preguntó Lucio Dante, genuinamente sorprendido.

—No me interpretes mal —dijo John Adams—. Quiero decir que ni tengo curiosidad ni me voy a preocupar por eso.

—¿Qué cosa te preocupa, entonces? —preguntó Lucio Dante.

Con la pregunta, John Adams tuvo una visión de su rostro en el espejo.

—El anonimato —dijo John Adams—. Morir sin dejar la más mínima huella de mi paso por la tierra. No he hecho nada de lo que dicen debe hacer una persona antes de morir: no he tenido un hijo, no he plantado un árbol ni he escrito un libro. Mi

vida ha sido la actuación, que, como sabes, es un arte efímero. No es una extensión del creador, como un cuadro o un libro, que sobreviven al individuo. Y nunca me preocupé por grabar videos pensando que tenía todo el tiempo del mundo.

Tú, con tus columnas y reportajes, detestables y todo, eres en cierta forma inmortal, porque de aquí a cien años la gente podrá saber que hubo un señor llamado Lucio Dante que escribía basura en una basura de periódico llamado *El Centinela*.

Lucio Dante rió, y se dijo que ese tipo de opiniones nunca le habían molestado, porque él era el primero en reconocer el nulo valor de lo que escribía en el diario. Pero ahora resultaba que aun eso, mierda y todo, tenía futuro, mientras que del gran John Adams no quedaría ni cebo.

—¿Y no te parece el colmo de la vanidad? —preguntó Lucio Dante—. ¿Crees que nuestras vidas son tan importantes como para dejar testimonio de ellas? No te niego que ser actor tiene su mérito, ¡pero son tantos de ustedes! Y, francamente, nunca me impresionaste como un Sir Laurence Olivier.

Ahora fue John Adams quien rió.

—Pero si tú nunca te quedaste más allá del primer acto de ninguna de mis obras —dijo—. Aunque tienes razón: es el colmo de la vanidad, de ese ego que quiere sus quince minutos de fama antes de desaparecer. Y conste que no hay nada como una enfermedad para sacar a relucir nuestra verdadera insignificancia, como cuando estás en un consultorio con las nalgas al aire y entran médicos y enfermeras y te miran como un pedazo de carne y no como un ser humano.

O cuando el médico empieza a hurgarte por detrás o a levantarte las bolas y pedirte que tosas, él tus testículos en la mano y tú parado allí, sin saber dónde diablos poner la cara. En ese momento sabes que no vales nada y te preguntas cómo la gente es capaz de esas miradas altivas, de esos hombros erguidos y de esas poses de conquistadores, cuando la realidad es una bata hasta la cintura exponiendo nuestra fragilidad.

Pero entonces ocurre que, con el final del examen, cuando nos ponemos la ropa y nos metemos en el auto, volvemos a mirar a los demás como insectos, olvidando la batita de las nalgas al aire y el médico con nuestras bolas en sus manos.

Por eso no tenemos más remedio que soportar a los burócratas, porque en el fondo sabemos que tienen razón al humillarnos, porque mientras nosotros mostramos una máscara, el burócrata nos ve con las nalgas al aire.

John Adams dejó de hablar y miró a Lucio Dante. Esperaba que le refutara, que le hablara de la dignidad humana y del heroísmo que encierra el sencillamente hacerle frente a todo esto. Pero ya la noche había entrado en la sala y Lucio Dante era una figura azul, en silencio, las piernas abiertas y los brazos sobre el sillón.

John Adams se dijo que Lucio Dante parecía estar mirando dentro de él mismo. Entonces, se levantó y encendió una lámpara a la derecha de Lucio Dante pero la luz sólo logró esconderlo más, al iluminar un lado de su rostro.

Lucio Dante se adelantó en la mesita y se sirvió nuevamente. A través del discurso de John Adams, había pensado si servirse otra copa o no. Se decía que su problema con el licor estaba en que, cuando empezaba, no podía parar. Bastaba ese primer sorbo de alcohol para que supiera que iba a terminar inconsciente. Por eso procuraba no beber de día, y cuando escribía lo hacía a las primeras horas de la noche y rápido, porque entonces, detrás del trago inicial venía el otro y el otro hasta cuando perdía el conocimiento.

No le gustaba esta relación con el licor pero se resistía a definirla como alcoholismo, felicitándose, incluso, cuando dejaba pasar un día sin beber; entonces razonaba que, si en verdad se lo proponía, si en verdad hubiera una razón para ello, podría dejar el licor para siempre.

Ahora, escuchando a John Adams, tenía miedo de pasarse y de perder lo que le contaba. Estaba, después de todo, trabajando, éste era el tiempo de John Adams y le pagaba para no olvi-

dar, para que no le ocurriera lo de sus borracheras, cuando a la quinta copa, al empezar a quitarse los pantalones y la amiga del momento le preguntaba la hora, cuando no veía el reloj y se servía el sexto, llegaba la amnesia.

Le preocupaban estos espacios en blanco en su cerebro y se prometía que se observaría, que se echaría más tónica en el vodka o más cola en el ron. Pero una y otra vez caía, porque la transición era fulminante, y si en este segundo estaba atento, al otro se encargaba algo que le permitía hacer el amor o conversar pero en un estado de sonambulismo, sin el menor recuerdo al día siguiente.

Por eso ahora da un sorbo muy pequeño a la copa y, apartándose de la luz, le dice a John Adams:

—Es nuestra naturaleza.

John Adams vuelve a irritarse por esta manera de Lucio Dante de dejar caer el tiempo en la conversación. Por ello y sin disimular su enfado, le pregunta:

—¿Qué cosa es, hombre?

—La vanidad humana.

John Adams se dice entonces que toda esta idea de escribir un libro con Lucio Dante tenía que ser la evidencia del deterioro de su cerebro por la enfermedad, que por lo menos el revólver es instantáneo, no torturante como estos diálogos con Lucio Dante. Pero, volviendo a pensar en su rostro en el espejo, se serena. Y se dice que, si bien Lucio Dante es la irresponsabilidad en persona, es el hombre justo para llevar a cabo su proyecto, porque Lucio Dante pondrá todo su empeño en tratar de hacer algo de valor aunque sea una vez en su vida, de modo de enterrar la bazofia que escribe en *El Centinela*. Lucio Dante es su garantía, porque en muchos aspectos está tan enfermo como él, y si por alguna razón abandona el proyecto, lo más probable es que él, Lucio Dante, se pegue el tiro.

—Supongo que es de rigor en casos como éste decir algo de la niñez y de la juventud de uno —dijo entonces John Adams,

en un tono que a Lucio Dante le pareció un desafío, pero dirigido a él mismo.

—Si te parece —dijo Lucio Dante, dando un sorbo pequeño a su copa.

—Yo odio todo lo referente a mi niñez y juventud —dijo John Adams.

—¿Por qué? —preguntó Lucio Dante, viendo pasar por su mente al niño que fue y a los padres que le tocaron.

—Porque no era libre. Toda mi vida ha sido una búsqueda de libertad. Por eso me metí al teatro, porque me habría suicidado en un trabajo de nueve a cinco. Y cuando descubrí mi buena presencia me dije que había encontrado el camino para escapar de mi hogar. Pero no me interesa hablar más allá de lo incómodo que me era recibir el mínimo centavo, tener que aceptar ropa o calzado de mis “mayores”. Tengo a mi niñez como la etapa más denigrante de mi vida, y por lo mismo recuerdo el sentimiento exhilarante que significó ganar mi primer dinero, saber que la gente pagaba para verme.

Yo me fui de casa a los trece años, me enganché a una compañía de teatro ambulante y cada hambre y cada dormida con piojos me causaban una alegría indescriptible. Era mi hambre, entiendes, mis piojos. Los ruidos de mi estómago me producían felicidad, en proporción inversa a la tristeza que me causaba el que me dieran un plato de comida.

Lucio Dante volvió a paladear su copa y volvió a recordar a un chiquillo con padres alcohólicos. Pero rápidamente los sacó de la mente para concentrarse en John Adams y su descubrimiento de la libertad.

—¿Has pensado que tu enfermedad va, precisamente, en contra de todo lo que significa libertad, que te hará depender cada vez más de la gente?

—Sí, lo he pensado —dijo John Adams, secamente.

A Lucio Dante, entonces, se le ocurrió que John Adams iba a realizar un segundo intento de suicidio y que en esta ocasión

tendría éxito. No lo veía como el tipo de persona que suda una enfermedad hasta su conclusión ni tampoco como alguien que se presta para experimentos con su cuerpo. Desde el momento en que las náuseas o las infecciones le fueran intolerables, John Adams desempolvaría su revólver y se lo apuntaría a lo que quedaba de su sien.

Con esto en mente, Lucio Dante hizo un intento de humor al decirle:

—Pero algún recuerdo amable debes guardar de esa época que consideras miserable. Por lo menos el de la pérdida de tu virginidad.

Y resultó. Porque John Adams se rió, se adelantó en la mesa y se sirvió lo que a Lucio Dante le parecieron dos gotitas de coñac.

—Sí —dijo John Adams, mojando los labios en el borde de la copa—. Y cualquier valor que haya tenido mi vida se lo debo a mi trabajo y a las mujeres. Porque si a través del primero busqué la libertad, a través de las segundas busqué el misterio, desde la primera vez que escuché la frase “sexo opuesto”.

¿Te imaginas esa expresión: “sexo opuesto”? El que la inventó y quienes la han usado después son los idiotas más grandes del mundo. Un “opuesto” es un contrario, pero este error original ha tenido el mérito de agujonear precisamente la curiosidad, el deseo de explorar.

Un hombre y una mujer no tienen nada de opuestos. Son complementos, mitades en búsqueda de mitades. Opuestos seríamos si los hombres tuvieran el pene en la espalda, por ejemplo. Seguramente el inventor de la frase estaba pensando en la mujer que tenía enfrente, alguna campesina robusta viviendo con este gramático estético. Sólo de un tipo así saldría una frase como ésta. El problema está en que nadie la ha disputado y se sigue repitiendo. Tiene el mérito, insisto, de haber acrecentado el misterio.

Aunque el sexo masculino tiene pocos misterios, con su proyección externa y su aburrida predecibilidad. Por eso los hom-

bres hacen alarde de sus genitales desde niños, porque carecen de magia. Les encanta exhibirse: mear en público, por ejemplo, competir con sus orines y esperma, lucir sus órganos como estandartes y por eso el orgasmo, que es la destilación de la sexualidad, resulta intrascendente en el hombre, un latigazo fugaz que comprueba su inutilidad.

En la mujer, al contrario, el orgasmo sublimiza el misterio. Desde el inicio, en el sólo acto de llamar, la mujer empieza un ceremonial en que el oído atento escucha la Novena Sinfonía de Beethoven. Todo es majestuoso, tan desconcertante para el hombre que lo conduce indefectiblemente al ridículo, a su final de relámpago mientras la mujer inicia su tormenta.

Y cuando se cumple, cuando a pesar de la torpeza masculina la mujer se realiza, es como la recompensa de los elementos de la tierra a ésta su criatura predilecta, que le brinda entonces todo el tiempo del mundo a su expresión interminable, que se prolonga y prolonga más allá de cualquier capacidad de comprensión del hombre, quien sólo puede observar desconcertado y pensar, como el gramático estético, que el ser que tiene a su lado es, en efecto, su “opuesto”.

John Adams hizo una pausa, sonrió y volvió a mojarse el borde los labios con el licor. Lucio Dante se adelantó, bajó el resto de su copa y se sirvió nuevamente.

—De donde deduzco —dijo Lucio Dante—, que tu primer encuentro amoroso fue un fracaso total.

—Total y absoluto —dijo John Adams, ampliando su sonrisa—. Una de esas cosas patéticas pero sin embargo didáctica, que me puso al menos en contacto con la estupidez del género que empezaba a representar.

Ambos tendríamos unos doce años y no sé cómo llegamos a esa parte de la playa. Habíamos estado bailando en una fiesta y yo había intentado sin éxito evitar una erección impertinente. Era una muchacha muy despierta que parecía burlarse de mi seriedad y de mi fallido intento por dominar mi virilidad incul-

ta. Ahora que lo recuerdo, fue ella la que me llevó hacia ese estrecho de playa. Y fue ella la que se acostó en la arena y dejó que su falda subiera hasta el borde de su ropa interior.

Era una chica maciza, durísima, y yo estaba maravillado con su cuerpo, que me parecía enorme, mientras que me veía a mí mismo como un espantapájaros ridículo, a punto de ser castigado por traspasar linderos. Pero cuando tomó mi mano y se la colocó en el centro, cuando por primera vez estuve frente a frente con el misterio y en efecto, develándolo, ese primer contacto con la armonía de los órganos femeninos, comparado con lo que veía como el disparate de los míos masculinos, cuando se bajó los pantis y realizó el acto por el cual se han desatado guerras, un par de piernas femeninas que invitan, cuando yo mismo me apresuré con torpeza a desnudarme, la obligatoria ayuda de ella en encontrar el camino, la indescriptible sensación de estar dentro de un cuerpo ajeno y la vergonzosa explosión simultánea a su carcajada, su sacudirse la arena y salir corriendo para dejarme allí, boca arriba y confundido, pensé que Dios se asomaría por entre las nubes y me descargaría un rayo que yo estaba dispuesto a aceptar de todas maneras porque, qué carajo, oye, ya era un hombre, y todo por una mujer.

John Adams iba a reír pero tosió, una tos que quiso ser discreta pero que tuvo que apagar con toda la fuerza de su voluntad, en su rostro y venas el esfuerzo por mantener el acceso bajo control.

Lucio Dante volvió a llevarse la copa al borde de los labios y pensó en todas las formas de contagio que había leído sobre esta enfermedad. A través del aire no era una de ellas, eso lo sabía, pero cada día encontraban nuevas formas de transmisión y él tenía que admitir que le era incómodo estar con John Adams en esa sala, tan pequeña. Pero, diciéndose que estaba reaccionando como un tonto, bajó el resto del coñac y, levantándose, le dijo a John Adams que creía que por hoy había sido suficiente, que qué tal si continuaban otro día.

LUCIO DANTE RESUCITA

John Adams, mientras tanto, rojo por el esfuerzo de dominar la tos, se había puesto de pie y, acompañando a Lucio Dante a la puerta, le dijo:

—Sí, seguimos después. Y no te preocupes, que ni aunque te besara te podría contagiar.

A Lucio Dante le gustaba la soledad. Pensar mirando el cielo raso para captar las señales de su mente. Estaba convencido de que dentro de su cabeza bullían ideas y pensamientos que la interferencia externa impedía manifestarse. Por eso no escuchaba música, porque se adueñaba de un espacio valioso en su cerebro. Y mientras más tonta la música, peor, sobre todo la de las propagandas comerciales: entonces tenía que llamar toda su voluntad para callarla, la tonadita que fuera dando vueltas y vueltas en medio de sus ideas más importantes, el “jingle” rondando y rondando hasta cuando Lucio Dante tenía que gritar ¡Basta!, para que el comercial se retirara.

Lucio Dante se decía que su problema en el fondo era uno de concentración, porque a la primera frase que le decía su cerebro lo sacaba del momento para hacerle pensar en otra cosa, en algún libro inconcluso o en algunas piernas furtivas, él llamándose la atención y tratando de sacar sentido de esa información que con tanto empeño le comunicaban.

En las pocas ocasiones que vivió con una mujer Lucio Dante creyó enloquecer, al verse obligado a escuchar historias que le parecían interminables, con narraciones demasiado coloridas, con profusión de adjetivos que terminaban mareándolo, dentro de esa facilidad de expresión de las mujeres que él admiraba pero que lo dejaba después con dolor de cabeza y tratando en vano de recordar qué le habían dicho.

Eso —se decía— además de su piel, explicaba su atracción por Mercedes Kampa, porque casi no hablaba y le sonreía.

Pero si alguien se hubiera engañado con la soledad de Lucio Dante y le hubiera regalado una mascota como compañía, habría tenido la rara oportunidad de observar una elocuencia que, entonces, nada tenía que envidiarle a la de la mujer.

Porque para Lucio Dante las mascotas eran el colmo de la vacuidad humana, que buscaba compensación a una vida estéril en estos condominios de alimañas. Por los perros tenía simpatía pero a distancia, ya que le era imposible hasta el más leve toque en la cabeza de estos animales, además de que le resultaba incomprensible la dependencia de estos animales por las personas, esta traición a su propia especie.

Pero si Lucio Dante podía apreciar la belleza de un tigre o de un caballo, con los gatos no podía superar una aversión casi patológica. Para Lucio Dante los gatos eran el símbolo del parasitismo y sus dueños el símbolo del masoquismo. La indiferencia de estos felinos, su desprecio por todo, su forma de andar y comportarse, como si ofrecieran bendiciones desde una posición de altura, tenía, sin embargo, amplia recompensa en la atención redoblada de sus propietarios, como si los gatos supieran que, a mayor displicencia de su parte, mayor servidumbre de sus “amos”.

Lucio Dante buscaba la soledad para escuchar atentamente a su cerebro, para ver si por una de esas cosas del destino sus neuronas le dictaban otro *Don Quijote* u otro *Cien años de soledad*. Incluso se conformaría con algo de segunda pero correcto como *El viejo y el mar*. Pero hasta ahora no lo habían hecho. Hasta ahora sus neuronas sólo le habían dictado una serie de esbozos de cuentos y novelas que había archivado de manera puntual, con una disciplina que ni remotamente aplicó a ninguno de sus trabajos para *El Centinela*.

Sus neuronas sí le dictaban y generosamente, las distintas maneras para presentar al abaleado o al acuchillado del día, las

diferentes variantes para ridiculizar al pomposo funcionario tal y las mil y una posibilidades de exhibir las proclividades del político tal.

Y tenía que reconocer que esto le mortificaba, porque si como periodista había tenido éxito, no había forma de que sus neuronas le regalaran al menos cinco páginas decentes de literatura, con lo cual se habría dicho que su vida no había sido un total desperdicio.

Este libro de John Adams le atraía por su novedad. Y 10,000 dólares podían dar bastante libertad, lo suficiente como para enfrentar de una buena vez a Salvador Rubio y arreglar su pedido de licencia indefinida.

Lucio Dante había dejado pasar tres días desde la primera llamada de Salvador Rubio. En su espacio de columna estaba apareciendo algo que buscaba ser imitación suya pero que terminaba en parodia, por lo que en la administración del periódico estaban furiosos. Y cuando Salvador Rubio se defendía diciendo que Lucio Dante no le devolvía las llamadas, los directivos amenazaban con suspenderlo, acusándolo de no intentar localizar a Lucio Dante, en vista de su conocida antipatía por él. Por eso, cuando la secretaria le informó que en la antesala estaba el señor Lucio Dante, Salvador Rubio dejó caer la quijada y le dijo que lo hiciera pasar, enseguida.

Lucio Dante no sólo no se bañaba sino que parecía dormir con la ropa puesta. Y, no obstante el calor, usaba saco y corbata siempre. Pero rara vez había una combinación sensata y desde los zapatos hasta la camisa la improvisación señoreaba. De donde resultaba una paradoja la anarquía de sus ropas con su proyección de “corrección” en el vestir. Porque si sus zapatos nunca habían conocido el betún, con el cuero pelado y los tacones al nivel de la suela, y si sus pantalones parecían un préstamo de Charlie Chaplin y sus camisas y corbatas le colgaban del cuerpo, había algo incongruente al mirar a Lucio Dante y tener que llegar a la conclusión de que, de alguna manera insondable, este señor estaba “bien” vestido.

Y cuando cruzaba las piernas, Lucio Dante mostraba unas patitas de gallina cubiertas por derrotados calcetines que le caían

sobre los tobillos. Pero esa pierna cruzada era tan insolentemente aristocrática, con su mensaje de distancia insalvable entre él y sus atormentadores, que al rato el otro se encontraba, sin saber por qué, hablando demasiado y ansioso por terminar todo diálogo con Lucio Dante.

De la persona de Lucio Dante emanaba un permanente olor a ajos sancochados y a sudor cristalizado; pero cuando hablaba, cuando todos se preparaban para encontrar en su boca unos pocos dientes torcidos, se maravillaban al ver su dentadura luminosa, unos dientes esculpidos que terminaban imponiéndose sobre cualquier aspecto negativo de él.

Salvador Rubio pensaba en todo esto cuando le ofreció asiento a Lucio Dante. Y se dijo que era injusto que él, que se bañaba tres veces al día, que era certero en la combinación de su ropa, llevara en su boca todo tipo de ganchos y puentes, probablemente con mal aliento, además.

Viendo a Lucio Dante acomodarse y cruzar la pierna, Salvador Rubio se preguntó por qué demonios tenía que soportar a este hombrecito, por qué tenía que rebajarse a tratarlo y maldijo al Gerente Administrativo y a todos los accionistas del periódico por someterlo a esta humillación.

Lucio Dante, por su parte, estaba pensando que si algo le agradecía a la vida era el no haber nacido Salvador Rubio. Para Lucio Dante, el editor del *El Centinela* simbolizaba todo aquello de lo cual él se había pasado huyendo. Era, para Lucio Dante, el consumado burócrata, el trepador por naturaleza, el individuo que había programado la existencia hasta el punto de llegar a dominar el minuto exacto de su cita con el servicio.

Parado allí, alto, elegante, una camisa almidonada recibiendo alegre su corbata de seda, sus pantalones con la raya exacta, sin una gota de grasa en el cuerpo, como producto de su tenis y su máquina de ejercicios, Lucio Dante se dijo que gente como Salvador Rubio era la heredera de la sociedad, con su fachada calculada hasta el último detalle, una tensión bajo control que

se pagaba en úlceras o, como en el caso de Salvador Rubio, con mala dentadura y peor aliento.

Lucio Dante echó la cabeza hacia atrás, miró a Salvador Rubio y esperó.

—¿Me quieres explicar qué significa esto? —empezó diciéndole Salvador Rubio, la nota de Lucio Dante en la mano, sacudiéndola en su dirección, como si fuera el rejo metafórico con el cual habría castigado si el fuera el dueño de *El Centinela*.

Lucio Dante no había renunciado nunca de ningún trabajo. Su método consistía en llevar las cosas a tal grado de degeneración que tenían que deshacerse de él. Nunca le había importado, tampoco, y desde que lo empleaban visualizaba su partida. Pero ahora estaba ocurriendo al revés: ahora lo estaban llamando para pedirle explicaciones por su retiro. Era una sensación extraña esta: ser él el renunciante. Un sentimiento placentero, también, éste de voltear la tortilla. Y Lucio Dante se dijo que estaba experimentando el mismo placer sádico de las decenas de jefes que lo habían botado a él.

—Lo que dice —contestó Lucio Dante—. Estoy solicitando licencia indefinida.

—¿Y no crees que el periódico se merece una explicación? —preguntó Salvador Rubio, al borde de la rabia y el dedo sobre la conexión con su secretaria.

—No —dijo Lucio Dante, mirando a Salvador Rubio sin ninguna expresión.

Salvador Rubio entonces tocó un timbre dos, tres veces y le ordenó a su secretaria comunicarle urgentemente con el Gerente Administrativo.

Y cuando Salvador Rubio hablaba con el Gerente Administrativo, vio cómo Lucio Dante iniciaba el lento proceso de cruzar la otra pierna.

Salvador Rubio, al terminar de hablar, no le dirigió más la palabra a Lucio Dante sino que se parapetó detrás de su masivo escritorio, simulando concentrarse en unos documentos de la

mayor seriedad pero levantando la cabeza cada dos segundos para mirar hacia la puerta, por donde se demoraba en llegar el personaje importante que esperaba.

Panchito, el Gerente Administrativo, sentía una genuina simpatía por Lucio Dante, a quien consideraba un genio excéntrico. Se tiraba al piso con la lectura de sus trabajos hasta cuando las lágrimas y la tos lo llamaban al orden. Panchito se congratulaba de la primera página de su periódico, repleta de esas fotografías a todo color de los muertos y mutilados, de los ladrones y cornudos que, para su deleite supremo, comentaba su columnista estrella Lucio Dante.

Por eso, cuando entró a la oficina de Salvador Rubio y lo vio, se dijo que haría lo que fuera necesario para que Lucio Dante desistiera de esta improductiva “licencia indefinida” de *El Centinela*.

Lucio Dante, mientras tanto, estaba pensando que nunca había sido el centro de nada. Al contrario: en todos los sitios de donde lo habían botado lo habían tratado como algo insignificante. Sus cartas de despido se las entregaban funcionarios de quinta o sexta categoría y a veces hasta porteros, que lo alcanzaban a la salida de la oficina.

Ahora, al empezar a levantarse para recibir a Panchito, Lucio Dante se sorprende del rostro sonriente y la mano en el hombro que le piden que por favor no se incomode. Panchito entonces jala una silla y se coloca frente a Lucio Dante, dándole la espalda a Salvador Rubio. Está tan cerca de Lucio Dante que sus rodillas tocan y puede sentir en toda su intensidad el olor a ajos sancochados y sudor cristalizado.

Pero Panchito disimula muy bien las emanaciones que salen de Lucio Dante porque sabe que tiene que irse acostumbrando a todos los olores, especialmente los proletarios. Porque Panchito está en permanente campaña política y toda su familia está de acuerdo cuando el Gerente Administrativo de *El Centinela* afirma que él no tiene la menor intención de pasarse el resto de su

vida lidiando con periodistas borrachos. Que él, Panchito, va para la Asamblea Legislativa, como primer paso en su carrera política. De allí, él y la familia verán.

Lucio Dante piensa que Panchito va a ir muy lejos en la política, porque no olvida un nombre ni un cumpleaños, saluda a todos y se interesa por el bienestar de tu esposa y tus hijos, que no conoce. Y ahora, sentado frente a Lucio Dante, Panchito no tiene la menor duda de lo que su columnista estrella quiere es más dinero, sencillamente, se trata de un pequeño chantaje y que él está dispuesto a ceder.

Pero cuando Panchito va a empezar con su clásica pregunta sobre la familia, recuerda que Lucio Dante es soltero y que no tiene hijos. Entonces, parpadea un segundo y trata de encontrar alguna conexión con Lucio Dante, algo que le dé la ventaja acostumbrada pero se siente turbado de repente, el pánico virgen de no saber cómo empezar una conversación.

Al borde del terror porque lleva un minuto sin decir una palabra, tocándole las rodillas a Lucio Dante y asimilando su olor a ajos y sudor, Panchito recuerda que en la oficina está también Salvador Rubio y a él se aferra para salvar la cara. Por eso, dejando las rodillas y el olor de Lucio Dante, se impulsa, se levanta y le grita a Salvador Rubio que le explique qué mierda está pasando.

Salvador Rubio, mientras tanto, ha observado la escena con detenimiento y sabe que va a ser el chivo expiatorio, que, como Panchito no ha podido con Lucio Dante, seguro lo agarra a él de pendejo.

—El señor Dante ha pedido una licencia indefinida... —empieza diciendo Salvador Rubio cuando Panchito lo interrumpe, violentamente.

—Sí, ya sé eso —dice el Gerente Administrativo, caminando por la estancia—. Lo que quiero saber es: ¿por qué mierda indefinida? Eso es algo totalmente irregular.

—Tal vez el señor Dante le pueda explicar —dijo Salvador

Rubio, con lo que Panchito creyó captar mucho de rambulería en su tono.

Por un momento Panchito pensó gritarle nuevamente a Salvador Rubio, pero entonces se dio cuenta de que Lucio Dante no había dicho una sola palabra en todo el tiempo que estaban allí. En cualquiera otra circunstancia habría llamado a seguridad para que lo sacaran a patadas, pero, pensando en la circulación de *El Centinela*, hizo gala de todos esos poderes histriónicos que tan bien le servirían en la Asamblea Legislativa y trató de esconder el mal humor que empezaba a hervirle la sangre. De modo que, serenándose y sentándose nuevamente al lado de Lucio Dante, le dijo:

—Lucio —empezó, controlando la náusea por el olor a ajos y sudor que se había concentrado en el tiempo que llevaban en la oficina de Salvador Rubio—, no tenemos que decirte que en esta casa se te estima y respeta. Pero a veces estamos tan ocupados que descuidamos detalles importantes del personal. A ver, Rubio, —dijo sin quitarle la vista a Lucio Dante— ¿cuándo fue la última vez que le subimos el sueldo al señor Dante?

—Nunca lo hemos hecho —dijo Salvador Rubio—. Siempre ha ganado lo mismo.

—¿Como? —dijo Panchito, quien como Gerente Administrativo sabía esto muy bien—. Pues ahora mismo remediamos esto. Desde este momento se le sube el sueldo al señor Dante en 50%.

Y entonces, mirando a Lucio Dante con esa sonrisa que de seguro lo llevaría hasta la presidencia de la república, la mano derecha subliminalmente alentando a Lucio Dante a concordar con él, con esta generosa oferta que nadie en su sano juicio podía rechazar, el Gerente Administrativo fue recogiendo los músculos faciales hasta completar la cara de mayor emputamiento que nadie le había visto jamás.

Porque el cabroncito de Lucio Dante sólo se le había quedado mirando sin decir ni jota, como quien observa un circo y se

pregunta cuántas horas de práctica se invirtieron en la actuación de esta foca amaestrada.

Y cuando Lucio Dante vio la expresión de Panchito, cuando le vio los dientes apretados y la saliva en la comisura de los labios, cuando vio a Salvador Rubio sonreír de satisfacción, se levantó. Entonces, paralizando a los interlocutores con el más perfecto collar de dientes del planeta, le agradeció al Gerente Administrativo su oferta pero la declinaba, porque como decía la nota, necesitaba una licencia indefinida. Y si no había más que tratar, él se retiraba.

—No pedacito de maricón —le gritó entonces el Gerente Administrativo—. Tu licencia no es indefinida: ¡es permanente!

Lucio Dante empezó entonces su retirada, llevando a sus espaldas la sonrisa de Salvador Rubio y el temblor del Gerente Administrativo.

Salvador Rubio levantó la vista de su plato y miró a su mujer, al otro extremo de la mesa. Y, como si fuera la primera vez que comiera con ella, observó que Leonor Rubio cortaba la carne con unos movimientos cortos y precisos, tan rápidos que le recordaron la forma de comer de una ardilla. Porque, como si se sorprendiera robando, Leonor Rubio suspendía el corte, miraba a izquierda y derecha y sólo entonces lánguida, delicadamente, colocaba el cuchillo en el plato, pasaba el tenedor a la mano derecha y se llevaba el trozo a la boca. Luego masticaba, entornando los ojos, con pequeños toques de servilleta en los labios para, al terminar de mascar, repetir los movimientos de roedor.

Salvador Rubio estaba asombrado. Y se dijo que, en los veinte años que tenían de casados, en las cientos de miles de veces que habían compartido una comida, jamás había notado esta incongruencia entre la forma de cortar de su esposa y el resto de su proceso al comer. Siempre le había parecido muy fina, Leonor, muy correcta, muy dama.

Pero, al verla comiendo ahora, como si la acabara de descubrir, como si se le hubiera caído un velo de la cara, Salvador Rubio sintió un escalofrío.

Porque se dio cuenta de que le era en extremo desagradable observar esos movimientos que se interrumpían abruptamente para dar paso a una apariencia de propiedad. Y notó que así ocurría también con un vegetal o fruta: Leonor Rubio cortaba

con una fijación que se suspendía sólo con la seguridad de que el bocado no tenía escape.

Era extraño que notara esto ahora, se dijo Salvador Rubio, después de tantos años de convivencia, pero, sobre todo, que esta única antipática manera al comer de su esposa se le fuera imponiendo hasta el punto de hacerlo olvidar el resto de sus impecables modales. Y se sintió aliviado cuando terminaron los platillos, porque en el postre y en el café Leonor Rubio volvió a su acostumbrada distinción, la de la persona que él había escogido para acompañarlo en esta travesía llamada vida y que exigía la mujer exacta, como su carro o su ropa, algo que hablara de él y de su destino superior en la tierra.

Leonor Rubio no era bonita: de mediana estatura, el tamaño de su marido la hacía ver más pequeña de lo que era, al punto de que los vecinos los apodaban “portaviandas” a sus espaldas.

Pero Leonor Rubio había atraído a Salvador Rubio no por su belleza sino precisamente por todo lo contrario, por esa ausencia de despliegue sexual y coquetería, lo que hacía que la gente se fijara en su educación y sentido práctico, en esa capacidad suya de proyectar orden y corrección tanto a su persona como a todo lo que la rodeaba.

Las blusas de Leonor Rubio estaban siempre abotonadas hasta el cuello, sus faldas eran largas y jamás se le vio con tacones altos, ni siquiera en fiestas. De rostro común, se peinaba todos los días de la misma manera y su maquillaje era discreto, casi invisible. Era muy limpia, también, muy pulcra, casi tan limpia y tan pulcra como Salvador Rubio.

Y a él le bastó una mirada y una conversación con ella para saber que con esta mujer no sólo estaría libre de celos sino que Leonor le aportaría al matrimonio lo que él estaba buscando: la solidez de una sociedad anónima.

Y aunque la pasión salió volando por la ventana a la semana de casados, Salvador y Leonor Rubio produjeron dos hijos, un varón y una hembra, ambos estudiantes ejemplares de la universi-

dad. Pero a pesar de la nulidad de su vida sexual, Salvador Rubio jamás pensó en infidelidad alguna, siéndole más importante la esencia del matrimonio, como el hogar y la estabilidad, como el compartir y ese convencimiento de que a través de su familia se integraba a la sociedad.

Salvador Rubio había sido profesor universitario antes de ser editor de *El Centinela*. Había sido un buen maestro, metódico, responsable. Despreciaba a esos educadores que le daban mal nombre a la universidad con sus ausencias, su coqueteo con las alumnas y la trivialización de la enseñanza, con tráfico de exámenes o, repugnancia de repugnancias, favores sexuales. Él enseñaba porque creía en la educación y porque iba bien con su manera de ser, con su formalidad y porte elegante que le merecían el respeto de colegas y alumnos por igual.

Porque cuando Salvador Rubio entraba al salón, inmediatamente se creaba un silencio reverente, aunque en ese momento estuvieran sentados los estudiantes más brutos de la universidad. Y es que Salvador Rubio imponía respeto con su sola presencia, con sus pasos y brazos largos, con esa manera orgullosa de llevar el cuerpo, nada importa que el maletín se le cayera del escritorio o que la tiza se le partiera al escribir o que el mismo Salvador Rubio rodara por el piso al reclinarsse demasiado en la silla: todo en este profesor hablaba de dignidad y por eso, una vez superadas las risas por su torpeza, se podía escuchar el clásico vuelo de la mosca cuando exponía.

Y fue esta mezcla de aristocracia, vulnerabilidad y dedicación lo que convenció a una de sus colegas, Leonor, a tomar la decisión de casarse con él.

Pero Salvador Rubio no pensaba ser profesor toda su vida. Porque no le llenaba aquella justificación del enseñar que había leído en Tomás Moro, cuando dijo que, aunque el mundo no supiera lo bueno que eras como maestro, lo sabrían tus alumnos, tú mismo, y Dios. No es un mal auditorio ése, concluía Tomás Moro, beatíficamente.

Y aunque Salvador Rubio reconocía que muy pocas actividades humanas se comparan con la plenitud de un salón de clases cuando se juntan la preparación del maestro con la receptividad de los alumnos, él estaba destinado a más, mucho más.

¿Por qué entonces, si no, esa estatura y ese porte? ¿Por qué tanta educación y ese respeto que imponía? ¿Para que se quedara en la sola apreciación de Dios, de treinta chiquillos y de él dentro de cuatro paredes? No, definitivamente no. Porque todo en él apuntaba hacia lo único que verdaderamente importaba en la vida: el poder.

Y mientras estuvo en la universidad sus metas fueron claras: primero ser el mejor profesor de la Escuela de Periodismo, luego Decano de la Facultad y después, después... ¡Rector!

Y todos, colegas y alumnos, se comportaban como si Salvador Rubio tuviera razón como si cualquier cima que se propusiera este hombre superior le correspondiera por derecho natural.

Hasta que un día lo llamó el Gerente Administrativo de *El Centinela*, un periódico que Salvador Rubio ponía en sus clases como el ejemplo del peor periodismo del mundo y le ofreció el puesto de editor, con un salario como Salvador Rubio no habría imaginado ni en sus momentos más optimistas como profesor. Leonor Rubio estuvo de acuerdo inmediatamente, y fue así como Salvador Rubio se vio al timón de *El Centinela*, con tres secretarías y cinco teléfonos, cuatro faxes y seis intercoms, supervisando la labor de quinientas personas, un trabajo de auténtico poder y satisfacción.

Es decir, de no haber sido por la presencia en el periódico de Lucio Dante.

A Salvador Rubio le gustaba salir temprano para *El Centinela*, mientras su esposa tomaba su propio coche y se iba a la universidad. Y puntualmente suspendían lo que estuvieran haciendo para encontrarse en casa y comer juntos. Todo el trabajo lo organizaban para este ritual, sea cual fuere su horario u obliga-

ciones.

Los fines de semana incluían a los “chicos” en sus comidas, aunque comprendían la vida social de la juventud y les toleraban el que los dejaran plantados. Pero en lo que sí eran terminantes los esposos Rubio, lo que no admitía la menor discusión en esa casa, era el repudio total a cualquier clase de vicios. Y los dos hijos habían captado el mensaje y eran dos abstemios que no fumaban y que a las doce a más tardar estaban en casa.

Por eso la vida de Lucio Dante le era tan desagradable a Salvador Rubio, porque representaba todo lo que él siempre había combatido: el vicio y la irresponsabilidad, esa manera de desperdiciar y despreciar la vida. Pero lo habían despedido, gracias a Dios, y sólo había que darle tiempo a cualquiera de esos cachorros de columnistas para que lo reemplazara. Lo cual nos sería nada difícil, tomando en cuenta la inmundicia que escribía Lucio Dante.

Pero, mientras pensaba así, observando a su querida Leonor llevarse el café a los labios con exquisita finura, el índice derecho en el ángulo correcto de la taza, volviendo a ser la mujer impecable que era su esposa, Salvador Rubio empezó a sentir una extraña opresión en el pecho. Fue como cuando descubrió la forma como Leonor Rubio cortaba la carne, algo como una traición personal, el súbito descubrimiento de que hay algo muy malo en nuestra existencia porque las cosas no son tal cual uno las ha planeado con tanto esmero.

Y se dijo que no era la primera vez que le ocurría, que le había sucedido desde siempre pero que de alguna manera él se había elevado sobre las circunstancias para captar el cuadro total, para darle importancia a lo sustantivo y silenciar lo adjetivo, esos pequeños detalles que empezaban a tomar vida propia, reclamando igual atención. O más.

Era cierto que en su matrimonio hubo una semana de frenética actividad sexual para de improviso sentir que era más importante una buena comida o un buen programa de televisión o un

buen libro.

Que el cuerpo de Leonor no le decía absolutamente nada pero que, sin embargo, él sería responsable. Y que, con el nacimiento de los hijos, la ausencia de contacto físico adquirió una especie de santificación, al razonar que todo estaba bien entre ellos porque habían cumplido con la regla más sagrada del matrimonio, la de procrear.

Él había captado el cuadro total: el hogar, los planes, la cuenta de ahorros. Leonor Rubio, por su parte, jamás le hizo el menor avance, dando la impresión de estar absolutamente de acuerdo con la abstinencia. Pero cuando ocurría, cuando después de tres meses de comidas y televisión y libros Leonor Rubio se quedaba mirando fijamente la pantalla y él podía jurar que no estaba prestando la más mínima atención a lo que veía, la sábana hasta el cuello y en el pelo unos rollos enormes, Salvador Rubio efectuaba un rápido movimiento sobre ella que concluía casi al momento de empezar.

No, eso no le había preocupado porque el matrimonio es mil y una cosas más. Y si no podía negar que a veces miraba de reojo a las otras mujeres y que en más de una ocasión la vista se le había ido tras unas piernas bien torneadas o en una cintura de avispa, se sabía incapaz de una aventura porque él estaba casado y estar casado significaba ser fiel y para toda la vida.

Nunca, en los veinte años de matrimonio, Leonor Rubio tuvo una sospecha de su marido. Jamás se le pasó por la mente revisarle un pañuelo u observarle los cuellos de las camisas ni ¡válgame Dios!, examinarle su ropa interior. Entre marido y mujer rondaba un aire de paz y tranquilidad producto de la mutua confianza, cual gente que ha vivido veinte años en la misma casa y mantiene el número de teléfono original.

Pero algo le apretaba el pecho a Salvador Rubio en esta noche que se sentó en su sillón favorito y apretó el control remoto del televisor. Algo le estaba llevando a concentrarse en los pequeños detalles para olvidar el cuadro total. De repente la falta de

sexo le fue tan trascendente como la forma como Leonor cortaba, la carne. De repente el cuadro total le pareció insuficiente, hasta cobarde, y Salvador Rubio sintió cómo le empezaba a subir por los pies para posarse en el estómago, un sentimiento de náusea que lo hizo levantarse del sillón para correr al baño y al vómito y a los ojos anegados en llanto.

Al regresar frente al televisor, Salvador Rubio hizo un esfuerzo por evitar que Leonor Rubio se diera cuenta de que sudaba frío. Pero la corbata, que conservaba hasta el momento mismo de irse a la cama, empezó a asfixiarlo, como para terminar lo que no había logrado la náusea.

Y Salvador Rubio se vio obligado a romper con su costumbre y aflojarse el nudo, porque el sudor lo había bañado de pies a cabeza y la vista se le había nublado y se había levantado como un resorte y había caído desmayado y Leonor Rubio había pegado un grito.

Lucio Dante se enteró del ataque al corazón de Salvador Rubio cuando fue a *El Centinela* a retirar su último cheque y su carta de despido. Había rumores de parálisis pero era muy temprano para saber con certeza, le informaba con mal disimulado deleite el Jefe de Personal. Y aunque Lucio Dante sabía del odio que por él sentía Salvador Rubio, nunca le deseó mal, pensando que suficiente castigo tenía el editor con sólo ser quien era.

Pero esta alegría ante el mal ajeno, pensó Lucio Dante, viendo al Jefe de Personal registrar sus documentos sin dejar de hablar del “pobre” de Salvador Rubio y duplicando, en efecto, su placer, con este despedido y aquel enfermo, esta alegría, se dijo Lucio Dante, era inherente al género humano, que goza con la tragedia ajena.

Y Lucio Dante llegó a la conclusión de que el orgasmo del Jefe de Personal estaría completo cuando le dijeran que Salvador Rubio, el editor de *El Centinela*, había “pasado a mejor vida”, para oírlo comentar entonces la trágica noticia con rostro de compunción, mientras se aseguraba un sitio de preferencia en el entierro. Luego, mirando al bastardo allí enfrente, tieso y mudo, el Jefe de Personal se felicitará por su propio corazón fuerte y sano.

Lucio Dante sencillamente no pensaba en Salvador Rubio. Si se recuperaba o si se moría le daba igual, exactamente igual. Salvador Rubio había significado nada en su vida y, aunque

había intentado perjudicarlo, aunque sabía de sus burlas y de su permanente hostilidad, la circulación que aseguraban sus columnas lo aisló y protegió.

Ahora que el Jefe de Personal manipula sus documentos sin dejar de hablar del ataque al corazón de Salvador Rubio, a Lucio Dante le llama la atención la forma como el Jefe de Personal sella sus papeles, con un vigor digno de mejor causa, levantando el brazo muy por encima de la cabeza, casi verticalmente, para dejarlo caer como un mazo, como si cada sello fuera un clavo que estuviera metiendo en el ataúd de Lucio Dante.

Y Lucio Dante, viéndolo aporrear cada uno de sus papeles originales con sus respectivas copias, chachareando sin parar un segundo del “pobre” de Salvador Rubio y su enfermedad, se pregunta qué demonios hace él esperando estos papeles en primer lugar. Por eso, cuando el Jefe de Personal le entrega su cheque y le pone unas hojas delante para que firme, Lucio Dante agarra el cheque y da media vuelta, dejando al Jefe de Personal con el brazo extendido y la boca abierta.

Esa noche, en casa de John Adams, Lucio Dante no podía dejar de pensar que había una rara conexión entre la enfermedad de John Adams y la de Salvador Rubio. Y se dijo que, si tal vez no se conocían, era probable que estos dos hombres tan distintos supieran de la existencia del otro. John Adams quizá habría oído hablar del editor de *El Centinela* y Salvador Rubio seguramente habría leído sobre el actor y director que de manera regular vapuleaba Lucio Dante.

Viendo a John Adams ahora, flaco y con una cabeza demasiado grande para el resto del cuerpo, pasando papeles y levantándolos a la luz, Lucio Dante se preguntó por qué se había peleado con él en primer lugar; por qué había disfrutado con atacarlo al punto de convertirlo en enemigo. Y se preguntó también por qué nunca se había peleado con Salvador Rubio, por qué había preferido ignorarlo, paradójicamente logrando que Salvador Rubio lo odiara más.

Y, mientras se servía la primera copa, Lucio Dante se dijo que la respuesta a estas preguntas tal vez no estaba tanto en su reconocida envidia de John Adams, como en el hecho de que John Adams era un artista, como lo era él y, por lo tanto, caza mayor: un adversario digno, en otras palabras, algo que Salvador Rubio no sería jamás.

Y Salvador Rubio era un burócrata, siempre había sido un burócrata, siempre había querido ser un burócrata y burócrata moriría. Nadie para medirse con él.

Lucio Dante, a pesar de su repulsión por los burócratas, y quizá por ello mismo, había llegado a la conclusión de que los burócratas habían sido colocados en el mundo para castigar la inherente maldad de la especie humana. El invento de la burocracia devenía así en la respuesta más eficaz a la perversidad general, y su anonimato era parte del diseño, la manera de eliminar toda posibilidad de venganza. Los burócratas estaban programados para que nadie les ganara. Y discutir con uno tenía tanto mérito y causaba tanto provecho como debatir la teoría de la relatividad con una pared.

Los burócratas, por su parte y con el mayor de los gustos, le daban la razón a Lucio Dante, al sacarlo de la línea y confrontar su desorden, al alzarle la voz y exhibir sus papeles, demostrándole al mundo por qué eran necesarios, por qué existían seres como éste que tenían por delante. Y ellos estaban allí no sólo para mostrarle el camino correcto sino para castigarlo con el grito o la multa o ambos.

Y cuando Lucio Dante bajaba la cabeza en espera de su sentencia, el burócrata aprovechaba para dar la estocada final con algún comentario particularmente áspero, que en su momento de frenesí hacía alusión al retraso mental de Lucio Dante, sin percatarse de que ya para entonces Lucio Dante no estaba allí sino en las piernas de alguna otra contribuyente.

A Lucio Dante, sin embargo, le caían bien los agentes de tránsito, todo lo contrario a un burócrata, con una capacidad de

pasar sentencia sin pronunciar palabra, de llenar una boleta en silencio, casi retando al conductor a que intente romper la magia del momento con su estúpida defensa.

Al agente de tránsito no le miraba siquiera. Simplemente se le daba la licencia mientras él se paseaba majestuoso alrededor del coche, apuntando en su libreta, que si velocidad, que si luces, que si carrocería. Y todo sin decir una palabra. Al final, el agente extendía la boleta, uno la aceptaba y se iba.

Pero la burocracia no le quitaba el sueño a Lucio Dante. Salvador Rubio pudo ponerle todas las trampas que quiso y no logró sacarle un solo comentario. Con John Adams hubo el reconocimiento de un alma gemela. Y si no hubiera sido por su enfermedad, todavía estaría asistiendo a sus obras, para salirse en medio del primer acto y reírse del enojo que le causaba.

Por eso Lucio Dante aceptaba los contragolpes de John Adams cuando lo llamaba borracho inculto.

Ahora, Lucio Dante se dice que queda muy poco de admirar en John Adams. Su cuello es tan magro como el de un gallinazo y le parece que muy pronto no resistirá el esfuerzo de cargar la enorme cabeza, esa cabeza que había constituido su mejor atractivo, una especie de corona al cuerpo alto y esbelto que cruzaba el escenario en dos zancadas. John Adams estaba concentrado ahora, todo él una involución que le daba aspecto de adolescente, idos su musculatura y su pecho y sus piernas vigorosas. Ante él, Lucio Dante tenía los despojos del ser que alguna vez envidió.

La voz había quedado intacta, sin embargo, incluso con una nueva potencia dentro de su reducida caja, y Lucio Dante se dijo que la falta de movilidad de John Adams estaba siendo compensada con esta fuerza verbal, como si John Adams estuviera mandando a su voz a cumplir con éste su último acto sobre la tierra, este testamento que requería de su voz como en ningún otro momento de su vida. Era, en efecto, pensó Lucio Dante, el fin de fiesta de este actor, y sólo él sabía lo que le estaba costando.

John Adams levantó al fin la vista de sus documentos, entonces miró a Lucio Dante y sonrió. Acababa de encontrar lo que buscaba y, con un dedo afilado, separó una foto del resto de los papeles. Era una mala foto, desenfocada y sin los pies de John Adams. En ella, un juvenil John Adams lucía unos dientes de vampiro y con una capa cubría a una chica de fingido terror.

—Fue mi primera y única esposa —dijo John Adams— mi primer y único intento por formalizar la vida. Se llamaba María, y fue la persona que me hizo ver mi valor, la que levantó mi autoestima hasta hacerme pensar que era el mejor actor del mundo. Por ella nunca dejé de creerlo, porque fue tal su convicción que con toda honestidad puedo decir que con María empecé a sentirme realmente importante. Y como era infinitamente más inteligente que yo, sus palabras me quitaban el sueño, yo dudando si se refería a mí o a otra persona.

Pero para María yo era un genio, superior a todos aquellos en quienes yo encontraba algo digno de alabar. Y cuando lo hacía, cuando destacaba el trabajo de alguien, María me corregía con furia, diciéndome que lo que yo veía en los demás no era ni sombra de lo que yo llevaba por dentro y que sólo pedía abandonar mis complejos.

María estaba convencida de que todos los hombres me envidiaban y de que todas las mujeres me deseaban, cosa que no le despertaba celos porque, como ella misma decía, era de esperarse, visto lo extraordinario que era yo.

Yo, sencillamente traté de adaptarme a su manera de verme.

Y sé lo que estás pensando: que se trató de un simple truco de mujer para conquistar, el viejo recurso de inflar el ego masculino para que baje la guardia. Lo pensé, no lo niego, pero sólo al principio.

Porque, en primer lugar, yo no tenía absolutamente nada que brindarle a María; mis actuaciones me pagaban un cuarto tan pequeño que cabría en esta cocina; no podía comprarle re-

galos y mis invitaciones eran a hamburguesas, y eso cuando tenía funciones seguras.

No, María estaba conmigo porque estaba francamente convencida de que yo era el mejor de todos los actores y directores y de que sólo tenía que abandonar mi inseguridad para que aflorara mi verdadero ser, ése que se pasearía por los más exigentes escenarios del mundo.

Fue María, dicho sea de paso, la que me inventó el nombre de John Adams, del que tanto te burlaste. Y por complacerla, por ponerme a la altura de sus expectativas y cerrar la brecha que yo veía entre mi realidad y su visión de mí, puse todo mi empeño en ser quien soy hoy día. O más propiamente: quien fui.

Y a medida que la observaba más tranquila, es decir, cuando mi aplomo se proyectó a mi vida y al escenario, cuando María me alentaba con la cabeza, esta metamorfosis que en efecto me hizo mejor actor y peor ser humano, cuando llevé a los extremos mi porte y mi memoria y empecé a establecer mi reputación, le pedí que se casara conmigo.

María aceptó, y decidió que ya no era necesario que ella trabajara, porque mi actuación y dirección proveerían ampliamente y ella podría quedarse en casa. Yo estaba encantado, y recibí su entrega como otro de sus homenajes.

Lo que yo no sabía era que María se estaba muriendo, y que por lo mismo resultó mejor actriz que yo.

Yo no sé si fue por el poco tiempo juntos o porque en verdad era inagotable. Pero María fue la única mujer con quien no me aburrí. O quizá fue que no pensé en ello, eso que me ocurre —ocurría— cada vez que empezaba una relación: ver el final como cuando entramos a un cine y nos han dicho que la película está por empezar cuando en verdad es ese momento exacto del film en que se descubre al asesino.

Con María me fue muy cómodo ir al teatro para volver y encontrarla en casa, o pedirle me acompañara sabiendo que en la sala estaba mi mayor fanática, aplaudiendo cada una de mis

entradas y salidas, para conversar luego hasta el amanecer frente a una botella y disfrutar de mi mujer con el ansia y la sed del que atraviesa un desierto.

Yo me bebía a María, y su cuerpo era un manantial inagotable, olía a duraznos y mi suavidad la complementaba con una pasión sin egoísmos. Le hacía el amor por horas y me parecía un desperdicio el terminar, tener un clímax, algo que yo comparaba con aquellos animales que tragan sin masticar y mucho menos paladear. Yo paladeaba a mi mujer, y se reía, hasta ese momento en que ella mandaba y entonces sí no había nada más que hacer.

María no tuvo ni agonías ni sufrimientos. Ocurrió en cuestión de horas, degenerando tan rápidamente que no tuve tiempo de reaccionar, yo pensando que se trataba de algún resfriado, dándole las bobadas acostumbradas en esos casos, que si píldoras, que si reposo y sopa de pollo. A su muerte sencillamente se encogió en la cama y, cuando la levanté, era una pluma en mis brazos; bajé de dos en dos las escaleras y la acosté en la parte de atrás del auto. En el hospital tuvieron que arrancármela porque no quería dejarla con nadie. Aun así, lo más lejos de mi mente era que ese día no le hablaba más.

Hasta ahora no tengo claro de qué murió. Cuando me lo dijeron entré a su cuarto y en lo único en que podía pensar era que todo el propósito de mi encuentro con esta mujer, toda la razón de la existencia de María había sido la de levantarme el ánimo y quitarme mis complejos. ¿Era eso tan importante? ¿Puede ser ése el destino de una existencia?

Si yo hubiera sido un científico trabajando en la cura del SIDA y se aparece esta mujer para estimularme, lo habría entendido; pero vivir como un relámpago sólo para despertar a un actor me pareció el colmo del sinsentido. Si me hubiera dado un hijo, o si me hubiera dicho algo antes de morir, si me hubiera hecho alguna señal o tan sólo me hubiera sonreído, tal vez yo habría pensado en el significado de la vida y tal vez no habría

dejado el hospital como lo hice, caminando como un loco durante días y maldiciendo a Dios, retándolo a que tuviera los cojones de enfrentarse conmigo, en el terreno que quisiera, aquí, en la calle, o allá, detrás de aquel barranco, él y yo solos, sin nadie en el medio, a puño limpio, para ver si se me presentaba con otra cara que no fuera la del grandísimo cobarde que se cebaba en niñas adolescentes que nunca le hicieron daño a nadie.

Dios no me respondió, por supuesto. Ni mandó a nadie a pelear por él, tampoco, como yo esperaba al entrar a las peores cantinas e insultar a los parroquianos que encontraba sentados en las barras o en las mesas. Nadie aceptó mis provocaciones, ni aun cuando me metía en los reservados y les levantaba las faldas a las mujeres, sus acompañantes mirándome y moviendo las cabezas, como si toda la ciudad se hubiera puesto de acuerdo para no romperle la madre al desgraciado viudo este.

John Adams dejó de hablar y, por un momento, Lucio Dante captó un brillo en sus ojos hundidos, como si el recuerdo, doloroso y todo, le hubiera inyectado vida. Pero John Adams bajó la vista y buscó nuevamente entre sus papeles. Lucio Dante aprovechó el paréntesis para servirse otra copa, levantarla y bajarla hasta el fondo. Luego, volvió a llenarla y se reclinó.

Esta vez, John Adams sacó de sus papeles y le enseñó una foto donde aparecía él, de pie y, sentado en una banca, un joven que Lucio Dante no conocía.

—Es una escena de *La historia del zoológico*, de Edward Albee —dijo John Adams—. Para esa época era nuestro autor favorito, el niño mimado de la generación rebelde y bastaba anunciarlo en cartelera para asegurarnos la renta del mes. El actor sentado murió de lo mismo que estoy muriendo yo.

Lucio Dante volvió a adelantarse en la mesa y levantó la copa. Ya había perdido la cuenta de sus tragos pero no le importaba. Había llegado a ese punto en donde sabía que su destino era la inconsciencia. Pero Lucio Dante era del tipo de borracho que no demostraba su embriaguez. No era necio, no discu-

tía, y como hablaba poco y miraba a los ojos, daba la apariencia de concentración, hasta ese momento en que el licor lo llevaba a funcionar como a través de un velo y perdía contacto con la realidad. Sólo que los demás no se enteraban, vista su expresión de equilibrio. Y ahora, a pesar de que no quiere dejar de captar el menor detalle de lo que le dice John Adams, pierde la batalla de la moderación y va rumbo a ese estado en que lo único importante es la lija del alcohol por su gaxnate.

—Trabajamos muy cerca, Dionisio y yo —le dijo John Adams—. Actuamos juntos en unas obras y lo dirigí en otras. Dionisio era homosexual, y nunca me he explicado por qué los “gays” dominan el mundo artístico. Por eso empecé aclarándote que no lo soy, porque en el arte el noventa por ciento de los participantes son “gays”. Y los he visto caer como moscas, sucumbiendo a la enfermedad entre soledades espantosas. Yo mismo, por el hecho de no ser “gay”, me creía inmune y veía esta enfermedad como algo propio de los “cacorros”, no de un heterosexual como yo, macho a carta cabal.

Y en cierta forma he tenido suerte, porque desde la muerte de María di rienda suelta a esta vida promiscua que al final me alcanzó.

Dionisio fue el primero que vi sucumbir a la enfermedad. Y aún con esa experiencia cercana, seguí pensando que se trataba de algo incomprensible que le pasaba a gente incomprensible que hacía cosas incomprensibles entre las sábanas. Y desde meses antes de la muerte de Dionisio, cuando su familia inventó una supuesta tuberculosis, como forma de alejar a los curiosos, yo seguía imaginándome el SIDA como una especie de ceremonia secreta, algo que iniciados, con ritos esotéricos que de alguna manera explicaban el caso de Dionisio, su cremación y la pequeña urna con sus cenizas.

Toda la criptografía de la muerte de Dionisio tenía que ver con su homosexualidad, me decía yo, y ya encontrarían *ellos* la forma de superar *su* problema, así como levantaban una barrera

infranqueable para nosotros, los heterosexuales, así como tenían sus propios códigos y signos en donde no entrábamos los que no éramos “de la onda”.

De la misma manera, me decía, la cofradía trataría con “esto”. Lejos estaba de imaginarme que la soledad es una, que la angustia y el desarraigo son universales, que le duele igual tanto a un homosexual como a un heterosexual el que le pases al lado y no lo reconozcas, porque eres sólo una columna de huesos cargando una cabeza gigante.

Y cuando lo hacen, cuando te reconocen y se voltean asombrados, el dolor es mayor aún, porque entonces adquieres la conciencia de que ya no estás, de que ya te fuiste, irrevocablemente, aunque todavía camines por las mismas calles de ellos, los vivos.

Lucio Dante pensaba que, si bajaba esta copa, hasta allí llegaba su concentración. Porque esta copa en particular lo iba a llenar de tal grado de embrutecimiento que sería inútil tratar de recordar después de lo que había dicho John Adams. Por eso, cuando John Adams hizo un paréntesis para buscar otra foto, Lucio Dante se adelantó en la mesa, levantó la copa y la bajó de un tiro.

Rápidamente, entonces, se puso de pie y le dijo a John Adams que por hoy estaba bien.

—Sí, por supuesto —dijo John Adams, rápidamente— me parece que por hoy ha sido suficiente.

Entonces, Lucio Dante se acomodó la corbata y estiró el saco. No había nada que hacer con los pantalones. Hacía tiempo que habían perdido la raya y eran una especie de bolsas, dos costales que guardaban sus piernas cortas. Pero cuando le dijo buenas noches a John Adams sus dientes perfectos suspendieron todo juicio sobre él.

Abajo, Lucio Dante respiró profundamente, tratando de posponer su pérdida de conocimiento. Lo único que quería ahora era una mujer, alguien con quien pasar por lo menos media hora más de conciencia. En otro tiempo, habría tomado su carro y se

habría dirigido a la zona roja, le habría hecho una señal a una de sus amigas y habría pasado por alto el hecho de que no la podía besar ni despeinar, de que en el fondo consideraba denigrante esta manifestación de capitalismo salvaje. Pero por lo general estaba tan borracho que su falta de memoria eliminaba todo sentimiento de culpa.

Pero esta noche Lucio Dante estaba tan lleno de las enfermedades y muertes de John Adams que no habría soportado el anonimato de un encuentro comercial, otra forma de morir, a fin de cuentas. Esta noche, como ninguna, Lucio Dante necesitaba involucrarse. Y quería sentir una criatura orgánica a su lado, alguien de carne y hueso, no una de esas computadoras humanas que lo trataban como un paciente al que se le aplica una receta de tres caderazos al este, tres al oeste, dos al norte y uno al sur. Esta noche Lucio Dante necesitaba respirar más allá de la piel y los cabellos, necesitaba respirar a una mujer por dentro.

Necesitaba a Mercedes Kampa.

Mercedes Kampa no entraba en ninguna de las categorías femeninas de Lucio Dante. Existía, simplemente, con esa piel tan perfecta que emanaba una sensualidad que, no obstante, sólo se revelaba a la segunda mirada, porque a la primera, Mercedes Kampa era invisible: una voz que contestaba el teléfono o una mano que recibía un papel.

Lucio Dante la había conocido en la oficina de Salvador Rubio, cuando Mercedes Kampa era asistente de asistente de secretaria. Pequeña, redonda, de cabello negro y lacio, Mercedes Kampa estaba acostumbrada a que no se fijaran en ella, a que, incluso, no la determinaran al entrar. Esto no impedía que tuviera siempre una sonrisa en los labios, entregando y recibiendo documentos con un bracito y una manita que parecía venir desde allá abajo de su escritorcito.

Lucio Dante había entrado un día donde Salvador Rubio a dejar su material. De repente se sintió intranquilo y miró hacia el escritorio donde estaba Mercedes Kampa. Era la primera vez

que la veía, no obstante haber entrado mil veces a esa oficina. Y la intranquilidad le aumentó cuando tuvo la sensación de que en la piel de Mercedes Kampa ocurrían pequeñas explosiones, una serie de burbujas que lo obligaron a caminar hacia ella. Mercedes Kampa levantó la vista, le sonrió y Lucio Dante se dijo que si no tenía a esta mujer en los próximos tres minutos iba a estallar. Pero Mercedes Kampa sólo mantuvo su sonrisa todo el tiempo que Lucio Dante la miraba fijamente y aun después, cuando la invitó a partir enseguida.

Luego, cuando fueron amantes, Lucio Dante se enteró de la cantidad de pretendientes que Mercedes Kampa tenía que rechazar. Gente que, como él, habían dado la segunda mirada y habían quedado atrapados en su piel de burbujas, en su sensualidad misteriosa que los obligaba a regresar, una y otra vez, para tratar de investigar en qué consistían las explosiones que se producían en el mar de burbujas que era esta mujer llamada Mercedes Kampa.

Mercedes Kampa renunció de *El Centinela* cuando un ejecutivo de una firma de publicidad entró a la oficina de Salvador Rubio, le dio la segunda mirada y le ofreció triplicarle el salario si se iba a trabajar con él. Pero cuando Mercedes Kampa renunció y desde el primer día de trabajo el ejecutivo le propuso matrimonio, jurándole que dejaría a su esposa, Mercedes Kampa sonrió, tomó sus cosas y se fue. Luego empezó a trabajar con una abogada.

Ahora que ve a Lucio Dante en la puerta, a un trago de perder el conocimiento, Mercedes Kampa se dice que ésta será la última vez que lo recibe en su casa y, con su sonrisa de siempre, lo invita a pasar. Lucio Dante se deja caer en un sillón y Mercedes Kampa entra a la cocina. Allí, prepara un trago de ron para él y se sirve una copa de vino.

No era tarde todavía, pensaba Lucio Dante, notando la seriedad debajo de la sonrisa de Mercedes Kampa. Por eso, y seguro de que con este trago perdía la conciencia, dejó el vaso

intacto sobre la mesa. Mercedes Kampa, mientras tanto, daba sorbos pequeños en su copa y Lucio Dante se dijo que la clave del atractivo de Mercedes Kampa no estaba sólo en su piel de burbujas invisibles, sino, además, en su parecido con una geisha, en esa vulnerabilidad que no reta y que ofrece el cuello para el sacrificio.

Pero esa indefensión, pensó, viendo las manitas que acariciaban la copa, era tan efectiva como la caricia que duerme al tigre, la mayor forma de control, después de todo, como la vez que Mercedes Kampa le dijo que su problema era que él no ponía “en-fá-sis” en las cosas, acentuando la sílaba *fa*, con lo que Lucio Dante sintió no sólo una oleada de ternura por el desastre gramatical de Mercedes Kampa sino una descarga de sensualidad como jamás había experimentado en su vida.

Lucio Dante no recordaba ni una reclamación ni discusión por parte de Mercedes Kampa. La veía cuando quería y ella estaba allí, a la hora que fuera. Y sus encuentros eran en silencio, Lucio Dante sorprendido de la mudez de Mercedes Kampa, una especie de participación a distancia, prolongando un asunto que se alimentaba de su propia inercia y los llevaba a abandonar toda posibilidad de clímax, Mercedes Kampa atenta y curiosa y Lucio Dante maquinal e inepto hasta el momento en que se daba cuenta de que había pasado una hora dormido sobre ella y Mercedes Kampa le sonreía y le mostraba sus ropas y la puerta.

Ahora, Lucio Dante empieza a oír la voz de Mercedes Kampa como subiendo de un pozo, cada vez más clara, cada vez más firme, y se dice que involuciona hacia la sobriedad absoluta, que Mercedes Kampa le está quitando todo rastro de borrachera con su argumento para que considerara ésta la última vez que ponía un pie en su casa.

Mercedes Kampa notó cómo Lucio Dante parpadeaba tres veces y le volvía la claridad al rostro. Y se dijo que eso siempre le ocurría, que al principio no la tomaban en serio pero cuando

JUSTO ARROYO

empezaba a presentar sus razones la gente se paralizaba y aceptaba sin rebatir. Y Mercedes Kampa se decía que todo se debía a la percepción que tenían de ella como persona sin carácter. Pero cuando lo hacía, cuando exponía sus motivos, a los otros no les quedaba más remedio que asentir, extrañados de su lógica irrefutable.

Y Lucio Dante, cuando Mercedes Kampa le dijo de la manera más cordial que de ahora en adelante podía irse al carajo o adonde quisiera pero que jamás regresara a su casa, se levantó, se arregló la corbata y estiró la mano para despedirse. Mercedes a su vez, le sonrió y lo acompañó a la puerta.

A Salvador Rubio le recomendaron un mes de reposo pero a la semana tomó la decisión de regresar al trabajo. Había tenido un ataque cardíaco, leve, pero ataque al fin, y le habían descubierto que, a pesar de su delgadez, sus arterias estaban tan repletas de grasa que, si no se cuidaba, pronto le dejarían el corazón como una tela de encaje.

La tortura mayor para Salvador Rubio no era la de estar en cama: era la de no trabajar, y echaba de menos toda la parafernalia relacionada con su empleo, como el vestirse elegantemente, como el tomar su coche último modelo y entrar en las filas interminables, como ser parte del tranque y maldecir al gobierno y sentirse feliz y realizado.

Necesitaba su oficina, con sus teléfonos y secretarías, con el sonido ininterrumpido de los timbres y las impresoras y las copiadoras, las miradas de soslayo cuando caminaba por los pasillos o entraba a los talleres, él, Salvador Rubio el EDITOR, la persona más importante en *El Centinela*, porque los dueños podrían conseguir toda la publicidad del mundo, pero él era la voz cantante, el coordinador, el último en decidir antes de que el periódico entrara en prensa.

Al que no iba a echar de menos era al pendejito de Lucio Dante, y aunque no había podido saborear el triunfo de su despido, quedaba la satisfacción de regresar al diario sin su figura inmunda.

La casa para el enfermo no es agradable. La casa debe ser un sitio de salud, el lugar que uno se gana después de ocho

horas de trabajo y dos de tranque. La casa es el refugio, con su premio del aperitivo antes de la comida y el televisor con sus programas favoritos.

Pero esto de abrir los ojos y sentir que la casa es lo importante porque no tienes más remedio, era intolerable. Como intolerable era la presencia de Leonor y los muchachos, constantemente mimándolo y tratándolo como un inválido cuando su mente andaba a mil por hora.

Por eso había decidido volver a trabajar, por encima de las protestas del médico y de la familia. Porque, si en verdad se iba a morir, la casa tendría la culpa. Y Salvador Rubio tuvo entonces un momento de pánico. Porque a través de todos estos años su salud había sido de hierro, y cuando tomaba vacaciones no tenía dudas de que al final volvería a su empleo.

Ahora, desde la cama, un libro en la mano y mirando las cortinas, siente que su casa, su adorada casa, le oprime, que en realidad esta casa ocupa un sitio muy secundario —en su existencia y que, si por alguna razón tuviera que suspender definitivamente su trabajo, moriría.

Él nunca se había visualizado viejo, no obstante sus cuarenta y ocho años, La vida lo había tratado bien, conservaba su pelo y era esbelto y elegante. Sus pocas arrugas no eran para preocuparse y él jamás tendría una joroba ni se encogería. Tiene, por supuesto, diversos planes de retiro, y cuando llegue su jubilación contará con suficientes fondos como para vivir holgadamente y no tener que depender de nadie.

Pero Salvador Rubio había comprado esos seguros como parte de su educación de hombre responsable, la forma como un matrimonio sensato ordena su vida. Y no porque tuviera póliza contra incendio veía su casa en llamas; como tampoco porque pagara sus seguros de vida se veía con un ataque al corazón.

Y ahora que, en efecto, le había sucedido, Salvador Rubio tuvo la impresión de que había habido una gran equivocación, porque si alguien se merecía un ataque cardíaco era un

LUCIO DANTE RESUCITA

irresponsable-mala-vida como Lucio Dante, no él, que cuidaba su peso, que comía sus vegetales, que corría por las mañanas, que nunca había fumado y que jamás abusaría del licor.

Salvador Rubio sintió entonces surgirle una oleada de autoconmiseración como nunca antes, un dolor profundo, como si alguien le hubiera asestado una puñalada, pero en el alma, como si de repente hubiera sorprendido a su esposa en la cama con otro hombre y, al mirar de cerca, descubrir que ese hombre era Lucio Dante.

Pero se dice que está siendo absurdo, que sencillamente se está lamentando por su enfermedad y que tiene que ser el fuerte de siempre.

Pero al entrar Leonor Rubio y recordar su forma de cortar la carne, al pensar que él, Salvador Rubio, en vez de corazón estaba condenado a tener una telita transparente, todos sus años de organización y planteamiento le parecieron una gran pila de mierda. Por eso Leonor Rubio se equivocó cuando le vio las abundantes lágrimas y corrió a su lado. Por eso se equivocó al abrazarlo y decirle que no se preocupara, que todo saldría bien.

Porque cuando Salvador Rubio la sintió, abrió todo el grifo de su histeria y le gritó que lo dejara en paz.

—¿Hasta qué punto puede un hombre ser sincero? —preguntó John Adams, más a su copa que a Lucio Dante—. Digo, *realmente* sincero. Aun enfrentado a la muerte, ¿puede una persona tener el suficiente valor como para desnudar su alma y exponer al mundo todos los demonios que lleva dentro?

Cuando Mercedes Kampa le pidió que se fuera, Lucio Dante quedó inmediatamente sobrio. Y bajó las escaleras sintiéndose como un perro apaleado. Llegó a su casa y, por primera vez en mucho tiempo, no fue directamente a la cocina y a la botella. En lugar de ello, encendió el televisor y trató de seguir el relato de una señora que se quejaba ante millones de espectadores que su esposo llevaba un año sin tocarla. Luego, apagó el aparato, dio media vuelta y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Lucio Dante despertó a una rara sensación, como si además de estar acostado en su cama estuviera mirándose desde arriba, un Lucio Dante suspendido en el aire que le decía al Lucio Dante de la cama que se parara porque hoy, definitivamente hoy, tenía que bañarse.

Y lo hizo. Obedientemente el Lucio Dante de la cama se paró, se quitó las ropas con las que se había quedado dormido y entró al baño. Allí, se enjabonó con vigor, incluso con canto de bolero. Al finalizar, desnudo y chorreando agua, se sentó al escritorio y trabajó furiosamente en el libro de John Adams.

No tenía rastros de borrachera y su lucidez era virgen, el libro de John Adams adquiriendo una dimensión que él no ha-

bía sospechado, un propósito que hacía importantes las palabras del moribundo, un testamento digno de compartir con el resto de la humanidad.

Entonces, Lucio Dante se fijó en sus ropas en el piso y le parecieron las vestimentas de un mendigo, con su grasa fría por el saco y los pantalones, por la camisa y la corbata. Y se juró que hoy mismo botaba esas ropas.

Pero como a eso de las cinco de la tarde, cuando llegó a la conclusión de que el libro tenía una coherencia que lo enorgullecía, con todas las características de un *best seller* mundial, Lucio Dante se levantó y fue a la botella. Y con el estómago vacío, el licor fue un tren expreso a su cerebro. Entonces, Lucio Dante se relajó y se dijo que debía bajar la guardia, porque al cuarto acababa de entrar el agradable velo gris del crepúsculo, su hora favorita.

Al quinto trago, Lucio Dante sintió hambre y se dijo que haría un paréntesis en su escritura. Pero, antes de cocinar, recogió sus ropas del suelo y se las puso: pantalones, calcetines y zapatos, camisa, corbata y saco y se acostó.

Entonces volvió a despertar. Y una vez más se vio flotando sobre él mismo, diciéndose que se levantara, porque hoy, definitivamente hoy, tenía que bañarse.

Pero esta vez Lucio Dante fue directamente al escritorio y pasó las páginas del manuscrito sobre John Adams: todo igual, no había avanzado una línea. Había estado soñando, pues, nada más. Sólo que, al asomarse al baño, al ver los furiosos y empapados insectos correr traicionados por el piso, Lucio Dante sintió que el corazón se le encogía, porque en verdad *había* entrado al baño, y, si no él, entonces *alguien* que había estado en su casa y que él no recordaba. Y en ese momento se preguntó si eso era lo que llamaban *delirium tremens*.

—¿Entonces? —le preguntó John Adams.

—¿Entonces, qué? —preguntó a su vez Lucio Dante.

Con un suspiro, John Adams repitió su pregunta.

—No, no lo creo —dijo Lucio Dante, apartando de la mente los insectos emputados.

—Yo pienso igual —dijo John Adams—. Es más, no lo pienso, lo sé.

—¿Cómo así?

—Desde que tuve la idea de un libro, pensé utilizarlo para decir toda mi verdad, por dolorosa que fuera, en una especie de catarsis final. Pero ahora me veo matizando, puliendo, dejando algunas puertas abiertas y cerrando otras. Cada recuerdo, cada fotografía parecieran tener algo detrás, un fondo privado que me exige dejarlo tranquilo. Y me veo dando vueltas alrededor de las personas y las cosas como si caminara sobre un cementerio de muertos dormidos, temeroso de despertarlos. La sinceridad absoluta es imposible, te lo juro.

John Adams hizo un alto en su discurso y levantó la vista al cielo raso. Y en ese momento Lucio Dante se dijo que John Adams padecía de un cansancio infinito, que muy pronto tendría que ingresar a un hospital.

—Pero, ¿es realmente tan importante? —preguntó John Adams, nuevamente más a sí mismo que a Lucio Dante—. Si cada persona se sintiera obligada a dejar testimonios personales el mundo sería un lugar insoportable, con cualquier cantidad de pelmazos actuando como si cargaran con el secreto de la existencia. El problema del ser humano es su falta de agradecimiento. Imagínate que una hormiga me escuchara en el acto de beerrar por el absurdo de la vida. ¿De qué te quejas —me preguntaría seguramente la hormiga—, tú, el del tamaño gigante, tú, el del tiempo infinito sobre la tierra?

John Adams rió de su ocurrencia y a Lucio Dante le sorprendió una vez más la fuerza de su voz, que contrastaba con la debilidad del resto del emaciado cuerpo.

—Si cada uno de nosotros tuviera la oportunidad de sus cinco minutos de fama —continuó John Adams—, te aseguro que no lo dejaría pasar. Es parte de la naturaleza humana, porque

como dijo uno de mis autores favoritos: “si para el mundo no soy nada, para mí lo soy todo”.

Y tiene razón, porque el que seamos insignificantes no quiere decir que no seamos valiosos, aunque sólo sea para nosotros mismos o para alguna pobre alma que nos espera en casa.

Esa es la razón, dicho sea de paso, del exceso de ruido en el mundo y de por qué fracasan todas las campañas que tratan de eliminarlo. El ruido es parte fundamental de nuestra definición como seres humanos, una forma esencial de manifestar nuestra supuesta trascendencia y de justificar nuestra polución de la tierra. Por eso cada persona se siente con el derecho de tocar bocinas o de gritar o de endiablarnos con sus tocacintas o sus carros sin silenciadores.

El ruido humano es la esquizofrenia manifiesta, la metástasis del sonido de modo de obligar a los demás a que nos presten atención, algo similar al croar de las ranas o al chirrido de los grillos, otra manera de decir: oigan, mírenme, estoy aquí, estoy vivo, quítenme la soledad y el miedo, ámenme, por favor e inclúyanme en la manada. Sí, no lo dudes, Lucio, siempre habrá ruido.

Pero en fin, Lucio, ¿hacia qué lado se inclina de manera natural el ser humano, hacia la verdad o la mentira? ¿Con cuál de las dos nos sentimos tan cómodos que podemos convivir con ella?, ¿Quién de nosotros se arriesgaría a ser un paria al sentirse obligado a cumplir con el octavo mandamiento las veinticuatro horas del día?

Lucio Dante había pasado buena parte de la tarde pensando que había experimentado su primer ataque de *delirium tremens*. Porque su baño, que por lo general parecía una pista abandonada, con acumulación de materiales esotéricos por las esquinas, había sido usado, como lo demostraban las hormigas, arañas y cucarachas sorprendidas por el agua. Y ninguna mujer lo había acompañado a su casa. Es decir, no *recordaba* que nadie lo hubiera acompañado. Pero no sentía miedo, más bien la curiosi-

dad de saber hasta dónde aguantaría su cerebro. Por eso, ahora que John Adams hace su pausa retórica se adelanta en la mesa y baja la copa de coñac.

—Déjame contarte algo que sólo ahora me atrevo a expresar —le decía John Adams—, porque va en contra de todos los fundamentos del machismo: me refiero al pecado irredimible de la cobardía.

Una vez pasaba por una construcción y me detuve a mirar a los obreros, unos pintando sobre andamios, otros repellando pero todos felices. Yo, desde la acera de enfrente, pensaba en esta gente sencilla que no conoce de angustias existenciales ni de soledades, porque su trabajo es de equipo, nada de rumiar la vida, porque cada vez que salen para el trabajo hay una lonchera preparada con amor por una mujer de manos callosas pero que son las manos que dan calor y despiden a las tres de madrugada, porque los obreros viven lejos, bien lejos del centro en donde construyen rascacielos que nunca habitan, y tienen que realizar un largo viaje hasta la construcción.

Pero el obrero llega, y lo esperan sus amigos, y sabe exactamente lo que tiene que hacer, y sube a los andamios con la confianza que da la experiencia, porque en cada movimiento hay orgullo, la mano de obra calificada que cuenta con trabajo permanente.

Y mientras yo enfrente pensaba así desde la seguridad de la acera de enfrente, en el momento mismo en que levantaba el pie para cruzar la calle, oí el grito de ese obrero calificado que había salido de su casa a las tres de la madrugada, perdiendo el equilibrio, manoteando el aire antes de empezar su caída. Porque había estado tan seguro, era tan hábil ese obrero que no se había puesto la correa de seguridad y lo vi en su solitario viaje hacia el pavimento, en el rostro la más grande incredulidad, acercándose al cemento y yo mirándolo, igualmente incrédulo, él y yo preguntándonos por qué, para oír entonces el golpe seco, casi amable en la súbita inmovilidad, mientras yo seguía allí, el

pie levantado, suspendida mi solidaridad al no correr en su ayuda porque, ¿lo puedes creer?, tenía *miedo*, sí, miedo de que detrás de ese obrero viniera otro más y me aplastara.

Y me quedé en la acera hasta cuando al hombre lo rodearon sus compañeros y alguien caritativo le tiró una manta encima. Todavía lo veo, cayendo, preguntándome por qué con los ojos. Y todavía me veo, temeroso de prestarle ayuda no fuera a caerme encima un segundo obrero.

John Adams hizo un silencio largo y Lucio Dante estuvo tentado de decirle que por hoy estaba bien. Sentía que John Adams estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para proyectar lo único que le quedaba, su excelente voz. Pero John Adams bajó la cabeza a unas fotografías y Lucio Dante se sirvió otra copa.

Una de las virtudes del licor —pensó Lucio Dante, mientras John Adams levantaba fotos a la luz— era la de quitarle seriedad a las cosas. Hace un segundo, por ejemplo, había estado a punto de sugerirle a John Adams que continuaran mañana, con lo cual traería su enfermedad a primer plano. Pero ahora que el coñac le calentaba la barriga, sintió un momento de iluminación y se dijo que John Adams estaba bien allí, examinando sus fotografías y sus documentos. Eso era lo que John Adams quería hacer, así había escogido llenar los últimos días de su existencia, ganándole al revólver.

Y Lucio Dante empezó a sentirse en calma, casi feliz, al saberse involucrado en un proyecto que le daba sentido a la existencia de otro ser humano. Era algo nuevo para él, esto de involucrarse. Aunque nuevo no era la palabra exacta, porque él lo había estado, sólo que hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Me consideras un gran egoísta, verdad? —dijo de repente John Adams, sacándolo de sus pensamientos.

—Todos lo somos —contestó Lucio Dante. Y, con su respuesta de cajón, Lucio Dante experimentó una incomodidad que no pudo definir, lo que lo incomodó aún más. De repente le pareció que John Adams no se estaba conformando con reve-

larle su vida sino que lo llevaba a obligarlo a sacar juicios sobre él, a adjetivar su existencia.

Lo que tenía escrito hasta ahora buscaba ser una fiel transcripción de las palabras de John Adams, prescindiendo de opiniones personales, tratando de que John Adams fuera sólo una voz que pasaba a través de él. Pero de repente le pareció que eso no era lo que John Adams quería, al acorralarlo para que tuviera opiniones y sacara conclusiones.

Y Lucio Dante se dijo que ése había sido el propósito de John Adams desde el principio, porque, de otra forma, ¿por qué no se había sentado a escribir él mismo, o por qué no le había dictado a una máquina?

Pero, al mirar nuevamente a John Adams, al verle el cuello tan delgado que parecía a punto de quebrarse por el peso de la cabeza, Lucio Dante se preguntó si el licor no lo estaría llevando a otra manifestación de paranoia, porque el moribundo que tenía enfrente le inspiraba lástima, y llegó a la conclusión de que John Adams no habría tenido ni la fuerza ni la voluntad para sentarse solo ante ningún aparato, que John Adams necesitaba este contacto humano y que si estuviera haciendo esto sin compañía hace rato habría desempolvado su 22.

—Sí —le dijo John Adams—, eso ya lo sé. Lo que te pregunto es si te parece egoísta lo que estoy haciendo.

—El egoísmo es consustancial a los artistas —contestó Lucio Dante—. Sin su gran ego no lograrían nada. Es el ego lo que los lleva a abandonar familia y seguridad en búsqueda de un sueño. Es algo digno de admirar aunque difícil de aceptar.

—Tú debes saberlo —dijo John Adams con una débil sonrisa—. Eres, después de todo, un escritor frustrado.

—Te recuerdo —le contestó Lucio Dante—, que me estás pagando para escribir de ti, no de mí.

Y, luego de un silencio largo, John Adams le dijo:

—Voy a tener que ingresar al hospital; algo sobre un cambio de sangre.

JUSTO ARROYO

—Seguimos cuando salgas, entonces.

—Si no tienes inconveniente podemos continuar en el hospital. Yo estaré acostado pero podré hablar. Es decir, si no te molesta trabajar en esas condiciones.

—En absoluto —dijo Lucio Dante.

Lucio Dante odiaba los hospitales. Toda su vida había tenido una salud excelente a pesar de sus descuidos. Aparte de su obsesión con los dentistas, nunca había visto a un médico y jamás se le pasaba por la mente qué sucedería si se enfermara, si tuviera que depender de otros. Vagamente le venía a la mente la idea del suicido pero, a la vez, la percepción de su muerte como responsabilidad de un otro Lucio Dante que no era éste sano.

Ahora que empuja el botón del ascensor y siente cómo a su alrededor se aglomeran médicos, pacientes y visitantes, baja la cabeza y se pregunta qué lo ha llevado a considerarse inmune, cuando la regla general es la enfermedad o el accidente; la regla general es el cáncer o el SIDA, o el que te atropelle un bus o te acuchille un maleante.

Él, Lucio Dante, no sabía lo que era un seguro de vida y, por la forma como vivía, debería ser huésped atractivo para cuanto bicho llamara hogar al cuerpo humano. Pero fuera de sus pesadillas todo estaba en su sitio.

Que se encargue el otro cuando me enferme, pensó balanceándose en los pies y sintiendo la masa de gente que llegaba y que, a pesar de que el botón estaba en rojo, sentía la obligación de presionarlo una y otra vez.

Uno de estos fue Salvador Rubio quien empujó el botón tres veces, miró los números del elevador y, al bajar la cabeza, vio a Lucio Dante.

Lo primero que pensó Salvador Rubio fue en buscar otro elevador: él había venido a hacerse un examen, no a quedar atrapado con este individuo. Pero, al mirar angustiado a su esposa, Leonor Rubio le dio una mirada calmante, transmitiéndole la realidad de que tomar otro elevador en este hospital de seguro era una pérdida de tiempo. Entonces, empujando, se colocaron lo más lejos posible de Lucio Dante.

Lucio Dante también había visto a Salvador Rubio. Había seguido el viaje de la mano manicurada hasta el botón y había visto cómo la mano empujaba una, dos, tres veces un botón que parecía gritar que ya había entendido. Pero Lucio Dante sólo se balanceó en los pies y miró al suelo.

Cuando al fin llegó el elevador, Salvador Rubio puso a su esposa delante de él y la empujó hasta el fondo. Allí, pareció fundirse con la pared del ascensor, mirando los números, con la lejana esperanza de que el elevador se llenara y dejara fuera a Lucio Dante.

Pero la inercia de los pasajeros empujó a Lucio Dante precisamente hacia la esquina donde estaba Salvador Rubio, quien, al darse cuenta de que en su dirección venía su enemigo, puso a su mujer como escudo.

Salvador Rubio empezó a sudar frío, y, desde su altura, miraba a Lucio Dante de reojo, tratando de aguantar la respiración para no sentir el olor a ajos sancochados y sudor cristalizado. Pero no había nada que hacer: el hijo de puta elevadorista paraba en cada piso y no sólo dejaba salir a la gente sino que permitía la entrada de muchas más personas de las que cabían en el maldito ascensor, llenándolo hasta reventar y haciendo que Lucio Dante estuviera prácticamente pegado a su mujer, mientras él intentaba aguantar la respiración, mirando los números de los pisos como si los fuera a hipnotizar, como si la sola fuerza de su voluntad los haría cambiar rápidamente.

Pero no ocurría así. Lucio Dante se acercaba a él y a su esposa con cada piso, al punto de que en el quinto casi le daban

la espalda, Leonor Rubio tratando de comunicarle algún tipo de serenidad a su marido mientras el sudor le daba un tono novedosamente sano a la piel de Salvador Rubio, como la de un boxeador en pleno fragor del combate.

El combate de Salvador Rubio era con los pisos del elevador, por donde de seguro aparecería el personaje importante que siempre esperaba. Sólo que la carga y descarga de pasajeros ocurría con espantosa lentitud, y si no hubiera sido porque pensaba que era imposible empujar a Leonor Rubio a través de tanta gente, habría negociado los pisos faltantes a pie.

Pero también había la posibilidad de que Lucio Dante se bajara antes de él, porque su examen era en el catorce, y sería una cruel coincidencia que fueran al mismo piso que el mierdita de Dante. Pensando así Salvador Rubio obtuvo unos segundos de tregua, mientras miraba los números del elevador.

Sólo que, con cada parada, Lucio Dante parecía pegárseles más, el olor a ajos sancochado y sudor cristalizado formando una amalgama con el *Intimate* de Leonor Rubio y el *English Leather* de él, todo ahora una hedentina inescapable que no le permitía a Salvador Rubio más que sudar, mirar los números del ascensor y apretar la mano de su esposa.

Y cuando el aparato llegó al piso octavo, Salvador Rubio se dijo con horror que no sólo continuarían con Lucio Dante sino que iban al mismo piso. Y con la aglomeración, el calor y el olor de Lucio Dante, Salvador Rubio empezó a sentir la misma náusea que en su casa. Y se dijo que eso no podía ser: que Dios no podía hacerle esta canallada delante de Lucio Dante: darle un ataque en pleno ascensor, demostrando su debilidad frente a ese hombre que de acuerdo a todas las leyes humanas y divinas ya debería estar muerto y en el infierno.

Cuando el elevador llegó al piso 12, Salvador Rubio hizo un último intento por no perder el conocimiento; pero entonces, al verse presionado contra la esquina, Lucio Dante aplastado contra su esposa y en efecto, punteándola, con sus ropas asquero-

sas y su olor a ajos y sudor, Salvador Rubio empezó un llanto interno, los hombros en leve convulsión. Pero, invocando el resto de su voluntad, se concentró en la mano de su mujer y se juró que no se desmayaría, que no le entraría ningún ataque y que no le daría al huevoncito de Lucio Dante tema para su columna de oro, la que describiría, nada más y nada menos, que los últimos momentos del editor de *El Centinela*, revolcándose en un elevador del seguro social mientras el héroe de Lucio Dante le administraba los primeros auxilios.

En el piso 14, Lucio Dante siguió a la masa que se desbordó afuera, diciéndole que aquí se concentraba la mayoría de los servicios del hospital. Adentro del ascensor quedaron Salvador y Leonor Rubio, mirándolo partir aterrados.

Pero Lucio Dante estaba ya orientándose para dar con el cuarto de John Adams.

La sala en la que estaba John Adams era sorprendentemente aséptica, y Lucio Dante lo distinguió al fondo, con audífonos en las orejas y tubos en los brazos. Y cuando se acercó a la cama, John Adams se quitó los audífonos y lo invitó a sentarse. Lucio Dante se dijo que estaba en una sala de pacientes con SIDA, los compañeros de John Adams tan emaciados como él.

—No todos aquí son maricones —dijo John Adams, con una sonrisa que quiso ser irónica.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucio Dante, jalando una silla y sentándose a su lado—. No les veo ningún letrero colgado del pecho.

—Precisamente, porque la gente llega y nos mira a todos con desdén, olvidando que el SIDA no tiene preferencias sexuales. Es la epidemia menos discriminatoria que ha dado la humanidad, pero las estadísticas demuestran que la enfermedad ha disminuido entre los “gays” porque han tomado conciencia, mientras que los heterosexuales siguen creyendo, como creía yo, que *eso* no es asunto de ellos.

Lucio Dante pensó en su propia vida amorosa y en la ruleta

rusa que había practicado toda su vida. Porque ni aunque lo asparan era capaz de usar preservativos, colocando la posibilidad de contagio en un oscuro plano de su cerebro que desaparecía al quinto trago. Pero con la llegada de Mercedes Kampa, tomó conciencia y se dijo que, si estaba bien que él se suicidara, no tenía derecho de matar a nadie, mucho menos a alguien como Mercedes Kampa, con su piel de burbujas.

—¿Alguna vez has pensado en volver atrás y reparar una canallada que te atormenta? —le preguntaba John Adams desde la cama, los ojos cerrados.

Lucio Dante tuvo entonces una visión de sus padres alcohólicos, llamándolo y pataleando inútilmente como sobre una ola. Pero, bajando la cabeza, dijo:

—No.

—Yo sí —dijo John Adams—. Hay varias cosas de las cuales me arrepiento y que daría cualquier cosa por enmendar, cosas que necesito sacar del pecho antes de morir.

Ese pecho de John Adams ya no era muy ancho, pensó Lucio Dante. Y si no se apresuraba, su libro sería sólo prólogo a su intención. Por eso, le dijo:

—Pero existe una cabronada que se destaca sobre todas las demás, ¿no es así? Una bellaquería tan espantosa que no te deja dormir y que te exige que la vomites, ¿no es cierto?

John Adams sonrió, una sonrisa triste y amarga y Lucio Dante se dijo que pisaba terreno sensitivo. Claro que él tenía una gran cantidad de cosas que haría de manera distinta, si tuviera la oportunidad. Pero, ¿qué carajo importaba si el abuso de licor lo había vuelto estéril, si nunca visitó a sus padres alcohólicos y se enteró de sus muertes por la prensa y ni siquiera sabía dónde estaban enterrados?

—Lo más terrible es el recuerdo de sus piernas abiertas —dijo John Adams, casi en suspiro como de su memoria.

Lucio Dante se adelantó en la silla y acercó el oído a la boca de John Adams. Entonces, la cabeza ladeada, pudo ver cuando

a la sala se asomaban Salvador y Leonor Rubio y cómo, al verlo, daban media vuelta y salían.

—¡Ajá!, lo sabía —dijo entonces Salvador Rubio, una vez, en el pasillo, casi arrastrando a su esposa hacia la sala que buscaban.

—¿Sabías qué? —le preguntó Leonor Rubio, tratando de aminorar su prisa.

—¡Qué el supuesto machito de Lucio Dante es maricón! ¿Te fijaste? Está en la sala de los sidosos con el actor ese, ¿cómo se llama? ¡John Adams! Y seguro está contagiado también.

Leonor Rubio iba a decir algo pero optó por callar.

—Cuando quedé viudo —estaba diciendo John Adams—, no me importó nada fuera de mi trabajo. Y esta profesión se presta para la liviandad, tal vez por los horarios, tal vez por las tensiones o porque simplemente los artistas tenemos la sensibilidad a flor de piel. Y si he visto a muchos amigos morir, ahora que me toca a mí, sé que todo empezó con la pérdida de María, cuando dejé de creer en Dios y en algún tipo de orden en la vida. Y con relación a las mujeres, ¿no había sido mi propia esposa quien me había convencido de que era atractivo y brillante? Mi única consideración, entonces, sería para con mi arte.

Hasta que una de mis amigas, a quien llamaré Dolores, me informó que estaba embarazada. Yo simplemente respondí dándole dinero y diciéndole que se arreglara.

Pero nada resultó. Dolores intentó con todo tipo de venenos y, cuando fue donde un médico, le dijo que el asunto estaba tan avanzado que no había más remedio que tenerlo. Yo estaba desesperado, pensando que un hijo y esta mujer de repente madre destruirían mi carrera. Pero Dolores intentaba tranquilizarme, diciéndome que ya inventaría algo, mientras yo me limitaba a darle dinero, convencido de que mi brillante futuro se iba por el servicio.

Una noche, después de una función, la vi en la parte de atrás del teatro, tan deprimida que pensé que si yo no tomaba una

decisión Dolores se quitaría la vida. Esa noche la llevé a mi casa y dormí a su lado. Al día siguiente me dijo que había contactado a un médico que le practicaría un curetaje.

Yo había oído hablar de la bendita palabreja y me parecía territorio exclusivo de mujeres. Y volví a meterme la mano en el bolsillo cuando Dolores, los ojos bañados de lágrimas, me dijo que lo único que me pedía era que la acompañara, que no la dejara pasar este momento sola.

John Adams dejó de hablar y abrió los ojos. Lucio Dante se había echado hacia atrás, la mirada ausente y a John Adams se le encogió el corazón al pensar que Lucio Dante le iba a decir que no iba a escribir ningún libro y que le regresaba los cinco mil dólares. Pero entonces, calmándose, volvió a cerrar los ojos y le dijo:

—Te das cuenta de que no sólo es difícil decir la verdad sino escucharla? Comprendería si no quieres seguir o si me pides que pasemos esto por alto.

—No —dijo Lucio Dante—. Continúa.

—Parece mentira la cantidad de detalles que persisten aun después de tanto tiempo —prosiguió John Adams—. Viene a mi mente el pequeño cuarto del hotel, el sucio lavabo y la alfombra traspasada por miles de pisadas, la cama de hierro y Dolores acostada en el centro de la cama, las manos agarradas detrás de la nuca, mirando el cielo raso manchado de goteras.

Se veía inocente allí, con su falda larga y sus zapatos bajos, toda combinada de rosa, para mayor incongruencia con el momento, como una colegiala en espera de un cambio de clases y no de un carnicero que se demoraba en llegar. Yo, mientras tanto, desde la única silla del cuarto, me preguntaba cómo había sido posible que alguna vez me hubiera gustado Dolores, porque era un palo de escoba, su cabello un colgarejo sin pretensiones y sólo el rostro bonito anclaba el conjunto.

Fueron treinta minutos de silencio entre nosotros hasta cuando tocaron a la puerta. El médico entró, pasó la vista por el

cuarto y revisó el baño, supongo que para cerciorarse de que no le tendíamos una trampa. Entonces, me ordenó que saliera. Pero Dolores le dijo que no, que yo estaría con ella durante todo el procedimiento. El tipo entonces se encogió de hombros y colocó un maletín sobre la cómoda.

Nunca supe qué grado de estudios tenía, ni qué tanto sabía lo que iba a hacer, pero, al verlo, sacando instrumentos con precisión de cirujano, repitiendo los movimientos que habría copiado de los auténticos médicos, me nació una mezcla de respeto y odio, porque si en sus movimientos transmitía autoridad, en su pretensioso maletín y en sus primitivos aparatos yo veía al improvisado, el hombre de la prueba y error que habría destrampado incontables matrices.

Dolores, mientras tanto, se había quitado la ropa y estaba en proceso de bajarse los panties, para quedar sólo con el sostén. Al acostarse abrió las piernas y dejó la vista en el cielo raso, con sus manchas de goteras. Yo, por encima de mi terror, no podía dejar de sentirme hipnotizado con la situación y maravillado por la presencia de ánimo de Dolores. A todo esto, el brujo del maletín se había calzado unos guantes, había tendido unas cosas a los pies de Dolores y le había dado una mirada penetrante.

El proceso fue misericordiosamente breve. Introdujo lo que tenía que introducir y guardó lo que tenía que guardar. Entonces, me extendió una mano en señal de cobro.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿No se queda hasta el final, para ver qué pasa?

—No —me contestó—. Mi trabajo está hecho.

Le pagué, salió y Dolores continuó acostada, la vista en el cielo raso, las piernas abiertas.

De repente quedó sentada en la cama.

Su rostro era horrible, una combinación de expresiones que destacaban el asombro y la desesperación. Agarrándose el vientre, entonces, se dobló sobre sí misma, como muñeco sin articulaciones. Luego echó el tronco hacia atrás y permaneció

rígida, en la boca el amago de un grito que no encontraba salida.

Yo volé a su lado pero con uno de sus brazos tiesos me descargó un golpe tan poderoso que me sentó en el piso. Desde allí, paralizado, la vi alcanzar al fin el sonido gutural que se le negaba y que lentamente logró proyectar hasta convertir en rugido. Salí corriendo del cuarto y afuera, bañado en sudor, me pegué contra la puerta y me dije que debía hacer un esfuerzo por regresar donde Dolores, pero los pies no me obedecían. Luego las manos y los brazos empezaron un temblor que progresó a convulsiones violentas. Como pude, llegué a un viejo y apestoso sillón y sentí cómo poco a poco me volvía el alma al cuerpo, cómo se normalizaba mi respiración y cómo dejaba de temblar. Entonces, me levanté y regresé al cuarto.

En la cama había un enorme charco de sangre mientras que del baño llegaba el sonido de la regadera. Me dejé caer sobre la silla y con la cabeza en las manos esperé lo que me pareció un siglo. Cuando salió, Dolores estaba vestida, con su falda larga y sus tacones bajos en su combinación rosa.

Yo no fui capaz de mirarla a los ojos.

John Adams hizo un largo silencio y abrió los ojos. Entonces, se colocó los audífonos y Lucio Dante se fue.

Camino al elevador, Lucio Dante distinguió, en uno de los cubículos, a Salvador Rubio, acostado sobre una camilla, el pecho desnudo y un tubo en un brazo. De pie, a su lado, Leonor Rubio le daba una mirada de amor.

Cuando Mercedes Kampa se enteró de que a Lucio Dante lo habían despedido de *El Centinela*, se preocupó. Y se dijo que una persona como Lucio Dante no tenía muchas opciones. Ella lo había visto entrar y salir de la oficina del Editor y había sonreído cuando Lucio Dante ni siquiera la saludaba, cosa a la cual, por otra parte, estaba acostumbrada. Hasta cuando le daban una segunda mirada.

Mercedes Kampa era de las primeras en leer las columnas de Lucio Dante, a pesar de las miradas de reproche de Salvador Rubio. Ahora, Lucio Dante sin trabajo, lo que fuera a hacer con su vida le interesaba.

Cuando empezaron, Mercedes Kampa estuvo consciente de que gran parte de la relación se sostenía por su necesidad de protegerlo, un sentimiento maternal que le despertó esta figura desaliñada de dientes perfectos. Y al principio, tuvo la idea de intentar que Lucio Dante llevara el mismo esmero que reservaba para su boca al resto de su persona.

Pero nunca lo hizo, y se decía que había callado por la brevedad del tiempo juntos, aunque en el fondo sabía que, además de tenerle afecto, le temía.

Ella nunca había estado con un “intelectual”, y todo lo que Lucio Dante le parecía de hombre de talento, no obstante las burlas y sarcasmos del personal de *El Centinela*, en especial de Salvador Rubio, quien apenas Lucio Dante salía de su oficina exigía le trajeran un desodorante ambiental.

Un día, cuando Lucio Dante se le plantó delante sin decir una palabra, como tratando de adivinar de qué material estaba hecha Mercedes Karnpa se sintió atraída por la fuerza que emanaba de este hombre pequeño pero independiente, lo más distinto del resto de sus compañeros oficinistas que buscaban llenar su vida con fiestas y reuniones.

Porque Lucio Dante no hablaba con nadie en el periódico, siendo una especie de excéntrico antisocial que iba dejando toda clase de chistes a sus espaldas, algo de lo que Lucio Dante parecía no darse cuenta.

Resultó un escándalo, entonces, que la mujer más querida de *El Centinela* empezara una relación con el hombre más odiado. Que una mujer tan limpia y fresca como ella, estuviera saliendo con un hombre tan sucio y marchito como él.

Pero Mercedes Kampa sólo sonreía, secretamente orgullosa de haber sido el motivo de atracción de este hombrecito extraño del que todos, sin embargo, tenían que hablar.

Pero bien pronto Mercedes Kampa se dio cuenta de que había algo incómodo en la relación. Porque a Lucio Dante le bastaba sólo la repetición mecánica, demostrando una rutina predecible de licor y sexo, sin salir jamás con ella, sin llevarla a ninguna parte, sin interesarse por una sola idea o pensamiento suyo.

Mercedes Kampa empezó primero a sentir, y luego a resentir, el que Lucio Dante no le aportara nada a su vida, porque cuando estaban juntos él aceptaba todo lo que ella decía, sin discutirle jamás, lo que la hacía sentirse como una retrasada mental a quien se le da gusto.

Lucio Dante tenía la costumbre de llegar a su casa sin anunciarse, la mayor parte del tiempo borracho hasta la incoherencia, balbuceando sobre libros que no escribía y mierda que sí escribía, Mercedes Karnpa tratando de que hablara, de que sacara lo que llevaba adentro para compartir sus fantasmas y buscar alguna integración con él.

Pero Lucio Dante enmudecía de repente y empezaba a olerla, por el cuello, el cabello, las axilas, las piernas y el sexo, tan intensamente que Mercedes Kampa se confundía, porque no era garantía de ningún preludio de amor, ya que la mayor parte del tiempo se quedaba dormido hasta cuando ella lo despertaba de su pesadilla.

Lucio Dante tenía pesadillas todas las noches, y Mercedes Kampa de primera le advirtió sobre los peligros del alcohol en cruzar la tenue raya de la cordura. En la cama, Lucio Dante podía empezar con un largo monólogo o con una discusión o de lleno caer en convulsiones. Entonces, Mercedes Kampa lo tocaba hasta cuando Lucio Dante gritaba y volvía a hundirse en otro sueño y en otra pesadilla.

Cuando Mercedes Kampa se enteró de la salida de Lucio Dante de *El Centinela*, lo llamó y lo invitó a su casa. Allí, después de darle a entender que la invitación obedecía a un acto de solidaridad, a su genuina preocupación por su futuro y a nada más, lo escuchó hablarle de un libro que estaba escribiendo sobre un actor llamado John Adams.

Mercedes Kampa nunca había visto una obra de teatro, no conocía a ningún actor ni le importaba. Sí podía hablar con autoridad de las distintas “telenovelas”, de sus tramas y sus diálogos. Era una experta en las “estrellas” de la televisión y su máximo afán era el de pasar canales para ver dos y tres “telenovelas” a la vez.

Pero era la acción lo que la motivaba. Y su pequeño cuerpo, con sus bracitos y manitas, su bello rostro y excelente piel parecían temblar cuando el asunto llegaba a ese punto en que los ojos se desorbitan y hasta el más macho entre los machos corre el riesgo de derramar una lágrima.

Lucio Dante se había sentado a su lado a través de algunos episodios de estas “novelas”, como las llamaba Mercedes Kampa, para abreviar. Con un trago en la mano, Lucio Dante observaba atentamente unos minutos para luego pararse hastia-

do. Y eran los únicos momentos en que Mercedes Kampa le escuchaba algún comentario “intelectual”, cuando Lucio Dante la regañaba por el uso del término “novela” para estas “porque-rías”, con lo que se insultaba a un género que él consideraba la máxima expresión del arte y que, por lo mismo, estaba fuera de su alcance. El nombre correcto para estos esperpentos debería ser el de “teleculebras”, le decía Lucio Dante, provocando el callado resentimiento de Mercedes Kampa y algo como tímida defensa al contestarle:

—Pero a final de cuentas —le decía Mercedes Kampa, como tanteando el terreno—, si tú escribieras una novela también podría llegar a ser telenovela, ¿no? Y entonces, ¿le verías algo de malo, te molestaría si fuera tuya?

Y Lucio Dante volvía a enmudecer.

Ahora que Lucio Dante termina de explicarle su proyecto con John Adams, Mercedes Kampa se dice que por primera vez en su vida la va a escuchar, porque había llegado a la conclusión de que Lucio Dante había perdido el juicio del todo.

Nadie paga para que escriban un libro sobre él, empezó diciéndole. Nadie, es decir, a menos que sea un sinvergüenza que tiene algún plan escondido para engañar a la gente. Pero ella no creía que ése fuera el caso, tratándose como se trataba de un pobre actor moribundo. Luego entonces, ¿qué tenía que contar este señor que fuera importante para el resto de las personas?

Ella comprendería si fuera un libro sobre la vida de alguna de esas estrellas de las telenovelas, que siguen millones de personas, los detalles más insignificantes de sus vidas causa de reportajes y entrevistas que sirven para que más personas los vean. Pero lo que dijera un actor que salía a escena en un teatrillo semi vacío no podía tener mucha trascendencia para el género humano.

Y cuando Lucio Dante abrió su cartera y le mostró cinco billetes de cien, Mercedes Kampa se dijo que no sólo Lucio Dante estaba loco sino que al mismo moribundo la enfermedad

le había trastornado el cerebro. Porque eso de estar contando las intimidades de la existencia, lo que se hizo o dejó de hacer en la vida le parecía inmoral; todo lo de una persona debería ser privado y debería irse con uno a la tumba. Ella no entendía cómo alguien pudiera sentir la necesidad de exhibir su ropa sucia en público, porque forzosamente se tiene que hablar de seres queridos, y no es verdad que uno va a escribir un libro para pintarse feo o malvado.

Por otra parte, ¿por qué mejor ese señor no agarraba esos diez mil dólares y los donaba para la lucha contra el SIDA, para alguna vacuna o medicina, para aliviar el sufrimiento de tantos enfermos? Ciertamente que diez mil dólares no son gran cosa si se mide por los millones que se gastan por ahí, pero algo es algo, un granito de arena, un humilde pero sentido aporte que podía hacer el actor ese a los que sufren.

Además, incluso si Lucio Dante terminaba el libro y resultaba importante para comprender las angustias de un ser humano, ¿qué mérito iba a tener ese dinero, que pasaría de las manos del moribundo a las de Lucio Dante y de allí directamente a las cantinas?

No, todo eso era un desperdicio sin sentido alguno. Y aunque la tranquilizaba el saber que por lo menos Lucio Dante no pasaría hambre por ahora, toda esta idea del libro, su concepción, sus métodos y fines le parecieron de una inmoralidad suprema, además de un desborde de la vanidad del actor ese y una forma de humillar a Lucio.

Lucio Dante la escuchó en silencio, según costumbre, pero Mercedes Kampa estaba preparada para un estallido. Y si se reía de sus ocurrencias en *El Centinela*, era porque sabía que el primero en burlarse de ellas era el propio Lucio Dante, que las usaba como forma de escupir en el rostro de la gente.

Pero ahora Lucio Dante se estaba definiendo. Ahora Lucio Dante ponía las manos sobre la candela y, a menos de que ese señor John Adams fuera un genio que tenía cosas tremendas

JUSTO ARROYO

que decir sobre la vida y la muerte, a menos que nos iluminara nuestra propia existencia con su dolor, todo esto iba a hablar muy mal de Lucio Dante, peor incluso que del actor este que ella no conocía aunque le guardara toda la compasión del mundo por su enfermedad y su joven vida truncada.

Pero el estallido no llegó. Lucio Dante escuchó el discurso de Mercedes Kampa con su acostumbrado silencio y, al terminar, se puso de pie, estiró el saco y se fue.

Salvador Rubio está sentado en su oficina viendo periódicos viejos. Ladea la cabeza y arquea la ceja cuando encuentra fotos y reseñas de obras de teatro en las que actúa o dirige John Adams. Y se sorprende del cambio del adonis que ve en las fotografías al enfermo tan flaco que parecía de perfil y que vio acostado en la cama, lleno de tubos y con Lucio Dante a su cabecera.

Pero Salvador Rubio también lee columnas de Lucio Dante en las que ridiculiza a John Adams, llamándolo por su nombre verdadero, Jairo Pérez. Y no entiende la escena de los dos tan juntitos en el hospital. Cosa de homosexuales, seguramente, piensa Salvador Rubio, todo este tiempo pretendiendo odiarse cuando sólo se trataba de peleas entre marido y mujer.

Salvador Rubio echa la cabeza hacia atrás y se ríe de su ocurrencia. Ve un reportaje en todo esto pero no lo encuentra. Si hubiera sido Lucio Dante —piensa—, hace tiempo tendría una historia que contar. Pero él no es Lucio Dante, gracias a Dios, pero tampoco lo son los huevoncitos que lo han reemplazado. ¡Qué no diera él por averiguar las intimidades del sidoso de John Adams con Lucio Dante!

El Centinela había bajado de circulación desde la salida de Lucio Dante y el Gerente Administrativo había llegado hasta proponerle a Salvador Rubio insistir nuevamente con Lucio Dante, con la promesa de doblarle el salario. Pero Salvador Rubio

se había resistido, apelando entre otras cosas a la manera como Lucio Dante se había ido del periódico, sin ninguna consideración, insultando incluso al Gerente Administrativo.

Sólo que Panchito no estaba de acuerdo, y le recordaba que Lucio Dante ni siquiera dijo una palabra, que se había ido sin más y que en ningún momento hubo algo disonante de su parte. Todo esto, decía Panchito, indicaba que había dejado la puerta abierta para volver.

Pero Salvador Rubio se mantenía firme y desviaba el asunto, asegurando que muy pronto los cachorros columnistas que habían reemplazado a Lucio Dante empezarán a rendir frutos. Cuestión de tiempo, nada más. Y ahora que conocía el secreto de la homosexualidad de Lucio Dante ni muerto permitiría que regresara al periódico.

Pensando así, se le ocurrió que sería buena idea participar al Gerente Administrativo de su descubrimiento, de modo de que estuviera ilustrado de la inconveniencia de traer a Lucio Dante nuevamente a *El Centinela*.

Y lo hizo. Armado de los periódicos, Salvador Rubio dio sus zancadas elegantes hasta la oficina del Gerente Administrativo. Entonces, abriendo los periódicos sobre el escritorio, sonrió de oreja a oreja.

—¿Y? —preguntó Panchito, cuando Salvador Rubio extendió los diarios en gesto de triunfo.

—¿No observa nada extraño? —dijo Salvador Rubio, seguro de que ahora sí se terminaba el padrínazgo de Panchito con Lucio Dante.

—¡No veo un carajo, hombre! —dijo Panchito—. ¿Qué mierda es esto?

Salvador Rubio dio otra zancada elegante y se colocó al lado del Gerente Administrativo, le señaló fotografías de John Adams en diversas obras y varias columnas de Lucio Dante.

—Sigo sin comprender —dijo Panchito.

—Es que, como buen periodista, descubrí que el actor John

Adams se está muriendo de SIDA, y que uno de sus visitantes “asiduos” es nada menos que Lucio Dante.

Entonces, al salirle este juego de palabras, Salvador Rubio saca el pecho y se siente realizado.

Pero el Gerente Administrativo, cabreado con estos misterios y dispuesto a mandar a Salvador Rubio al demonio, sólo vuelve a preguntar.

—¿Y?

—¿No lo ve? John Adams es actor, y como tal seguramente es homosexual, la gente a la que le da esta enfermedad. Y esas columnas de Lucio Dante atacándolo demuestran que todo fue un simulacro, el producto de peleas de enamorados.

Salvador Rubio iba a celebrar su conclusión, que le pareció sagaz, pero la risa se le congeló al ver cómo al Gerente Administrativo se le abultaban las venas de la frente, haciéndolo parecer mucho más viejo del muchacho que en realidad era. Entonces, sin mirar a Salvador Rubio, le dijo que se fuera y dejara los periódicos.

Al salir Salvador Rubio, el Gerente Administrativo se preguntó cómo había sido posible que este hombre hubiera sido el editor del diario de su familia durante tanto tiempo. Oyéndolo, se le habían cruzado por la mente varias ideas, desde sacarlo a patadas de su oficina hasta mandarlo de vacaciones mientras encontraba su reemplazo.

Después de todo, venían tiempos de contemplaciones con Salvador Rubio, luego de ese ataque al corazón. Y tal vez eso era lo que se necesitaba para que Lucio Dante volviera, que Salvador Rubio no estuviera más con *El Centinela*. Porque entre un editor común y corriente y un columnista estrella él se quedaba con el columnista, qué duda había.

Y Salvador Rubio era un burócrata, a final de cuentas, eficiente pero sustituible, mientras que Lucio Dante era irremplazable.

Salvador Rubio, mientras tanto, había regresado a su ofici-

na sintiéndose como un condenado. Había visto la reacción del Gerente Administrativo y había llegado a la conclusión de que Panchito no descansaría hasta lograr que Lucio Dante regresara. Y eso sí no lo iba a soportar. Habían estado bien las vulgaridades y los gritos, todo eso podía pasar, la necesidad de este hijo de papá de establecer su territorio, de demostrar que es él quien manda de verdad en *El Centinela*. Él había podido vivir con eso, porque al final se imponían sus criterios y tenía la última palabra y porque, qué carajo, le pagaban en un mes lo que ganaría en un año como profesor.

Pero esto de Lucio Dante se había salido de madre. El cabroncito parecía tener hipnotizados a los dueños de *El Centinela*, quienes estaban dispuestos a llegar a cualquier extremo con tal de reconquistarlo.

Pero la idea de Lucio Dante andando nuevamente por la redacción, su pestilencia anunciándolo desde mucho antes, tener que publicar sus basuras y soportar la gran fiesta que para todos constituían sus columnas, era mucho más de lo que él o su corazón iban a tolerar.

Pensando así, Salvador Rubio llegó a la conclusión de que, después de todo, no sería mala idea reanudar su carrera universitaria.

Una de las pesadillas de Lucio Dante tiene que ver con trabajo. En ella se ve sentado en medio de una oficina del tamaño de un hangar, empujando papeles y contestando teléfonos. A su lado, enfrente, detrás y hasta encima de él, decenas de hombres, mujeres y hasta niños hacen lo mismo, mientras un reloj gigantesco marca cada segundo con campanazos que le reventan la cabeza. Lucio Dante se ve forcejando con los papeles y tratando de aguantar la mano que busca los teléfonos, pero una y otra vez está obligado a escribir y sellar, una y otra vez tiene que levantar los aparatos y repetir hola hasta el infinito porque del otro lado nadie le contesta. Entonces, Lucio Dante suda y empieza un grito que sólo sale con las convulsiones.

Pero cualquier pesadilla de Lucio Dante es insignificante comparada con la que tiene con sus padres. Ésta se inicia cuando los ve en casa, su madre muda por la amputación del pie y su padre tratando de no caerse por la borrachera. Lucio Dante ve a su padre bañar y vestir a su madre, sentarla en la silla de ruedas y colocarla frente al televisor. Lo ve beber en silencio mientras su madre mira adelante sin entender, la gangrena creciendo en hilillos violetas que amenazan cubrirle toda la pierna.

Pero su madre no habla y su padre bebe hasta cuando, entrada la noche, se levanta para acostarla. Con la silla de ruedas, la borrachera y el peso de su esposa, Lucio Dante oye el crujido de los huesos de su padre cuando levanta a su madre y la deposita en la cama. Entonces, su padre recuerda que no le ha dado

de comer en todo el día, va a la cocina y calienta una sopa de ayer y, cuando regresa, observa abatido cómo su esposa da inicio a los signos conocidos.

Lucio Dante oye el llanto callado de su padre mientras su madre inicia su preparación para evacuar el vientre, esa expresión inconfundible en el rostro, las bellas manos cerradas en puños, independiente, libre, abandonada al proceso de regular su cuerpo mientras su padre pone la vista al cielo y maldice a un hijo que llama Lucio.

Cuando Lucio Dante visitaba a Mercedes Kampa, trataba de no dormirse pero su cerebro se defendía de la borrachera desconectándolo antes de la intoxicación definitiva. Entonces, cuando quedaba rendido, empezaban las pesadillas. Y sus convulsiones eran tan violentas que hacían correr la cama, Mercedes Kampa tratando de despertarlo suavemente. Una vez consciente, Lucio Dante buscaba sus ropas y se iba.

Al principio, Mercedes Kampa se había propuesto no despertarlo, para dejar que fuera él mismo quien regresara de su pesadilla, pero cuando veía que los temblores lo elevaban de la cama, temía por él y se decía que sería peor si lo dejaba continuar.

Pero ni la certeza de que daba un espectáculo ayudaba a Lucio Dante en su lucha contra el sueño, por más que Mercedes Kampa le insistiera que a ella no le molestaba, que el problema de él era su vergüenza ante su propia humanidad.

Lucio Dante la escuchaba en silencio, sin aceptar que Mercedes Kampa tenía razón, porque en verdad le avergonzaban sus estremecimientos, tan fuertes que en ocasiones lo despertaban; o peor, las ventosidades con que se acompañaban, tan insoportables que se daba cuenta de cómo Mercedes Kampa tenía que abandonar la recámara para buscar refugio en otro cuarto.

Claro que le importaba, y si no hubiera sido porque la borrachera lo llevaba de manera irremediable hacia la inconsciencia, él se mantendría despierto siempre. Porque el colmo había ocu-

rrido una noche, cuando la pesadilla con sus padres fue tan intensa que sintió cómo todo el estómago le declaraba la guerra y le sacaba una explosión que sentó a Mercedes Kampa en la cama, él despertando y jurándose que nunca más volvería a dormir con nadie.

Ahora que despierta a la pesadilla está en la cama, la cabeza caliente y bañado en sudor. Está sentado, tiene los brazos abiertos y se escucha jadear, como si cada aliento fuera el último. Lucio Dante espera algo violento, como que le estalle el cerebro o se le rompa el corazón. Pero nada sucede, poco a poco vuelve a respirar normalmente y siente sed. Sólo que, cuando se levanta, el cambio de postura amenaza con desmayarle y tiene que acostarse otra vez. Entonces, siente cómo la piel se le refresca y vuelve a experimentar bienestar. Acostado, con esta mezcla de sudor y frío, el pelo pegado al cráneo, Lucio Dante se pregunta si su muerte vendrá así, tan anónima como la de sus padres, descubiertos al tercer día.

Y quién sabe: quizá a él también lo encontrarán con su propio tiro en el cráneo, como el que le propinó su padre a su madre: pop; para después dispararse él: pop.

Lucio Dante se dice que no le teme a la muerte, que lo que siente es curiosidad. Y cada vez que llegan las convulsiones se observa, para ver cómo reacciona este cuerpo que habita. Pero si algún brujo le preguntara si querría verse en el acto de morir, rechazaría la oferta. Hasta allá no llega su curiosidad.

Su muerte es asunto del otro, allá adelante.

Lucio Dante había llegado a la conclusión de que debía vivir con sus pesadillas, por lo que tenían de pase de factura por su búsqueda de la libertad y como la evidencia de que estaba lejos de lograrla.

Y en sus períodos de entre-empleos, a la vez que se ajustaba la correa, disfrutaba de esa libertad, el no tener que marcar reloj ni sentir el aliento de un jefe en la nuca. La misma palabra jefe le resultaba chocante, y se decía que era por esa *efe* clavada en

JUSTO ARROYO

el medio de la palabra, como bastón de policía, una abierta amenaza a su virilidad.

Y su trago más amargo siempre fue el tono de los que tuvieron autoridad sobre él, desde los francamente déspotas, con sus órdenes tajantes, hasta los hipócritas, que aparentaban respeto por su opinión para decirle después exactamente lo que tenía que hacer. De allí a que dejara acumular trabajo, se asentara la narcolepsia y lo despidieran no había más que un paso.

Por eso no aceptaba lo que le dijo Mercedes Kampa de su libro sobre John Adams. No sólo se trataba de una oportunidad de ser independiente sino que lo obligaba a escribir, en serio y sin excusas. Esto era algo que no podía tirar debajo de la cama, con el resto de sus escritos. Porque entonces sí habría tocado fondo. Y él escribiría este documento sobre John Adams como evidencia de su propia vida.

En lo que Mercedes Kampa tenía razón era en el destino del dinero. Pero ése sería el destino de cualquier dinero que llegara a sus manos: las cantinas.

John Adams tiene mejor semblante desde su salida del hospital y el cambio de sangre. Pero Lucio Dante está pensando que su propensión a usar suéteres destaca su costillar, bien distinto de cuando John Adams se pavoneaba por el escenario, todo él entonces una sola masa de fibra y músculo. Ahora Lucio Dante observa a un anciano, un viejecito que se ha apoderado del cuerpo de John Adams y lo chupa como vampiro.

Lucio Dante cree que John Adams no vivirá lo suficiente para terminar ningún libro y está pensando que sería una buena idea pedirle acceso a sus cartas, contratos, etc., de modo de llenar lagunas. Pero, ¿cómo hacerlo con delicadeza y tacto, sin que se note su... ¿convencimiento?... de que John Adams no vivirá mucho tiempo?

—Te he contado mi acción más deleznable —le dijo John Adams, Lucio Dante observando que la famosa voz se apagaba rápidamente—. Algo insignificante, realmente, una gota de agua, si lo tomas dentro del contexto del mar de maldad del género humano, si lo comparas con la capacidad para el daño de un Auschwitz o Hiroshima.

Lucio Dante se adelantó en la mesa y se sirvió coñac hasta el borde; luego, se reclinó en la silla y empezó a saborear el dulce demasiado dulce.

—En mi experiencia como hombre de teatro —le dijo John Adams—, aprendí desde temprano que una obra de arte —cualquier obra— no agarra al público si no refleja de alguna manera

lo negativo de la sociedad. Es lo que hacías tú con tus trabajos para ese pasquín, *El Centinela*: alimentar el morbo de la gente porque eso es lo que les satisface. La prueba estuvo en los Estados Unidos, en donde inventaron un diario para publicar sólo buenas noticias y quebró en dos semanas. Pero esta preferencia de los seres humanos por la maldad ha sido explotada por todos los grandes creadores, desde Shakespeare hasta García Márquez, sobre todo Shakespeare, cuya eterna actualidad está basada en la eterna maldad.

Y es que presentar el lado negro de las personas, su falta de compasión, vende. Ahora, incluso, las cadenas de televisión están pagando mucho dinero por cualquier video que muestre al ser humano en su momento de mayor crueldad o degradación. Y existe una verdadera fiebre en la comunidad, a medida que hombres, mujeres, niños y niñas salen a la calle, cámara al hombro, en busca del horror.

Así, he presenciado videos con palizas, violaciones y torturas, a veces los mismos protagonistas filmándose, riéndose y jactándose de su callosidad. Mi peor, hasta el momento, tuvo que ver con un pobre diablo a quien cinco maleantes le dieron una golpiza hasta la inconsciencia, mientras el sexto filmaba. Luego, el tipo en el suelo, cada uno orinó sobre él.

¿Habrá algo que redima a gente así? No lo creo. Por eso, no me temblaría la mano si tuviera que fusilarlos, como hicieron con unos violadores y asesinos de una criatura de once meses. ¿Te imaginas? ¿Once meses? Pero he aquí que dos tercios de la población salió a las calles a pedir clemencia para estos monstruos, proponiendo que, en vez de matarlos, se les alimentara y cuidara en una cárcel durante el resto de sus días. Afortunadamente prevaleció el sentido común de las autoridades y a los asesinos se les pasó por las armas en pleno noticiero de las seis.

La televisión nos ha puesto al alcance de la mano y a todo color, toda la inmundicia humana, por lo que ya no hay necesidad ni de cines ni de teatros. Sólo hay que sintonizar las noti-

cias de las seis para vivir el espanto nuestro de cada día, ya sea en la ciudad o en el campo, ya sea en tu propia barriada o en el otro extremo del mundo.

La televisión nos trae al instante las bestialidades de los pederastas de Bélgica o los cuerpos destrozados por los bombazos de los terroristas o el detalle pormenorizado de las acciones de esas mujeres que una noche cualquiera, con el pulso firme y las cabezas serenas, les vuelan el pene a sus maridos y son aclamadas como heroínas por la sociedad, haciéndose millonarias, de paso, con sus contratos para libros y filmaciones.

Con todas estas atracciones por la televisión, ¿quién hoy día quiere salir para ver los problemas de un ser de ficción en un teatro, mero polvo al lado de aquel asesino que no sólo mató a sus víctimas sino que se las comió? Con estas historias de la vida diaria ningún artista, por más imaginación que tenga, puede competir.

¿Quién carajo, te pregunto, quiere dejar hoy la comodidad de su hogar para ir a arriesgar su vida conduciendo su auto hasta una sala de espectáculos, atravesando calles y calles de tránsito peligroso y de pésimo clima, de drogadictos y de borrachos, de prostitutas y chulos y policías corruptos, cuando allí frente a su televisor y con la seguridad de una Uzi, tiene toda la adrenalina que puede necesitar?

Esa es la razón por la cual tú dejaste de escribir literatura: fuiste lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que tus libros valdrían paja frente al grafismo de la televisión. Pero si de veras quieres triunfar, aplica tu propia receta, la de *El Centinela*, que es, en definitiva la receta de los “grandes” novelistas norteamericanos actuales, que, además de un muerto por página, producen libros como guiones, con diálogos y más diálogos que los productores reparten encantados.

Los pasquines como *El Centinela* no hacen más que copiar el método de éxito de la televisión, colocando esas fotos gigantes de pobres diablos destripados, con muy poco texto para no

aburrir a sus “lectores”, o de no, con el aderezo de más morbo en los comentarios, como hacías tú. Ante la televisión nada se puede más que imitarla.

Yo comprendo tu cinismo porque pasaba por lo mismo cada vez que leía manuscritos y los comparaba con las informaciones de la televisión. No hay competencia; las noticias ganan sin esfuerzo porque nos traen el mundo a nuestras salas, con el rojo intenso de la sangre y los mil tonos de la mierda. Y bien pronto, te aseguro, inventarán la televisión con olores, y será un éxito total, porque no nos conformaremos con la sola imagen de los cadáveres sino que ansiamos aspirar su podredumbre.

Y se equivocan quienes piensen que entonces nos deleitarán con fragancias de Coco Chanel o Paloma Picasso. Nada de eso: en vez, mucho grajo y pescado podrido, que aparentaremos repudiar pero que demandaremos a diario.

Yo continué luchando con el teatro porque era mi vida, lo único para lo cual nací y porque todavía el teatro provee una rendija por donde se respira otro aire que no sea el viciado de la televisión. Además, y aunque su número se reduce cada día, todavía hay pequeños grupos de valientes anacrónicos que buscan el contacto directo del espectáculo en vivo, del artista en la tensión con su público, nada de risas pregrabadas y tomas repetidas.

Por ahí andan, unos pocos todavía que sí toman el riesgo de salir con tal de alejarse de la caja idiota. Pero el hecho de que sean anacrónicos no los hace ni idiotas ni con vocación de suicidas. Y las salas de cine y teatro están condenadas a desaparecer, como los dinosaurios, como los famosos *drive ins* de los cincuenta, por los que nadie derramó una lágrima. El único refugio, entonces, para toda la gente de teatro, estará en la televisión, como venales pero conformes marionetas.

Los libros tendrán un destino similar, lamento decirte: ya han sido suplantados por los videos, y su futuro será una lenta agonía en los polvorientos corredores de las bibliotecas, sus pá-

ginas mutiladas por sus únicos “lectores”, los estudiantes, quienes fotocopiarán cuanto texto les caiga en las manos, contribuyendo como nadie a la agonía del libro y a la muerte por inanición del escritor, quien mirará horrorizado cómo de su obra sólo se ha vendido un ejemplar mientras cientos de estudiantes la exhiben en xerocopias.

El país, mientras tanto, observará impasible cómo todas sus bibliotecas, grandes, pequeñas y medianas alimentan, no la metafórica hambre de saber de miles de sus ciudadanos sino la muy concreta de millones de comejenes.

Algunos libros, los muy pocos afortunados, serán transformados en disquetes y zampados en computadoras. De objetos táctiles, con diseño, papel y tinta, pasarán a ser fríos cilindros plásticos dentro del infinito mundo de una PC. Y tal vez esta enfermedad me ha salvado de vivir lo suficiente como para ser testigo de todo esto.

John Adams dejó de hablar y Lucio Dante se dio cuenta de lo débil que estaba. La voz de ahora se apoyaba cada vez más en el diafragma, en su adiestramiento escénico. Era una sensación extraña, como estar escuchando a John Adams a través de un ventrílocuo que era él mismo.

Lucio Dante se había servido tres copas durante las palabras de John Adams y ahora que extendía la mano para la cuarta, empezó a sentir que había un orden en las cosas, que el universo marchaba como debía y que estaba bien que John Adams se muriera y que los teatros desaparecieran y que los libros se transformaran en ruedecitas plásticas. Había un plan maestro en el universo porque le hacía bien pensar que, apenas saliera de esta casa él, Lucio Dante, estaría con una mujer.

—La humanidad es espantosa —le estaba diciendo esta voz agazapada dentro de John Adams—. Pero de cuando en cuando aparecen destellos de bondad y solidaridad que nos hacen pensar que alguna vez habitamos un mundo distinto de este infierno en que estamos. Porque si la televisión nos trae a esos psicó-

patas con sus barros y espinillas hasta nuestros hogares, también nos conmueve con el relato de aquel niño de ocho años que hoy es un chicharrón completo porque se metió por entre las llamas para salvar a su hermanita dormida en la cuna.

O del tipo que se tiró al agua para rescatar a una anciana de noventa años, manteniéndola sobre su cabeza mientras llegaba ayuda y él se ahogaba, pero ni por el diablo soltaba a la viejecita, quien ni remotamente se enteró de que alguien había muerto por ella porque la señora sufría de Alzheimer. Y es que el niño que se quemó para rescatar a su hermana, así como el joven que se ahogó para salvar a una desconocida, conservan restos de aquella sustancia que alguna vez llenó un mundo diferente.

Yo mismo, para darte un ejemplo cercano, llegué un día a mi apartamento para encontrar a mi vecina con un policía, los dos paralizados frente a la puerta rota, el policía con su revólver en alto, al mejor estilo Hollywood pero sin decidirse a entrar, al tanto que mi vecina temblaba porque estaba segura de que adentro estaba el ladrón todavía.

Sin pensarlo, corrí hacia el interior de la casa, seguido por el policía. Entré a varias recámaras pero no había nadie. Quedaba una, al fondo, y, cuando me iba a lanzar dentro de ella, tomé conciencia de que el policía estaba *detrás* de mí, con su revólver en alto. Entonces, con rabia, le grité que qué carajo le pasaba, que él era el policía, él quien tenía el revólver y que por qué mierda no estaba *delante* de mí, donde debía estar. El tipo entonces se avergonzó y, tanteando, abrió la última puerta. Pero no había nadie, el ladrón había huido hacía rato.

Adonde quiero llegar es que esa chispa de desprendimiento, que ese día me resultó automática y que de haber habido un ladrón en esa casa me habría puesto en la lista de los héroes o de los huevones, ve tú a saber, esa chispa, digo, tan distinta a mi demostración con el obrero accidentado, parece estar latente en cada ser humano, de alguna manera mitigando nuestra propensión al mal.

A su quinta copa, el cuerpo de Lucio Dante le ardía con la necesidad de compañía femenina. Pero pensaba que John Adams estaba apenas calentando motores con esto de la maldad atemperada por la bondad, que mejor lo tomaba suave con el licor porque la noche iba a ser larga. De modo que, saboreando el borde de la copa, oyó a John Adams decirle:

—Todo este preámbulo era sólo para que meditaras en lo siguiente: Si Dios, o quienquiera que está mandando en este paseo, se te acercará y te preguntará si puedes presentarle una acción, una solamente, que te redimiera, te salvara y justificara todos los años que te has pasado contaminado la tierra; aquélla única acción que te brindó la mayor satisfacción porque te hizo sentir como un ángel y no como el depósito de podredumbre que eres. ¿Qué responderías?

Lucio Dante suspendió la copa y buscó en su mente esa acción. Pero sólo le llegaron escenas de su niñez, cuando no sabía que sus padres eran alcohólicos y era feliz e ignorante. Como niño hizo muchas cosas buenas, incluso, algunas francamente estúpidas, como recibir castigos por otros, lo que estaba bien con su padre, que lo sonaba igual. Pero como adulto no recordaba nada, absolutamente nada que lo redimiera al punto de merecer el sitio que ocupaba aquí y ahora. Al menos que valiera aquella vez que... no.

Lucio Dante saboreó el dulce demasiado dulce y esperó la revelación de John Adams, el acto que podría ser un contrapeso a aquél cuando interrumpió una vida.

—Así como no tuve reparos en contar esa experiencia irredimible en aquel hotelito de mala muerte —dijo John Adams—, espero tengas la paciencia de escucharme en una faceta contraria, aunque, como no me canso de repetir, la bondad es insípida e incolora. Y, como todo lo importante en mi vida, hubo una mujer de por medio.

Se llamaba Marlina y se había decidido por el teatro cuando sus profesores de ballet le informaron que sus piernas demasia-

das largas eran un impedimento para la danza, ya que le daban una apariencia de garza en zancos. Pero esas mismas piernas resultaron excelentes para la actuación, porque le brindaban un dominio escénico por más pequeño que fuera el papel. Esta presencia suya era motivo de fricciones constantes con los demás actores, quienes la acusaban de robar escena cuando, hiciera lo que hiciera, Marlena descollaba.

Marlena tenía una sombra: un novio llamado Beto que se presentaba al teatro de improviso, jadeando y empujando puertas y escenografías, para ver si sorprendía algo sospechoso en su conducta. Era un verdadero Otelo, el tipo, físicamente y en actitud. Porque era muy moreno allí donde Marlena era blanca hasta la transparencia. Pero, mucho más bajo en estatura que ella, se adivinaba su aporte a la relación, porque su concentrado cuerpo estaba hecho como un cubo, o mejor, como un tanque, en contraste con la etérea Marlena.

Beto era el sostén de Marlena, al correrla sus padres por su determinación de seguir la vida de las tablas. Para los padres de Marlena sólo los degenerados se dedican a estas actividades, y si bien habían pagado sus lecciones de ballet, no había sido con el propósito de que hiciera una carrera de eso sino para que aprendiera “pose”, para que caminara como “niña bien” y para que “moldeara” su figura. El problema fue que Marlena se tomó en serio sus clases de danza y se veía como otra Margot Fonteyn o Alicia Alonso.

Pero cuando sus piernas empezaron a estirarse, sus maestros decidieron que hasta allí llegaba su instrucción y le aconsejaron retirarse. Entonces Marlena se decidió por el teatro, mandó a sus padres al carajo y empezó a vivir con Beto.

Yo me enteré tarde de lo que era un secreto a voces en la compañía, esto es, que Beto no sólo llevaba sus celos a sus irrupciones en el escenario, sino que, en la privacidad de su casa, molía a Marlena con puños y patadas, mientras le recordaba la mirada insinuante de fulano o la sonrisa lasciva de mengano. Y

por más que Marlena protestara, Beto descargaba su cuota de golpes que la muy pálida Marlena disimulaba con generosas aplicaciones de cremas.

Un día, cuando ensayábamos *Medea*, yo le daba instrucciones a Marlena sobre cómo proyectarse en escena. Tenía una mano en su cintura y con la otra le levantaba la barbilla. De repente sentimos un estruendo. Todos miramos para ver si se había desprendido un andamio o cosa parecida pero no: Beto había hecho su entrada, con pasos medidos y brazos arqueados. Había tirado al piso una escalera y varias columnas de cartón. Y allí estaban, rotas e inservibles, toda una semana de trabajo perdida, mientras Beto, la vista en mí y en Marlena, avanzaba y gritaba: “¡Ajá, así los quería agarrar, los pillé, los pillé!”

Ni qué decirte de mi confusión. Estaba furioso por la escenografía y necesitaba que Beto pagara su salvajismo. Pero, por otra parte, estaba consciente de que ante mí tenía una fuerza de naturaleza, el individuo más poderoso que había encontrado en mi vida y que, al acercarse, me llenaba de pánico, porque hacia mí venía nada menos que King Kong, y en los próximos segundos me iba a destrozar. Entonces se me ocurrió intentar alguna suerte de sicología con Beto, hablarle para ver si se calmaba y llegábamos a algún acuerdo. Pero no habría de ser.

Porque cuando Marlena se interpuso entre Beto y yo, recibió el primer trompón que le partió el labio. Luego, Beto se me vino encima con toda la determinación de esos músculos y ese pecho cuadrado. Y al acertarme distancia y con la inclinación del escenario, di un paso atrás y caí.

El tipo, entonces, se colocó encima de mí y levantó el brazo derecho. En ese momento me di cuenta de que había evacuado el vientre y mi vergüenza fue superior a mi miedo, porque cuando Beto me medía con ese puño que me dejaría sin dientes, yo lo jalé por la camisa y le hice perder el equilibrio. Entonces, él de lado y yo libre, sentí, simultáneamente al olor de la mierda, la justicia de mi rabia.

Y fue así cómo, casi riéndome, le propiné una serie de trompadas hasta cuando los actores me jalaron, gritándome: “— ¡Basta, basta, lo vas a matar!” Beto sangraba como un cerdo y yo quería seguir pegando, pero mi propia pestilencia me hizo reaccionar y correr al baño.

Cuando salí, Marlina estaba en el escenario, esperándome para agradecerme y tratando de contener la sangre del labio. Algunos compañeros recogían cosas y me miraban como si me acabaran de conocer. Yo sólo quería llegar a casa, bañarme y tomarme unos tragos. Y cuando le dije que de nada, Marlina empezó un llanto suave.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Nada, —me dijo.

Entonces me di cuenta de que Marlina había tomado la decisión de no regresar con Beto, lo que la dejaba sin ningún lugar donde ir. Eran las siete de la noche y, por encima de mi buen juicio, me oí preguntarle si quería venir conmigo.

En casa, me di un baño largo y me examiné al espejo. Y, ¿te digo algo? Me gustó lo que vi. Porque había reaccionado y había castigado al forajido ese. Me sentía bien, y con ese reconocimiento empezó mi tobogán de bondad que, aunque lejos de sospecharlo en ese momento, llegaría a su máxima expresión con Marlina. Porque cuando salí y la vi, la boca hinchada y en sus ropas de ensayo, le pedí que se diera un baño mientras yo preparaba algo de comer.

John Adams hizo una pausa, se mojó los labios con el borde de la copa y Lucio Dante pensó en Mercedes Kampa.

—¿Dónde está la bondad?, te preguntarás —continuó John Adams—. He aquí una chica atractiva que la deja un novio sádico y aparezco yo de héroe. El escenario ideal si no fuera falso. Porque cuando Marlina empezó a vivir conmigo yo empecé a tener serias dudas de mi cordura. Y a pesar de que ella me decía que se iría donde tal o cual amiga, la idea de verla recogida me era intolerable. Yo no tenía compromisos, es decir, nada que no

podiera manejar, de donde su estadía en mi casa no era problema. No en ese sentido.

El asunto estaba en mí, en que a mí no me gustaba Marlena. Y cada vez que hacíamos el amor yo comprendía su incompetencia al ballet, porque Marlena tenía la capacidad de desconectarme con unos movimientos torpes de sus piernas largas que me mandaban a recordar monólogos enteros de *La vida es sueño*, con la consecuente pérdida de interés. Y cuando la veía en la cama, mirando el cielo raso, trataba de acariciarla sólo para desconectarme con el tacto de su piel helada.

Yo le compré ropa y cosméticos y trabajó en varias de mis obras. Y durante todo ese tiempo Marlena se comportaba como si yo la poseyera, como si el haberla liberado de Beto la obligara conmigo. Y limpiaba y lavaba y fregaba y cocinaba, y cuando le insistía que eso no era necesario, me rogaba que la dejara, porque —decía— los oficios domésticos son la mejor manera de mantenerse en forma.

Pero me pesaba Marlena. Yo no tenía el menor deseo de volver a vivir con una mujer y ahora tenía una permanentemente conmigo, en casa y en el trabajo, en presencia y cortedad. Porque Marlena no demostraba mucha profundidad, y fuera de su pinta, aparte de su maravillosa presencia escénica, su mente era la de una niña, una repetidora de parlamentos que al principio te sacaba el aliento con su estampa pero que, al final, te dejaba un vacío. En esas condiciones Marlena empezó a parecerseme cada vez menos a una amante para semejar a una hija que yo debía proteger.

Y un día decidí no hacer más el amor con ella.

Pero Marlena, al notar mi distanciamiento, intentó con un fervor que lo único que hizo fue resaltar su torpeza. Porque en su entusiasmo, descordinaba aún más, hasta cuando tenía que decirle que suspendiera porque estaba resultando patética.

Entonces ocurrió.

Un día cuando yo estaba sentado a la mesa, leyendo no sé

qué guión, Marlena salió del baño gritando. Tenía una toalla blanca encima y me miraba en pánico. Luego, se sentó a la cama, abrió las piernas y me dio una vista espectacular de su femineidad. Al principio pensé que era otro invento suyo para llamar mi atención, pero cuando seguía con su rostro de terror, piernas y vagina al descubierto, la indagué con los ojos hasta cuando vi un chorro de sangre bañar la cama.

Con todo tipo de *flashbacks* pasándome por la mente, corrí hacia ella y traté de calmarla, diciéndole que de seguro era alguna menstruación alocada o, cuando más, algún aborto natural, esas cosas pasan, yo debería saber. Marlene se tranquilizó pero al día siguiente fuimos al médico.

Tenía cáncer.

Lucio Dante no está borracho pero está cruzando la línea del buen recuerdo. Sabe que de ahora en adelante todo lo que diga John Adams puede perderse en su memoria o transformarse en otra cosa. Por ello, cuidadosamente, pone la copa en la mesa.

—Mi primera reacción fue la de empaclarla y mandársela a sus padres. No es justo, me dije. Yo no debía asumir esta responsabilidad y nadie mejor que ellos para hacerle frente a la enfermedad de su hija.

Pero al día siguiente, cuando el médico empezó a detallar el plan de acción en estos casos, cuando la vi prestar atención con un interés conmovedor, su mano en la mía y caliente por primera vez, sentí por Marlena lo que no había experimentado desde María, una oleada de afecto que amenazó con bañarme los ojos.

Y mientras el médico hablaba de quimioterapias y radiaciones y cirugías, Marlena bajaba y subía la cabeza, asintiendo, aceptando cualquier sacrificio con tal de sanar, llámese náuseas o vómitos o pérdida de cabello.

Y cuando volvimos a casa, cuando nos sentamos a la mesa, sus piernas largas tocando las mías, cuando la vi colocar las manos en el regazo, serena, supe que nada ni nadie la sacaría de

mi casa y de mis cuidados, a ésta, mi mujer.

Fue así cómo me convertí en su enfermero y cocinero y chofer. La llevaba a las sesiones de quimioterapia y le agarraba las manos al volver. Le limpiaba los vómitos y la bañaba cuando no podía levantarse de la cama. A veces se sentía tan mal que, mucho antes de llegar al servicio, aliviaba la vejiga y el vientre. Entonces, le secaba las lágrimas y mojaba una toalla y la limpiaba, hablándole, acariciándola, sobándola hasta cuando el malestar cedía y en sus ojos aparecía el brillo de la mujer amada, para traerla a la cama y besarle el cuello y los labios y la cabeza calva.

Y cuando la operaron, cuando le sacaron todo, pedí dinero prestado a diestro y siniestro, empeñando mi carrera hasta el año tres mil. Y nunca como entonces supe lo que era la felicidad, cuando le cocinaba, cuando la bañaba y cambiaba, cuando estaba atento a la más mínima variación de su sueño.

Lucio Dante había pasado a sobrio. Por eso, se adelantó en la mesa y volvió a llenar la copa.

—Marlena se había puesto en mis manos y había despertado esa chispa de la cual te hablo y que sólo tiene un nombre: AMOR. Y aunque te parezca una conclusión simplista, a un cínico como tú, te confieso que estoy orgulloso de aceptar esta revelación que los poetas y boleristas nos han venido repitiendo desde que el mundo es mundo: Que es el AMOR la sustancia que conservamos de ese otro planeta diferente del cual venimos, y que es el AMOR lo único que nos redime y justifica aquí en la tierra.

Lucio Dante sintió entonces su sobriedad como un cable eléctrico por los testículos.

—Marlena sanó del todo —le decía John Adams—. La operación y los tratamientos eliminaron el cáncer y a la fecha está limpia. Vive con sus padres, porque un día, cuando volvimos del hospital, luego de que el médico le garantizó que estaba más sana que un pez, me sentó a la mesa, sus piernas largas

JUSTO ARROYO

tocándome, me agarró las manos y me anunció que se iba.

Y cuando intenté protestar, Marlina me miró desde el fondo de los ojos más inteligentes que he visto en mi vida y, sonriéndome, me dijo “no” con la cabeza.

Lucio Dante sigue con su claridad mental. Baja las escaleras de John Adams y se ve meter las llaves en el auto. No tiene dudas de que va hacia la zona roja. Pero, una vez allí, empieza a dar vueltas y más vueltas en el auto, observando a sus amigas como si fueran seres de otra galaxia. Ve a los travestís, también, pegados a las mujeres como lapas, tratando de confundirse con ellas y delatándose en que, mientras ellas observan cada auto con sospecha, ellos se les tiran encima.

A su décima vuelta, las mujeres le gritan obscenidades y los travestís le hacen la señal con el dedo. Entonces, Lucio Dante se va a su casa.

Una vez allí, se quita el saco, la corbata, la camisa y el pantalón. Luego los calzoncillos, los zapatos y los calcetines. Desnudo, va a la alacena, saca una botella y un vaso y se sienta al escritorio.

El ron es un contraste con el dulce demasiado dulce del licor de John Adams. Es un ron local, áspero y grosero y mañana le estallarán las sienas. Lucio Dante se dice que al final del vaso lo espera su pesadilla.

Pero Lucio Dante se sirve trago tras trago y el licor sólo aumenta su claridad mental. Entonces, se levanta del escritorio, va a la ventana y se llena los pulmones de aire, mira la calle desierta y siente cómo el cerebro se le expande con los mil detalles de la noche: el farol con sus insectos, el semáforo con sus guiños, los autos que rugen por la calle y de cuando en cuando un grito.

A las seis de la mañana, Lucio Dante tiene que apartarse de la ventana porque está desnudo y la ciudad empieza a despertar. Sigue totalmente sobrio, totalmente claro y la botella ha llegado al final. Tampoco tiene hambre. Su mente es lo único que cuenta y lo está privando de toda intromisión de su cuerpo.

Lucio Dante va a la cama, se agacha y saca un paquete amarrado con sogas. La quita y, al abrir el bulto, empiezan aparecer páginas, tan manchadas de orines y excremento de insectos, tan polvorientas y comidas por la polilla que las tira con asco sobre el escritorio. Entonces, se sienta y empieza a ordenarlas.

Al rato busca otra botella, bebe, pasa y repasa páginas y en ocasiones sonrío. Luego, se dice que ha revisado suficiente y que intentará dormir, por lo menos poner la cabeza en la almohada y esperar la pesadilla.

Pero cuando se levanta del escritorio, Lucio Dante se queda mirando el montoncito que ha formado su ropa en el piso. El saco, la camisa y los pantalones están tan tiesos que parecen hechos de cartón. Están rígidos, allí en el suelo, sosteniéndose en su grasa, en su hollín y en su sudor. Y Lucio Dante se dice que su ropa en el centro del cuarto es una escultura, una apta simbología para describir su vida.

Entonces va a la cocina y encuentra una bolsa, mete sus ropas allí y las tira a la basura. Luego entra al baño.

Los azulejos están resecos. Las hormigas, arañas y cucarachas caminan por el baño con autoridad. Y cuando Lucio Dante abre la regadera, la sorpresa es general: hay una estampida cuando la fuerza del agua aporrea hormigas, arañas y cucarachas y arrastra huevos de insectos.

El insulto mayor ocurre cuando Lucio Dante se coloca debajo del agua y empieza a enjabonarse, inundando el baño con millones de burbujas y el insufrible olor a lavanda. Lucio Dante se restriega con todas sus fuerzas y remueve un sucio que cae derrotado en pegotes, revelando una piel asombrada que rápi-

LUCIO DANTE RESUCITA

damente se protege con sangre, dándole a Lucio Dante una apariencia de salud como jamás exhibió.

Al terminar, Lucio Dante se seca vigorosamente y se da la cepillada de dientes más prolongada de su vida.

A las diez de la mañana, la oficinista Mercedes Kampa recibe un mensaje. La buscan en la recepción y, cuando sale, su famosa sonrisa se congela ante el espectáculo de Lucio Dante, vestido de limpio y chorreando agua por el pelo.

El Gerente Administrativo de *El Centinela* tiene la renuncia de su editor sobre su escritorio. Pero ni de a vaina irá a su oficina para solicitarle deje de empacar sus cosas. Panchito está convencido de que Salvador Rubio es el causante de la separación de su columnista principal y está cabreado por la baja en la circulación del periódico. Y es que uno no jode con el BMW de Panchito. Uno no jode con su yate y el capital que empezó a gastar en el lanzamiento de su campaña política. Que se vaya a enseñar, pues, el cabrón de Salvador Rubio, que vuelva a su salario de hambre y a lidiar con chiquillos malcriados.

Hoy, el Gerente Administrativo tomó la decisión de invitar a Lucio Dante a cenar. Hoy, le va a proponer tripicarle el salario y darle la buena nueva de que Salvador Rubio no está más con *El Centinela*.

Y cuando lo hace, cuando llama a Lucio Dante y le da la dirección de un restaurante, sin importar que todas las miradas condenarán la presencia de este señor hediondo a ajos sancochados y sudor cristalizado, Panchito se dice que eso está bien, que eso está calculado para que todos vean el espíritu democrático del futuro legislador y para que Lucio Dante sienta su apreciación y vuelva de una buena vez al maldito periódico.

Pero el Lucio Dante que cruza el umbral del restaurante le hace abrir la boca al Gerente Administrativo, con sus ropas modestas pero limpias, con la combinación más sensata y con su piel brillante y cabello engominado.

Al sentarse, cuando Lucio Dante le informa al Gerente Administrativo que no tiene hambre pero que le acepta un ron, Panchito tiene un momento de confusión: y es que se ha dado cuenta de que Lucio Dante ha dejado de oler a ajos sancochados y a sudor cristalizado. Que ahora huele a lavanda. Y por un instante duda si este olor le molesta más que los otros.

Pero, de buen humor, Panchito ordena el ron para Lucio Dante y le dice que así le gusta, que lo importante entre los hombres es ir siempre al grano.

Lucio Dante no sabe cuántas botellas lleva adentro pero continúa con su claridad mental a pesar de no haber dormido. Y mientras paladea el licor, está pensando que él no tiene que ser enemigo de nadie, ni de Panchito ni de Salvador Rubio, que por eso aceptó la invitación del Gerente Administrativo, para dejar constancia de su agradecimiento por el respaldo que le brindaron durante su período en *El Centinela*.

Pero el Gerente Administrativo está hablando del salario triplicado de Lucio Dante si regresa al periódico, y, lo mejor de todo, sin la presencia de Salvador Rubio, quien renunció para volver a enseñar, con lo cual Panchito ríe y le toca el brazo en complicidad a Lucio Dante. Entonces, Panchito se reclina en la silla y espera satisfecho, en preparación de lo que no puede ser más que la aceptación de otro empleado servil.

Pero el Gerente Administrativo no está preparado ni para la entonación ni el contenido de las palabras de Lucio Dante. Porque, saboreando y mirando su vaso de ron, como si toda la verdad viniera desde el fondo de su trago, Lucio Dante empieza por decirle al Gerente Administrativo de *El Centinela* que, ni aunque le pagaran un millón de dólares, volvería a escribir la porquería que escribía en esa porquería de periódico. Que su columna, así como sus reportajes y todo *El Centinela* en general, eran mierda de principio a fin y que él, Panchito, como Gerente Administrativo, haría bien en pedirle a Salvador Rubio que volviera al periódico porque estaban hechos el uno para el otro.

LUCIO DANTE RESUCITA

Lucio Dante había expresado lo anterior como un simple hecho, sin ninguna variación en el tono, concentrado en el vaso, en el ron blanco y los cubos de hielo y pensando que no le caería mal otro trago.

Por ello, no se dio cuenta de que toda la sangre se le había subido a la cabeza a Panchito y que las sienas le palpitaban violentamente. Panchito buscaba las palabras con que contes- tarle a Lucio Dante pero ninguna le salía, se ahogaba con ellas y sobre todo con una que parecía atravesada en su garganta, una que el Gerente Administrativo necesitaba sacar pero que se le atoraba: Era la palabra “¡escatófago!”, que se le había enreda- do en el gznate con su mezcla de vocales y consonantes y ese maldito esdrújulo que le bloqueaba la respiración. Panchito que- ría unir esta palabra con la frase “tu madre”, para espetársela a Lucio Dante, pero en su esfuerzo le sobrevino un ataque de tos, tan violento que trató de escupir las palabras a como diera lu- gar, con lo que se ahogó aun más. Y, en su desesperación, sólo logró extender un brazo hacia Lucio Dante y tumbarle el ron. Entonces, Panchito allí, doblado sobre la mesa, rojo y echando espuma por la boca, Lucio Dante se levantó y se fue.

Lucio Dante está nuevamente en el elevador del hospital. Y mientras sube al piso catorce, esta vez sin Salvador Rubio y su esposa, lleva el manuscrito del libro de John Adams bajo el brazo. Ha pasado una semana desde la última vez que vio a Adams y durante ese tiempo ha escrito sin parar. Y cuando una voz de mujer lo llamó y le dijo que habían internado a John, Lucio Dante redobló sus esfuerzos.

Se sentía bien, bien con el lugar común del deber cumplido. Era el primer trabajo que le presentaba a alguien con el orgullo del escolar aplicado. Y, con el manuscrito terminado, se sentía importante, portador de una mercancía valiosa que, además, había hecho él. Y ese sentimiento nuevo, el de haber concluido algo, no lo cambiaba por ningún otro, esa sensación de plenitud que tanto envidiaba en los creadores, fueran estos campesinos, artistas o científicos.

Ahora no envidiaba a nadie, porque también él había producido algo, y un libro, nada menos. Él, que jamás había terminado nada, se felicitaba por llevarle a un moribundo la evidencia concreta de su paso por la tierra, de que algo de él permanecería para trascenderlo.

Subiendo, Lucio Dante recordó las palabras de John Adams cuando se preguntó si el propósito de la breve vida de su esposa, María, habría sido tan sólo el de lograr que se librara de sus complejos. Ahora, Lucio Dante se hace la misma pregunta con relación al propio John Adams, y se dice que tal vez ése es el

sentido de la existencia en general, no importa cuán corta o absurda: influir sobre un otro para mantener una cadena que, aunque incomprendible, es permanente, como la bola de billar condenada a pegar en cualquier sitio pero que no se puede detener porque significaría el fin de la partida.

Lucio Dante se dijo que, si bien la idea era atractiva, no era asunto de conducirla a los extremos, porque él seguía siendo Lucio Dante, el borracho, aunque llevara una semana bañándose y cambiándose de ropa y aunque Mercedes Kampa le hubiera prometido una cena “uno estos días”.

Cuando salió en el piso catorce, Lucio Dante fue directamente a la sala de John Adams. Al entrar, le llamó la atención la cantidad de personas alrededor de la cama, destacándose una muchacha muy alta y muy blanca parecida a una garza sobre zancos que trataba de ordenar el caos de las visitas de John Adams. La muchacha, cuando lo vio, dejó el grupo y fue a él.

—Mi nombre es Gloria —le dijo—, y usted debe ser el famoso Lucio Dante. John casi no puede hablar pero me insistió que quería estar a solas con usted.

Lucio Dante apretó su manuscrito bajo el brazo y caminó hacia la cama de John Adams. Una vez allí, Gloria le pidió silencio al grupo y anunció que John quería unas palabras a solas con el señor Dante.

Eran como diez o doce personas de distintas edades que, sin dejar de hablar, se apartaron de la cama, dándole a Lucio Dante la impresión de que no era tanto John Adams quien los había congregado sino la oportunidad de reencontrarse viejos amigos, y que su bulla era la evidencia de su felicidad, una manifestación de alivio por estar sanos y no moribundos como John Adams, algo que, como bien sabía Lucio Dante, el propio John Adams sería el primero en aceptar.

Gloria también se retiró de la cama y Lucio Dante trató de disimular el impacto que le causaba John Adams, respirando con dificultad, lleno de tubos por la nariz y los brazos. La sába-

na cubría su esqueleto y su gran cabeza era lo único que quedaba del arrogante actor.

John Adams le pidió con los ojos que se sentara. Lucio Dante acercó una silla y, como la vez cuando los vio Salvador Rubio, colocó una oreja cerca de la boca de John Adams, pero ahora recibiendo en toda su fuerza la pestilencia de su aliento.

—¿La viste? —le preguntó John Adams, su voz casi inaudible, un milímetro de sonrisa en los labios.

—Sí —le dijo Lucio Dante—, te felicito.

—Es el mejor disuasivo para cualquier revólver 22 —dijo John Adams, dificultosamente—. Como lo fue el trabajar contigo, Lucio.

—A propósito —dijo Lucio Dante—, aquí está el libro. Misión cumplida.

John Adams los ojos, le señaló a Lucio Dante un sobre en la mesa. Lucio Dante entendió que se trataba del resto del dinero y lo tomó.

—Pero no conoces el libro —dijo entonces Lucio Dante, guardándose el sobre en el saco y tratando de motivar alguna expresión de optimismo—. Tienes que leerlo.

—Buen truco, Lucio —le dijo John Adams—. Y cuando elevó el pecho para realizar su último intento de comunicación, Lucio Dante pegó el oído a los labios del moribundo.

Sólo que, tal vez por el escándalo de las visitas, o tal vez por el rumor que salía del cuerpo de John Adams, Lucio Dante no entendió. Le pareció haber oído “quémalo”, pero también pudo haber sido “déjalo”, y hasta “bellaco”.

Pero, cuando le iba a pedir que repitiera, Lucio Dante vio cómo John Adams miraba por encima de su cabeza, hacia Gloria, que corría en zancadas hacia la cama.

Entonces, dando una última mirada a los ojos muertos de John Adams, Lucio Dante apretó su manuscrito y se fue.

